

Weike Wang



CASA DE ALQUILER

Traducción de DAMIÁN TULLIO



CHAI EDITORA

 cubierta

CASA DE
ALQUILER

CHAI EDITORA

Weike Wang

CASA DE

ALQUILER

Traducción de DAMIÁN TULLIO

Wang, Weike



Título original: Rental House

© Del texto, Weike Wang 2024

© De esta edición, Chai Editora, 2025

© De la traducción, Damián Tullio, 2025

Diseño de cubierta

Ese Estudio

Corrección

Claudia Arce

Corrección de la edición en España

Nacho del Arco Bonet

Foto de cubierta

Lucila Heinberg

Diseño de colección e identidad

Lamas Burgariotti

Primera edición en España

Noviembre 2025

ISBN: 978-84-129405-7-2

Producción del ePub: booqlab

Edición publicada bajo el acuerdo con The Joy Harris Literary Agency Inc. a través de International Editors & Yáñez Co S.L.

www.chaeditora.com

Índice

[Primera parte](#)

[Intervalo](#)

[Segunda parte](#)

[Agradecimientos](#)

Primera parte

Había empezado a buscar en invierno, había revisado páginas de alquileres recomendadas por amigos que se iban de vacaciones largas en verano y entendían de estas cosas. Ellos sabían qué pueblos a lo largo de Cape Cod tenían las playas más limpias, qué pueblos en Nantucket eran los mejores para ir con niños y qué puestos de helado frecuentaban los Obama en Martha's Vineyard. Anotó todos esos consejos en un cuaderno. Martha's Vineyard = los Obama = helado. Señaló los mejores lugares para ir con niños para evitarlos. Su marido y ella, casados hacía cinco años, habían pensado en visitar Cape Cod alguna vez, pero en esos cinco años nunca lo habían hecho. Decidieron que este verano lo harían. Saldrían de Manhattan y pasarían un mes a pocos pasos de distancia del océano Atlántico, en una cabaña con tejados, persianas de madera y dos dormitorios. Dos dormitorios para que los padres de ella y los de él pudieran visitarlos, primero unos, luego los otros.

Durante las semanas previas, Nate insistió en que fueran realistas. El año anterior había habido una pandemia. Se habían negado a ver a sus padres o a abandonar la casa por largos períodos de tiempo. Él prefería quedarse en su burbuja, aunque sabía que las burbujas, tarde o temprano, hay que pincharlas. Y de repente estaban de camino al norte, en un coche alquilado. El maletero estaba lleno de comida, ropa y artículos de limpieza, y su perra lanuda gigante de cuatro años, Mantou, iba sentada erguida en el asiento trasero. Si bien la idea idílica de un viaje con sus padres había sido de Keru, la de tener una enorme perra lanuda en plena ciudad había sido de Nate. Una perra así había sido su sueño de cuando era pequeño. Un sueño pastoral de campos interminables y un amigo de tu misma altura con un pelaje tan profuso que podías enterrar tus manos en

él, que te guiaría en medio de bosques mágicos. Nate se había criado en una casa pequeña, de una planta, con alfombras marrones. Su madre le había permitido tener dos ratones, muchos peces, una serpiente, pero nunca un perro.

—Esos perros de raza son caros, para gente pretenciosa —le dijo—. ¿Por qué gastar en ellos cuando hay tantos perros callejeros que necesitan cariño? —Aunque su madre jamás habría recogido a un perro de la calle.

Kate y Nate discutieron sobre el nombre de la perra lanuda.

—Mantou significa pan al vapor —dijo Keru, que era bilingüe y había venido de China cuando era niña.

—Sé lo que significa —dijo Nate, que había estado yendo a clases de chino desde que se dio cuenta de que, cuando se reunía con Keru y sus padres, nunca se enteraba de lo que pasaba.

—Entonces, ¿qué tiene de malo Mantou? —preguntó Keru.

Nate mencionó esa propensión que tienen las parejas esnobs de nombrar a sus perros con nombres de panes. La perra venía de un criador respetado. Habían estado dos años en lista de espera y pagado un depósito nada despreciable para entrar en esa lista.

A Keru no le gustaba lo suficiente ninguna fruta ni verdura como para llamar así a su perra. Tampoco iba a ponerle un nombre humano, como Stacy. La otra posibilidad era Huajuan, una versión más sofisticada, con diseño en espiral, del tradicional pan al vapor. Nate repitió la palabra algunas veces, convencido de que la pronunciaba correctamente, pero Keru le dijo que lo estaba haciendo mal, aunque Nate no podía distinguir en qué parte se equivocaba y ella tampoco podía explicárselo exactamente. Él aceptó que Mantou estaba bien.

La primera semana en la cabaña estuvieron solos. Además de pasear a Mantou dos veces al día alrededor del pequeño barrio privado de casas de alquiler, Keru y Nate pasaban horas y horas viendo un programa de televisión sobre las casas de los multimillonarios. Hablaban sobre la locura que sería comprar una propiedad en su ciudad, una ciudad que ambos amaban, pero que no estaba exenta de problemas, como el alto coste de vida, los elevados precios de la vivienda, las confusas restricciones de tráfico durante los fines de semana y una creciente marea de millonarios que jamás usaban el transporte público y no paraban de decir lo maravillosa y barata que era la ciudad. Una vez que conseguían desenterrarse del sofá, Nate y Keru cocinaban algo rápido, pasta instantánea con carne y queso, y bebían ingentes cantidades de ginebra. Cada vez que Mantou les traía un juguete, ellos lo lanzaban para que ella fuera a buscarlo o jugaban a que ella lo mordiera y diera tirones, hasta que se cansaba. Tenían sexo a cualquier hora del día, en posiciones variadas, y a veces recurrían al vibrador de viaje de Keru, el cual, una vez que sus padres llegaran, desaparecería en el fondo de una maleta o escondido dentro de un calcetín. En las calles de Chatham no había ruido. Faltaba ese caos constante de congestión humana al que estaban acostumbrados. El silencio se volvió un tema de conversación. Que no se escuchara ninguna sirena, ¿no era de por sí alarmante? ¿Estaban todos muertos? ¿Cómo hacían los vecinos para expresar sus frustraciones si no podían hacer sonar frenéticamente los cláxones de los coches o gritar?

Otro tema de conversación era quién tenía los padres más complicados. Cada uno de ellos tenía argumentos poderosos para afirmar que los propios, pero la respuesta en realidad no importaba y solo lo discutían porque estaban ansiosos.

El orden de las visitas fue pensado estratégicamente. Los padres de Keru tenían una obsesión compulsiva con la limpieza y la seguridad, y desde el principio de la pandemia no salían a la calle si no era con doble mascarilla, guantes y gas pimienta. Si antes salían a cenar un par de veces al año, ante los constantes ruegos de Keru, quien creía

que una familia estadounidense debía hacerlo cada tanto, eso ya no sucedería de nuevo. Jamás volverían a encargarse de la comida para llevar, y a menos que algún familiar estuviera a punto de morir y las fronteras de China volvieran a abrirse por completo, jamás volverían a coger un avión. Los padres de Keru vivían en medio de Minnesota, donde ella había ido al instituto, aunque nunca lo consideró su hogar. Para evitar pasar la noche en un motel, sus padres condujeron por turnos, deteniéndose únicamente en zonas de descanso estatales, donde comían ramen que cocinaban dentro del coche. Los visitaban primero porque de otra forma no los habrían visitado. Se habrían negado rotundamente a quedarse en la cabaña y dormir en la cama donde antes había dormido otra pareja, aunque fuera una pareja que conocían.

En su última noche solos, Nate caminó hasta la licorería local y compró una botella de vino tinto para la cena. Quería darle a Keru la opción de emborracharse porque, una vez que sus padres llegaran, no podría beber sin el riesgo de que la tacharan de alcohólica. Cuando volvió de la licorería todo la casa olía, como era de esperar, a lejía. Keru estaba en el baño frotando las juntas y limpiando manchas del suelo. Luego fue hasta la cocina y se puso a limpiar los regueros de agua seca de los electrodomésticos. Volvió a meter en el lavavajillas, con el programa de agua más caliente, los cubiertos y los platos que ya habían lavado la noche anterior.

—No menciones que usamos el lavavajillas —dijo ella.

Nate ya había cometido ese error, durante el primer año de su matrimonio, cuando le dio a entender a su suegro, a modo de broma, que Keru y él encendían el lavavajillas todas las noches y a veces incluso por diversión.

—No hay ningún problema en que uses esa máquina, Nate —le dijo su suegro en tono muy formal, como si estuviera en un tribunal—, pero Keru no debe hacerlo. Usar el lavavajillas es admitir una derrota. Nadie está tan ocupado como para no poder emplear diez

minutos de su día en limpiar su propia mugre. Puede que no seas lo suficientemente aplicado para usar una esponja y detergente, pero Keru lo es, y debes animarla a que lo siga siendo.

El comentario ponía a Nate en una posición difícil. Por un lado, su suegro lo había tratado, abierta y despreocupadamente, como un inepto; y, por el otro, también parecía aprobar que Nate tratara a Keru como su criada. Nate se rio con nerviosismo mientras su suegro lo miraba. Ese día entendió que su suegro y él nunca serían amigos como lo había sido con los padres de sus otras novias. Nunca iban a tomar una cerveza en el jardín mientras asaban un pedazo de carne o pescaban o mientras jugaban a la petanca. Tampoco iban a jugar backgammon juntos o desafiarse con datos curiosos intrascendentes. Más allá del bienestar de Keru, no tendrían ningún interés en común.

Nate le preguntó a Keru qué quería cenar antes de que llegaran sus padres con sus neveritas llenas de comida casera y no hubiera otra opción.

Keru dijo que no tenía hambre, y la razón por la que no tenía hambre era porque todavía quedaba mucho por hacer. La basura y los cubos de reciclaje seguían llenos. Necesitaba meter en la lavadora todas las sábanas una vez más, todos los toallones, las toallas de mano, los paños y limpiar los cristales de las ventanas, fregar los suelos, barrer la entrada de coches, pasar el rolo para quitar pelusas de sus prendas y después hacer una última pasada para verificar todo.

Mientras su mujer se ocupaba de eso, Nate se comió una barrita de granola con la palma de la mano bajo su boca para atrapar las migas. Luego descorchó la botella de vino y la colocó sobre una servilleta encima de la mesa del comedor, junto a un único vaso desechable. Sacó a Mantou para su paseo vespertino, pasó por la entrada de coches aún sin barrer y a través de un sendero de grava que llevaba a un camino de arena que daba a una pequeña playa.

Había carteles por todas partes que advertían que los perros debían llevar correa en todo momento, con el “todo momento” subrayado y en negrita, pero como la playa estaba vacía, Nate soltó a Mantou durante cinco minutos y la miró correr hacia las olas.

Al llegar, los padres de Keru hicieron un breve recorrido por la propiedad. Comentaron ciertas imperfecciones, como lo estrecha que era la entrada de coches y la ausencia de una manguera para regar el jardín, en caso de que la casa se prendiera fuego.

—¿Por qué se prendería fuego la casa? —preguntó Keru.

Su madre enumeró una lista de posibles razones. Tormentas eléctricas, un incendio forestal repentino, vecinos que no los quisieran ahí, una fuga de gas que bien los podía matar mientras dormían, o bien terminar en una explosión. Keru ya había oído enumeraciones así antes y de hecho tenía las suyas propias. Cuando notaba que no parecía lo suficientemente aterrorizada, su madre presionaba el dedo índice sobre el centro de la frente de Keru y empujaba. La presencia de Nate pasó prácticamente desapercibida. Los padres de ella lo saludaron desde lejos y jamás le presionaron el dedo sobre la frente o siquiera lo intentaron, y la situación le resultaba ideal. Detrás de Nate apareció Mantou. Cuando intentó subirse sobre el padre de Keru, este le dijo en chino:

—Antes tenemos que lavar tus patas.

Una vez que los padres de ella consideraron que el área estaba libre de amenazas inminentes, decidieron que era momento de vaciar las neveritas, entrar a la cabaña y quitarse las mascarillas y los guantes. Mientras la madre de Keru preparaba la comida, el padre trajo un recipiente con agua tibia para limpiar cada una de las patas de Mantou, deteniéndose en cada falange durante unos veinte segundos. Luego, les enseñó el agua sucia a Keru y a Nate, que habían insistido en usar toallitas desinfectantes y no un recipiente

con agua. Solo así permitieron que Mantou volviera a entrar en casa. Tras un almuerzo de brochetas de cerdo y ensalada de pepinos, la madre de Keru le pidió a su hija que la ayudara a lavar los platos, y el padre llamó a Nate para hablar sobre celdas de combustible.

El padre de Keru trabajaba en la industria energética, era químico industrial, y Nate era profesor universitario y estudiaba la mosca de la fruta. Como ambos eran hombres de ciencia, era de esperar que hubiera algún tipo de interés común, aunque cada vez que se encontraban la pregunta con la que el padre de Keru iniciaba sus charlas con Nate era si existía alguna investigación en biología o biología aplicada que pudiera ayudar con la crisis energética actual, la necesaria abolición de los combustibles fósiles y el irremediable daño ambiental causado por los miles de millones de motores a combustión. “Las celdas de combustible son el futuro”, decía su suegro, dando un golpe ligero con el puño en alguna superficie, a veces en su otro puño. No la energía nuclear, no Elon Musk, sino las celdas de combustible, las que pueden convertir gas de hidrógeno en electricidad sin generar emisiones.

Nate asentía y repetía “Ajá”, y luego respondía, como había hecho otras veces, que como él solo estudiaba las moscas de la fruta no tenía conocimiento de ningún avance reciente que pudiera ayudar en aquel futuro, aunque lamentaba no poder ayudar.

Nate solía pensar que su suegro hablaba de celdas de combustible como una forma de vanagloriarse. Pero hacía unos pocos años a Nate se le había ocurrido que las celdas de combustible eran el único tema de conversación en el que el padre de Keru se sentía lo suficientemente preparado como para embarcarse en una charla en inglés que pudiera reflejar su intelecto. Su suegro figuraba como inventor en muchas patentes de la empresa en la que trabajaba, papeles llenos de cálculo infinitesimal y símbolos griegos que Nate no entendía. Siempre que se tratara de celdas de combustible, su suegro controlaba la conversación y su propia imagen. En ese caso, Nate se sentía obligado a escucharlo y a repetir, con el respeto de un

yerno que anhelaba su cariño, que no sabía nada sobre fuentes de energía limpia, pero le alegraba saber que su suegro estaba trabajando en ello.

Cuando Nate le comentó esta fijación con las celdas de combustible a su propia madre, de modo anecdótico, a ella no le pareció nada cómico y expresó su opinión en forma de preguntas:

—¿Cómo que eso es de lo único que habláis? ¿No te puede hablar de ninguna otra cosa? ¿Ni del clima ni de tu trabajo? ¿Por qué pretende que lo sepas todo sobre él si no hace el esfuerzo por saber nada sobre ti?

Su madre solía llamarlo desde el teléfono fijo de su diminuta cocina, apoyada sobre la barra, con un delantal bañado en suciedad alrededor de la cintura, pero sin comida en el fuego. Cuando Nate y Keru todavía eran novios, también hacía preguntas:

—¿Qué tipo de inmigrantes son? ¿Qué clase de ciudadanos chinos? ¿Son cristianos? ¿Creen en Dios? ¿Entraron en el país como corresponde? ¿Sus padres son ciudadanos estadounidenses? ¿Keru es ciudadana? ¿Se sienten más estadounidenses o chinos? ¿Hablan en chino cuando estás tú? ¿Saben que no puedes entender chino? ¿Les has preguntado? ¿Cómo va a ser eso ofensivo? Les tienes que explicar, de manera educada, que con Keru solo hablaremos en inglés y que esperamos que Keru se dirija a nosotros únicamente en inglés.

Las preguntas desilusionaron a Nate, incluso pensó en decírselo, aunque no quería escuchar sus excusas de por qué su xenofobia no era realmente xenofobia. Como si fuera una gran mamá osa que solo hace preguntas incisivas por su bien, para protegerlo (y protegerlos) de que su mujer extranjera no fuera una chupasangre. La cuestión de la ciudadanía era sobre lo que su madre más preguntaba, y para evitar que ella lo siguiera desilusionando, era también la única que se dignaba a responder. Le explicó toda el

proceso. Para convertirse en ciudadanos estadounidenses, Keru y sus padres habían renunciado a sus pasaportes rojos de la República Popular China cuando Keru todavía era una niña. Habían hecho un examen, habían tenido entrevistas, habían jurado lealtad a la bandera, les habían dado un firme apretón de manos y los habían felicitado: ahora formaban parte de la tierra de la libertad, una libertad que no había en su anterior patria. Pero incluso si Keru no tuviera la ciudadanía, él se casaría con ella de todas formas. Su madre le dijo que a ella tampoco le importaba, siempre y cuando Nate fuera feliz. Tres meses después volvió a preguntarle sobre la ciudadanía de Keru, porque había olvidado lo que Nate le había dicho. Esta vez prometió tomar nota... de esa respuesta que no le importaba.

Los padres de él se casaron nada más terminar el instituto, en la misma iglesia en la que se habían casado sus propios padres, en el mismo pueblo en el que ellos y sus padres habían nacido, a los pies de las montañas de Blue Ridge. Su madre trabajó como camarera hasta que se quedó embarazada. Su padre regentaba un supermercado. Cuando la tienda cerró, se mudaron a otro pueblo que tenía una tienda levemente peor que la anterior que necesitaba nuevos dueños. Durante el verano y los fines de semana, Nate trabajaba reponiendo los estantes, etiquetando latas de legumbres y conservas, o señalando con una etiqueta naranja tartas de fruta a punto de caducar. Para desalentar que las cambiaran, las etiquetas eran imposibles de despegar. Un ladrón tendría que estar ahí de pie diez minutos o más para despegar un código de barras y poder llevarse el producto sin hacer sonar las alarmas. Y, según le enseñó su padre, ese era el secreto de las tiendas baratas, usar ese tipo de etiquetas viejas e ir modificando el precio con un rotulador. Su padre trabajaba de seis a seis los días de semana, en el Día de Acción de Gracias y en Navidad, y ninguno de sus empleados le duraba un año entero. Las generaciones más jóvenes lo irritaban, y lo decía a viva voz, sobre todo a los que pasaban más tiempo en la sala de descanso, a los que les gritaba que tenían que ponerse a trabajar de una maldita vez. Cuando Nate estaba en el instituto, su padre se

sentó con él y le explicó que probablemente no hubiera futuro regentando supermercados, de modo que Nate tenía que buscarse otra cosa que hacer. Mencionó al hijo de su hermana, el primo de Nate, que trabajaba en una fábrica de neumáticos en otro estado y estaba de camino a convertirse en mozo de almacén. Mencionó también al otro hijo de su hermana, que había comenzado una formación profesional para convertirse en soldador.

—¿Algo de eso te interesa? —le preguntó su padre.

Nate dijo que escuchaba opciones.

—Una persona debe tener habilidades —le dijo su padre.

Y si bien Nate estaba de acuerdo, también sabía perfectamente que su padre se refería a habilidades físicas. Cargar y descargar cajas. Un oficio en el que se usaran las manos. O un deporte. Aunque nunca lo dijeron en voz alta, una enorme nube de tristeza se posó sobre el hogar de Nate el día que anunció que no intentaría más unirse a los equipos de fútbol, baloncesto o béisbol. Al menos su hermano mayor, Ethan, había practicado lucha libre, pero Nate era alto y escuálido. Frente a un espejo de cuerpo entero a veces tenía la sensación de ser un palillo de dientes.

Cuando entró en Yale con una beca completa —una sorpresa para todos, dado que nadie sabía que se había inscrito o que esas universidades ofrecieran becas—, su madre fue a la tienda de ropa más cara de la ciudad, una sucursal de Sears, y le compró su primer abrigo de invierno de verdad, relleno de fibra sintética. Era una talla más grande, pero su madre dijo que crecería, algo que nunca pasó. En Yale, durante su último año, Nate conoció a Keru en una fiesta de Halloween. Ella había ido a la fiesta vestida con una camiseta con estampado de leopardo, una chaqueta a cuadros y unos pantalones dorados brillantes. Él iba con una aleta de tiburón pegada en la espalda.

—¿De qué se supone que estás disfrazada? —le preguntó él.

—De indecisión —dijo ella—. O de mujer mal vestida. ¿Por qué? ¿De qué se supone que estás disfrazado tú?

Él señaló su tonta aleta de goma espuma y la sacudió alocadamente.

—¿No se nota? Soy un tiburón blanco.

Ella lo miró incisivamente. Después, se echó a reír. Una verdadera carcajada. Todo porque pensó que se trataba de un juego de palabras ingenioso sobre ser un “tiburón”, un hombre blanco rico en una universidad prestigiosa. Él le aclaró que no pretendía ser algo tan ingenioso. Se sintió desconcertado y le dio vergüenza. Ella se rio un poco más.

g

Dado que estaban en una fiesta, dejó que la chica que reía asumiera cosas sobre él. No le aclaró de inmediato que venía de una familia pobre en el medio de la nada y que era el primero de su familia en asistir a la universidad. En los últimos años se habían creado designaciones técnicas, programas de apoyo y mentorías para personas como él. La primera vez que escuchó el término “primera generación”, él era el profesor más joven de un nuevo comité creado para atender los casos de estos chicos. ¿Qué necesitaban? ¿Cómo sería la transición para ellos? Hasta entonces, Nate nunca se había puesto a pensar en sus propias necesidades ni en su transición, y si su hermano Ethan hubiera ido a la universidad él no habría tenido que ser el primero. Pero Ethan se había juntado con las personas equivocadas, robado algunos coches y pasado un semestre en un centro de menores. Cuando lo liberaron, terminó el instituto, y luego empezó a conducir hacia el oeste, luego al sur y de vuelta al oeste, trabajando de lo que fuera en el camino. Nate sabía poco del paradero de Ethan, excepto cuando le llegaba alguna carta en la que le confesaba que había descubierto su nuevo amor por Jesucristo y en la que le pedía, por favor, si podía enviarle algo de dinero que le ayudara en su recién descubierta religiosidad, preferiblemente

billetes de cien dólares envueltos en una servilleta dirigidos a una dirección nueva. Cuando Nate confrontaba a su madre y le hablaba de estas cartas (él sabía que ella le enviaba dinero a Ethan y también que ella le había dado su dirección en New Haven), ella le recordaba que no debía dejar que sus humos elitistas se le subieran a la cabeza, que él y Ethan venían del mismo lugar, habían sido igual de queridos, y tenían las mismas tendencias, y solo la voluntad de Dios había querido que Nate estuviera ahora en un camino distinto, y que tranquilamente las cosas podrían haberse dado al revés.

Si bien su madre no era una mujer muy religiosa y odiaba ir a la iglesia durante la Pascua, cosa que, por supuesto no hacía, cada tanto utilizaba “la voluntad de Dios” para torcer una discusión a su favor y terminarla. Su madre sabía que él ya no creía en Dios. Antes le preguntaba por qué. Él respondía honestamente: por ninguna razón en particular, solo que había dejado de tener sentido para él de forma gradual, no de un día para otro. Su madre le decía que no lo entendía y Nate contestaba:

—Mamá, dado que la fe se ha usado para justificar toda clase de cosas, al final parece algo hecho a medida de quien la usa.

Aunque él podía comprender los beneficios, sobre todo cuando se trataba de obtener apoyo y paz mental. Su madre seguía sin entenderlo, y Nate le dijo que con la fe uno al final se choca contra una pared, y aunque sabía que algunas personas llegaban a la fe por una cuestión pragmática —como en la apuesta de Pascal, que demuestra que conviene creer por si acaso—, él prefería una vida sin fe, y solo tratar de ser una persona decente.

La cara de su madre parecía haberse encogido y arrugado de repente.

—¿Pared? —susurró—. ¿Apuesta? —Se serenó y tomó aire, luego le dijo—: No olvides de dónde vienes.

Y Nate le respondió que no lo olvidaba. Y su padre le dijo:

—Sí que lo has olvidado. Mira, has angustiado a tu madre.

Su madre, al concluir que no había una buena razón para que Nate no creyera en Dios, se había puesto a llorar.

Entonces, Nate decidió no mencionar a su hermano o esta dinámica familiar. A veces solo dejaba que los demás asumieran que venía de una familia caucásica adinerada y que era hijo único.

Keru era hija única y había ido a la fiesta de Halloween sola, lo había decidido a último momento, para que su último año final de universidad no resultara tan pesado.

—Algunas personas dicen que les doy miedo —dijo ella.

Y luego gritó: “¡Bu!” y él se sobresaltó.

Estaba asustado, pero también lo intrigaba. Imaginó que así debieron sentirse los primeros científicos cuando se toparon con la electricidad.

Poco después, encontraron un sofá donde sentarse, y cuando Nate se puso a contarle que el año siguiente empezaría su posgrado para estudiar organismos simples, Keru cogió un posavasos de la mesa de centro frente a ellos y lo lanzó al otro lado de la habitación, que estaba llena de gente, sin dejar de mirar a Nate en ningún momento y haciendo como si nada.

—¿Acabas de...? —le preguntó él, señalando en dirección hacia donde había arrojado el posavasos.

—¿Qué? —preguntó ella.

Cogió otro posavasos y mientras lo preparaba, él dejó de señalar y le preguntó por sus planes de posgrado.

—No voy a ser doctora —dijo, mientras jugueteaba con el posavasos—. Tampoco abogada —dijo, mientras lanzaba el posavasos como un frisbee al otro lado de la habitación—. Ni voy a hacer un posgrado en finanzas —dijo, mientras cogía un vaso desechable (no había más posavasos)—. Lo que nos deja una última opción.

—¿Eh? —dijo él, sumido en el estupor.

—¿Consultoría? —preguntó, y como no le contestaba agregó— ¿Sabes de lo que hablo? —pero como él seguía sin contestar, ella dijo—: ¿Ochenta horas a la semana? ¿Que te traigan la comida directamente a tu escritorio? ¿Atender llamadas con suma urgencia que no tienen la menor importancia?

Alrededor del 70 % de sus compañeros de clase se había dedicado a la consultoría. Durante el curso de orientación del primer año los habían invitado a asistir a los eventos de la temporada de reclutamiento.

Una vez que él se recuperó, asintió y dijo:

—Sí, señora —luego posó su mano en una de sus mejillas ruborizadas y agregó—: Perdón, es que me pones nervioso.

La sonrisa de ella era genuina, cálida y escondía algo, como si después de sonreír estuviera lista tanto para darle un golpe como para abrazarlo.

Ella se inclinó hacia él y le dijo que tenía un secreto que podía ponerlo aún más nervioso. Él también se acercó y le preguntó cuál era el secreto. El secreto era que ella quería ganar dinero, y no sentía culpa alguna.

—Mi familia no tiene contactos y no voy a heredar una fortuna. Pero estoy decidida a hacer todo lo necesario para construir una vida que honre las penurias que mi familia y yo tuvimos que atravesar para llegar hasta aquí. ¿Me sigues, Tiburón Nate?

Él se preguntó si con «me sigues» ella se refería a «¿Entiendes las palabras que salen de mi boca?» o «¿Estás listo para unirme a mi causa?». Keru parpadeaba mucho menos que el humano promedio y mucho menos que él. Después del vaso desechable, lanzó un portaminas. Después del portaminas, lanzó un cuaderno de espiral. Escucharon que alguien gritaba:

—¡Ey, qué coño!

Pero la fiesta siguió su rumbo, la música siguió sonando, hasta que al final de la noche Nate le preguntó a Keru si podía volver a verla y ella apartó la mirada y la clavó en la mesa de centro, por fin vacía, y le dijo:

—Quizás.

Nate sabía suficiente chino como para seguir la conversación, pero no lo suficiente para intervenir. Dado que gran parte de su cerebro estaba enfrascado en la tarea de escuchar y traducir, no quedaban neuronas disponibles para la construcción de pensamientos nuevos. Su profesora de chino le había dicho que estaba en esa fase del aprendizaje de una segunda lengua llamada monotarea.

—La mayoría de las personas jamás supera esta etapa —le advirtió, y le animó a dar el salto a la conversación activa.

—¿Dar el salto?

—Sí. ¡Hazlo ahora!

Las frases de Nate no tenían lógica y emitía sintagmas incomprensibles. Mientras balbuceaba, una espuma blanca se formaba en la comisura de sus labios. La profesora no tardó en decirle que dejara de saltar, que tampoco era una rana.

Esas clases semanales eran aburridas y le recordaban que su anterior intento de aprender una segunda lengua había sido una pérdida de tiempo. Había ido a clases de español durante ocho años, con la mejor calificación cada semestre, y no sabía ni una pizca de español. Por necesidad, ahora sabía mucho más chino. La profesora de Nate era de Pekín y hablaba con una precisión orgullosa, casi militante. En su primera clase, ella le gritó, pero luego él se dio cuenta de que esa era su forma de hablar. Le gritaba:

—Mil cuatrocientos millones de personas hablan mandarín, es la lengua más hablada del mundo —insistía gritando—. Solo seiscientos millones de personas hablan inglés. Pero si hablas inglés y mandarín podrías comunicarte con alrededor de dos mil millones de personas alrededor del mundo. ¿No es maravilloso?

Nate le dijo que no necesitaba comunicarse con tanta gente, solo con sus suegros. Cuando la profesora se enteró de que Keru y su familia provenían del sudoeste de China, de una zona rural, le explicó que allí hablaban un dialecto del mandarín de entonación más monótona, de sonidos más suaves y, en definitiva, menos preciso. Dialectos como aquel, de los pueblos rurales, pueden ser agrupados bajo el término *tu hua*, o “habla de la tierra”.

—No puedo enseñarte el habla de la tierra —admitió y luego agregó que encontrar un profesor que pudiera sería imposible.

El lenguaje oficial es el mandarín de Pekín; los dialectos se hablan en casa. Así que, al quedarse sin opciones y dado que Keru se mostraba reticente a enseñarle, Nate aprendió el mandarín aprobado por el gobierno, impartido por profesionales contratados para tal fin e intentaba aplicar lo aprendido a las conversaciones que oía en el círculo íntimo de su mujer, un ejercicio que se parecía bastante a meter un cuadrado de madera dentro de un agujero redondo, aunque con la suficiente fuerza, y con cada una de sus neuronas dedicadas a esa labor, al final lograba meter el cuadrado en el agujero.

Visto desde fuera, el esfuerzo no parecía gran cosa. Se sentaba y escuchaba. Se quedaba en silencio con cara de tonto.

Pasaron la semana puertas adentro, comiendo. Cada mañana, a la hora del desayuno, los padres de Keru les ponían delante una variedad de carnes y tentempiés de espinaca, tortitas de cebolleta y una serie de salsas. Cada mañana, debían terminárselo todo, o si no, advertían los padres de Keru, no tendrían energía para el resto del día y se desmayarían. Mientras comían para evitar el desvanecimiento, Keru les preguntó a sus padres si tenían la intención de ir a algún lado. A la playa, por ejemplo. O a pasear con el coche por las famosas costas. Había muchos faros. Ni siquiera hacía falta bajarse del coche, podrían admirarlos desde lejos, a través de los cristales tintados y con las ventanillas cerradas.

Sus padres sacudieron la cabeza al unísono.

—Demasiada gente —dijeron.

Ya habían visto las dunas de camino hacia allí e imaginaban que la arena sería igual en todas partes.

Keru les preguntó si al menos les apetecía salir a caminar junto a Nate y ella. Hacía buen tiempo, al igual que ayer y el día anterior, baja humedad, nubes mullidas. Al escuchar la palabra caminar, Mantou apareció corriendo desde el salón y se metió debajo de la mesa, a los pies del padre de Keru. Él intentó acariciar a Mantou, pero no pudo encontrar el lugar ideal, por lo que dejó su mano suspendida por encima del pelaje blanco y negro mientras el perro se sacudía reclamando su atención. Los padres de Keru no eran cariñosos con los animales, aunque, de niño, el padre había criado perros para cuidar los cultivos y los campos. Pero no eran del tipo de los que uno acaricia o mete dentro de la casa. La madre de Keru les tenía miedo a los perros, sobre todo a los grandes que podían saltarte encima y posar sus patas en tus hombros. Cuando Mantou se lo hizo, ella se cayó de espaldas y gritó. Luego le gritó a Keru que

casi la mata. Contrataron a un entrenador que había logrado que Mantou dejara de saltarle encima a la gente, pero pasó todo un año hasta que la madre de Keru aceptó estar en la misma habitación que la perra. Preguntaba a su marido, en voz alta, con su hija ahí mismo, si Keru había comprado una perra para quitarse a su madre de encima. Keru conocía la fobia de su madre hacia los perros, y ahora era dueña de un perro gigante. En ese momento Nate se dio cuenta de la dificultad con sus suegros. Podían hablar de Keru como si ella no estuviera presente y construir hipótesis de lo más alocadas sobre por qué ella era tan irresponsable. Cuando Nate dijo que comprar a la perra pastora había sido idea suya, que la anhelaba desde la infancia, sus suegros le agradecieron por compartir con ellos sus sueños infantiles, pero se pusieron a especular que probablemente Keru lo había obligado a decir eso, para que no le echaran la culpa a ella.

Sin embargo, ahora había cariño entre la perra y los padres, e incluso el padre de Keru llamaba a Mantou su gran perra panda.

Aunque inmediatamente después de acariciar a la gran perra panda, se iba al fregadero a lavarse las manos.

Durante el segundo año de la pandemia, pocas personas eran —los inmunodeprimidos, la gente con bebés— tan cuidadosas como los padres de Keru. Sin embargo, al otro lado del espectro estaban los padres de Nate, que se negaban a vacunarse y cuando contrajeron el virus se negaron a admitir que lo tenían o a hacer cuarentena. Durante seis meses, su padre perdió el sentido del olfato y lo atribuyó a una alergia. Su madre tenía severos dolores musculares, pero se negaba a hacerse un test o a tomar analgésicos. Por teléfono, Nate preguntó cómo creían que podrían viajar a lugares como Nueva York, para visitar a Keru y a él, si ignoraban todas y cada una de las normas. Su madre le dijo:

—Entonces no viajaremos. Vamos a esperar. Un día los científicos dicen una cosa, después otra.

Nate le recordó que él era científico.

—De lo que estamos muy orgullosos —agregó ella.

Pero fuera cual fuera la ciencia en la que él creyera, sabría que debía respetar las decisiones de los demás. Ella no lo presionaba para que creyera en su ciencia, ella no le decía lo que debía hacer. Nate le explicó que no había una ciencia de ella y otra de él, no era un concepto del que se pudieran adueñar, y más importante aún, ella y su padre no eran científicos, no habían ido a la universidad, ni hecho exámenes, ni defendido una tesis que se tarda seis años en completar, tampoco habían hecho otros tres años de posdoctorado después, ni estaban de camino en convertirse en titulares de una cátedra, aunque eso requiriera otros siete años por culpa de la burocracia, la falta de fondos, y porque la investigación sobre moscas de la fruta era endemoniadamente lenta; dado que tenías que criar las moscas, atraparlas, y si estabas intentando analizar los patrones de comportamiento sociales de las colonias debías observarlas por horas, durante meses. Lo último que le dijo a su madre fue:

—Nuestras opiniones no valen lo mismo.

Tras lo cual se hizo un silencio en la línea. Nate pensó que había soltado el teléfono o colgado. Luego la oyó decir:

—No te olvides con quién estás hablando, Nathan. Soy tu madre y no volveremos a discutir esto nunca más.

Keru nunca pudo entender por qué los padres de Nate no habían apoyado la carrera de su hijo.

—¿Quién no querría tener un hijo científico? —se preguntaba—. ¿O que trabaje en sanidad? Incluso podrías conseguir un trabajo en atención médica, los científicos siempre hacen falta.

Salvo por el hecho de que los científicos como Nate apenas ganaban una fracción de lo que gana un médico, y hacían un trabajo que ninguna persona que no hubiera ido a la universidad podría comprender.

—¿Por qué no Derecho? —le sugerían sus padres cada vez que volvía a casa después de otro semestre en Yale—. ¿Yale no tiene facultad de Derecho acaso? Además, sería bonito tener un abogado en la familia.

Después de estudiar Derecho podría hacer carrera en política, entrar al Senado, llegar a la Presidencia, o incluso a la Corte Suprema.

Keru parpadeaba como si acabara de salir de un coma profundo. Todas esas posibilidades estaban vedadas para alguien como ella.

—Pero no están vedadas para mí —respondía él. Y no solo no estaban vedadas, sino que estaban ahí, al alcance de la mano, postúlate a un cargo público, Nate, sé la voz del pueblo. Y si acaso él tuviera una pizca de interés en representar al pueblo, no sería un mal candidato. De los Apalaches a una universidad de élite. De campechano a presidente.

—No eres campechano —dijo Keru.

Él le preguntó qué entendía ella por campechano. Y ella no supo qué responderle, salvo: “Tú no lo eres”.

Nate se había terminado su porción de desayuno cuando la madre de Keru trajo otra bandeja de panes al vapor. Cogió uno de forma automática y lo partió por la mitad para que la piel blanca y esponjosa se hiciera a un lado y exhibiera el relleno oscuro de judías rojas. La conversación entre Keru y sus padres se había vuelto algo técnica, e imposibilitado de seguirla del todo, Nate se guió por las expresiones de su mujer. Ella pasó de un rubicundo optimismo a la palidez de una hoja de papel. Había una serie de temas de conversación que los padres de ella preferían. Primero, sus carreras,

en qué momento del futuro cercano Nate obtendría su cátedra y cuándo harían socia a Keru. Las palabras CÁTEDRA y SOCIA fueron pronunciadas en inglés con énfasis por el padre, que al mismo tiempo asentía a su yerno hasta que él empezó a asentir también. Después, hablaban sobre sus finanzas, y las opiniones del padre sobre cuál era la mejor forma de ahorrar dinero. La cuestión era:

—No podéis seguir alquilando para siempre, Keru. Deberíais aprender a tener una hipoteca, como las personas adultas.

Por último, los hijos. ¿Para cuándo? La madre de Keru tenía en sus planes ser abuela, decía el padre, y tener hijos es una responsabilidad social, incluso a pesar de que puede ser extenuante. En el momento en que los niños aparecieron en la conversación, también lo hizo la madre de Keru, mientras se frotaba las manos y aclaraba que el padre de Keru era el que quería ser abuelo, no ella. Apoyaría cualquier decisión que Keru tomara, siempre y cuando tomara la decisión ella sola, sin remordimientos, y no pretendiera que ella los cuidara.

—No voy a mudarme cerca de ti para cuidar a tus hijos —dijo su madre—. De eso ni hablar.

Su padre le recomendó que no pospusiera la maternidad por lo costoso que es.

—Sí, tener un hijo es caro, tú nos costaste, muy probablemente, cientos de miles de dólares, pero no permitas que eso te detenga. No lo pienses demasiado. Si necesitas más dinero, nosotros te podemos ayudar.

Como respuesta, la madre de Keru golpeó al padre en el antebrazo.

—¿Qué sentido tiene enseñarle a tu hija a cuidar el dinero si después vas a ofrecerle el nuestro? Solo los jóvenes chinos pretenden que los padres los mantengan. Los chicos estadounidenses, no. Mira a Nate.

En ese momento le hizo un gesto, como diciendo: “Ahí estás, Nate, gracias por quedarte sentado como una estatua y comer según nuestras instrucciones, ahora por favor quédate quieto un poco más mientras celebro tus virtudes occidentales frente a mi hija china”. Al mismo tiempo Nate enderezó la espalda, se metió el resto del pan al vapor en la boca, y trató de decodificar qué cosas buenas podrían estar diciendo de él.

—Un buen muchacho estadounidense jamás les pediría dinero a sus padres y labraría su propio camino en la vida. Keru debería aprender de él. Nate trabajó durante todo el instituto por un salario mínimo. Keru nunca tuvo que hacer tal cosa.

Esa confrontación entre Occidente y Oriente era, por supuesto, una falacia. Si le hubieran dado la oportunidad, Keru también habría trabajado por un salario mínimo en el instituto en vez de estudiar sin que le pagaran un centavo. Si los padres de Nate hubieran tenido, aunque sea un poco de dinero, él les habría pedido que lo ayudaran.

Keru se quedó callada. La mayoría de la gente le tenía miedo a ella, pero ella les tenía miedo a sus padres.

—Nate no quiere vivir en Nueva York en realidad, ¿no? —preguntó su madre—. Solo vive ahí porque Keru lo obliga. Porque Keru es mandona. ¿Qué tiene de bueno una ciudad con un sistema ferroviario tan atrasado, con tanta gente viviendo en la calle, con un crimen violento noche tras noche en las noticias?

Había muchísimas cosas increíbles a nivel cultural y gastronómico en la ciudad, algo que a sus padres les daba igual, que los traía sin cuidado. Pero incluso Nate debía admitir que los crímenes más inauditos que había oído en su vida le habían llegado a través del telediario de su ciudad. Delitos tales como tiroteos o apuñalamientos varios, con daños colaterales en forma de niños asesinados, delitos que incluían partes desmembradas dentro de una maleta, gente arrojada por el conducto de basura de los edificios, una mujer a la

que le esparcieron mierda por el rostro mientras esperaba el tren. Él atribuía estos actos a la densidad de la población. Cuanta más gente apretujada hubiera en un lugar, más errático sería su comportamiento. Pero eso no convencería a la madre de Keru, porque ella había crecido en una ciudad densamente poblada, Changsha, con ocho millones de habitantes, y jamás había oído de crímenes así. El día que una mujer de origen asiático fue empujada por un desconocido a las vías del metro y luego atropellada, la madre de Keru la llamó insistentemente hasta que contestó. Exigió que Keru dejara de usar el metro por completo, y Keru le respondió que no podía hacer eso, porque la empresa donde trabajaba estaba demasiado lejos de su piso.

—Entonces sal siempre junto a Nate —respondió su madre.

—¿Me lo meto en un bolsillo?

—No, que vaya por delante de ti. O por detrás.

—Nate también tiene que trabajar.

—Pero a él no lo van a empujar a las vías —volvió a explicarle su madre—. ¿Para qué te casaste con él? Úsalo como escudo.

Allí fuera, en el mundo real, Nate no tenía ningún problema en ser el escudo de su mujer, pero frente a sus suegros dudaba si defenderla o dejarla a su suerte. Para no ser esa clase de tío era preferible la neutralidad. Después de todo, eran sus padres y, tal como Keru afirmaba, las únicas personas en el mundo que podían hablar con ella de aquella manera. Los tres habían superado muchas cosas juntos, y durante muchos años y a pesar de que podían ser insufribles, eran su única familia. Keru no tenía ningún otro pariente en Estados Unidos. Sin abuelos, ni tías ni tíos, o primos en el mismo continente. Nate no comprendía del todo esa situación. No poder decir: “Me he peleado con mamá otra vez, me voy a casa de la tía”, o “Mi primo es un imbécil, pero está de visita y quiere tomar algo”, o “El abuelo está de nuevo ingresado y el pronóstico no es bueno, así

que vamos a ir todos a visitarlo". Para despedirse de tres de sus cuatro abuelos, Keru no pudo conseguir un vuelo a tiempo. Se escribía mensajes de texto erráticos con sus primos, pero ellos se burlaban de ella porque su chino parecía atascado en los años noventa, algo que era cierto después de todo, porque ella hablaba como sus padres, que habían huido de China en los noventa. Nate sabía todo esto sobre la vida de Keru, pero aun así no podía imaginar cómo sería vivirlo en primera persona. A los estadounidenses les gusta decir que su país fue construido por inmigrantes y que es un crisol de distintos orígenes, pero la mayoría de los estadounidenses están lejos de esa experiencia, los inmigrantes de su familia habían sido sus bisabuelos, así que todo eso podía significar muy poco para él. No había comunidades de inmigrantes en su ciudad. Jamás había comido sushi hasta que llegó a la universidad.

A medida que avanzaba el desayuno, Nate sintió que Keru y él estaban atados a un poste, espalda con espalda, en un sótano oscuro llenándose de humo. Preguntar "¿Podemos retirarnos?" no iba a funcionar con los padres de Keru. No había límites en esta familia, no había espacios que invadir, y si uno de ellos tenía una opinión, la expresaría sin resquemores. Alguien mencionó un asesinato reciente en Chinatown. Atroz. Inhumano. Nate se había sentido obligado a ver toda la grabación de las cámaras de seguridad en la que una joven asiática inocente era perseguida piso por piso, a través de estrechos pasillos, por un hombre encapuchado que le pisaba los talones.

—La encontraron desnuda en su propia bañera —dijo la madre de Keru—. La siguió hasta su hogar un hombre negro y la apuñaló cuarenta veces. Pasó los últimos segundos de su vida aterrada. Podrías haber sido tú, y no quiero ni pensar en esa madre que cruzó medio mundo para venir aquí y construir una vida mejor para su hija, solo para que muriera de esa forma, sin razón alguna.

Keru se mordía el labio superior de tal forma que empezó a sangrar por la comisura. Se quitó la sangre con un dedo y luego lo limpió con una servilleta. Al enfatizar la palabra “negro” en chino, hei, la madre de Keru daba por sentadas ciertas cosas que a Nate le costaba cada vez más ignorar. No existía eufemismo en mandarín para referirse a la piel negra de una persona, y cuando Keru se bronceaba en verano, su madre subrayaba lo hei que estaba su piel y lo poco cuidadosa que había sido al dejarse ennegrecer por el sol, shai hei. Sus padres tenían más de sesenta años. No iban a cambiar. Si bien no habían crecido en un ambiente que valorara la diversidad, e incluso a pesar de lo que sufrió China en las guerras del opio, la esfera de influencia, la colonización y restitución de Hong Kong, y el persistente sentimiento sinofóbico en Occidente, ellos todavía creían —gracias a un adoctrinamiento implacable— que la piel clara era mejor y que la mayoría de las personas blancas eran buenas.

—No puedo ignorar todo eso —dijo Nate.

A lo que Keru respondió extendiendo su brazo como invitándolo a explicarle a sus padres cómo eran las cosas ahora, algo que seguramente podría lograr gracias a su inherente bondad ética, pero ella ya tenía suficiente con ser su hija.

—Soy una persona —dijo ella—. No puedo hacerlo todo yo sola.

Cuando Nate levantó la mano para decir algo, el resto de la mesa se fijó en él. En un chino rudimentario, dijo que el hombre de Chinatown no tenía el cerebro. No dijo el hombre negro, solo el hombre. Y luego señaló su propia frente, aunque podía percibir perfectamente los errores tonales mientras los cometía. A lo mejor dijo cerebro. O quizá dijo toalla.

—¿Qué? —preguntó la madre de Keru.

—No estaba en sus cabales —dijo Nate en inglés.

En ese instante, se odió a sí mismo. La fluidez puede ser un arma.

La madre de Keru llevó su mentón al cuello, lo que le daba la impresión de tener doble papada. Miró fijamente a su hija y no volvió a dirigirle la palabra a Nate. El padre de Keru suspiró. Nadie se movió. Cuando el silencio se volvió insoportable, Keru logró romperlo.

—Si no es en Nueva York, entonces ¿dónde podemos vivir?

—¿Dónde? —preguntó la madre de Keru, en un tono de voz un poco más alto.

—En cualquier parte —dijo su padre, todavía más fuerte.

—En Minnesota —gritó su madre.

En Minnesota los padres de Keru vivían aislados y tenían pocos amigos. Vivían en las afueras de St. Cloud, un pueblo en medio del campo. La primera vez que Nate fue de visita, el padre de Keru los llevó a dar una vuelta con el coche; aunque Keru no quería ir, su padre insistió en caso de que Nate o él necesitaran una traductora. Nate vio a Keru mirar por la ventanilla, resignada, mientras su padre hablaba orgulloso sobre Minnesota y le explicaba a Nate que este estado, un estado al que Nate jamás le había dedicado dos minutos de reflexión, estaba en medio del cinturón del maíz, el cinturón lechero y el cinturón de las heladas, un montón de cinturones que experimentar, tan diversos como los propios Estados Unidos. Luego, el padre de Keru dijo que el área le recordaba a su tierra natal — rural, lejos del mar— y su gente también. En chino, le indicó a Keru que le contara a Nate sobre su “tierra natal”.

Ella se dirigió a Nate y le contó que la tierra natal de su padre estaba en el centro geográfico de China, y al igual que ahí, era muy llano, podías caminar horas y horas y no encontrar otra cosa que llanura, como si la Tierra realmente fuera plana en aquel lugar, y hubiera una falta de dimensionalidad, de textura o algo, una ausencia de cambio, que es un poco como se sentiría una persona que no es del Medio Oeste viviendo con sus padres en el Medio

Oeste. El padre de Keru asintió, aunque no entendió del todo lo que su hija había dicho.

Su vecino más cercano en Minnesota tenía una granja lechera. Le había contado al padre de Keru que tenía cuatro hijas, aunque en realidad necesitaba cuatro hijos. "Hacen falta hombres para ordeñar", le había dicho. Y el padre de Keru asintió dándole la razón, porque él se había criado en Hunan con dos hermanos, tres hermanas y su padre destinaba a los hijos a trabajar en la cosecha y a las niñas (y sus delicadas manos) a la siembra. El padre de Keru y su vecino tenían largas conversaciones sobre fardos de heno, y cuando llegaba el día de hacer los fardos, el padre de Keru iba a ayudar. Como agradecimiento le regalaban unos cuantos litros de leche fresca que él aceptaba con gusto, sin mencionar que su mujer y él eran intolerantes a la lactosa.

Más allá de este vecino, los padres de Keru casi no nombraban a ninguna otra persona. No iban a las ferias del condado, no veían el hockey, ni intentaban escalar en hielo, conducir motos de nieve, caminar con raquetas, "irse al norte" a pescar, lanzarse en un bote por el río, navegar, hablar con acento de Minnesota, comer mermeladas o cazuelas con sobras, ni escuchar Prince (tampoco sabían quién era Prince), comprender la leyenda de Paul Bunyan (ese gigante con hacha que misteriosamente no se pisa la barba), ni apreciar Fargo (ni mucho menos entender Fargo). Cuando Keru todavía iba al colegio, se autoexcluían de toda obligación parental o evento. Aunque podían valorar algunas cosas obvias de vivir ahí. El coste de vida era bajo, había mucho espacio, mucho cielo, muchos centros y galerías comerciales, muchos lugares donde aparcar, la amistosa Canadá a pocos kilómetros en caso de que las relaciones diplomáticas entre los Estados Unidos y China explotaran o el cambio climático causara estragos en el Medio Oeste. En Minnesota podías comprar comida y papel higiénico al por mayor. Podías conseguir leche de tu vecino, quien tenía la piel rojiza y curtida por el sol, y que en invierno se tornaba del color de la mantequilla quemada, y podías pasar días enteros sin ver a una persona de color

o a otro asiático. Sus padres habían abandonado un lugar lleno de asiáticos por uno donde había pocos. En sus mentes, que hubiera muchos asiáticos en un área no era ideal, y solo podía traer resquemor o rechazo por parte de los habitantes locales, que dirían cosas como: “Mira, ahí va otro asiático sobrecualificado a robarnos ese trabajo especializado que en realidad nadie quiere hacer”.

Después del desayuno, Keru pasó un rato largo en el baño con la puerta cerrada. Cuando salió, le dijo a Nate que tenían que sacar a pasear al perro. El padre de Keru despejó la mesa y la limpió. La madre de Keru, en el fregadero, lavó los platos y luego el fregadero propiamente dicho.

—Nos vemos, perra panda —dijo el padre de Keru junto con un gentil saludo mientras ellos le ponían la correa a Mantou.

—Sé buena, Mantou —dijo la madre de Keru mientras salían por la puerta.

En la parte de la playa donde no había nadie, Nate dejó a la perra sin correa y Keru se sentó en la arena, y luego se tumbó, como una estrella de mar. Tenía los ojos cerrados. Tomaba grandes bocanadas de aire. Se quedaron así un rato, Nate flanqueado por una estrella de mar triste y una perra alegre, hasta que una señora en la otra punta de la playa, a unos cien metros de distancia, empezó a llamarlos. Era mayor que ellos, rubia y estaba envuelta en un tul blanco, pantalones de lino beige y caminaba descalza en su dirección. Nate fingió que no la veía ni podía escuchar lo que les decía. La mujer se acercó hasta que su voz cantarina se volvió difícil de ignorar.

—Hola, disculpad. Hola. Sí, vosotros dos. El perro. Hay carteles. Hagamos caso a las normas y aportemos nuestro granito de arena, ¿vale?

Mantou ya estaba en el agua, jugando con las olas. La mujer señaló a Mantou e hizo exagerados gestos de alarma. Nate le hizo un gesto de disculpas y estaba a punto de ir a ponerle la correa a Mantou cuando Keru abrió los ojos y se puso de pie. Buscó la piedra más cercana y la lanzó hacia la dirección aproximada en la que estaba la mujer. La roca cayó a pocos metros de sus pies, levantando arena. La mujer miró impávida el pequeño cráter y un segundo después empezó a chillar. Los chillidos eran estridentes e insoportables. Mantou dejó de jugar con las olas y enfiló su cuerpo hacia la mujer, como si hubiera visto una pelota que tenía que ir a recoger. Nate llamó a Mantou y le pidió que viniera. Mientras le ponía la correa a la perra, Keru buscó la segunda piedra más grande y la sostuvo en la mano. Miró tranquilamente a la mujer hasta que dejó de gritar y clavó su mirada horrorizada en Keru. Luego, la mujer dio un par de pasos hacia atrás, antes de darse la vuelta e irse.

En vez de irse a dormir temprano como solían hacer, los padres de Keru pasaron su última noche en Chatham sentados en el salón con su hija, Nate y Mantou viendo aquel programa sobre las propiedades de multimillonarios. Durante un par de episodios, el programa estuvo dedicado a propiedades en París y seguía a algunas parejas de expatriados que habían elegido mudarse a la ciudad. Por qué expatriados y no inmigrantes era una pregunta que Keru le había hecho a Nate hacía mucho tiempo, cuando él usó esa palabra para describir a unos amigos de la universidad que se habían mudado a Asia, becados para enseñar inglés a niños, a pesar de que no conocían ni una palabra de la lengua materna del resto de las personas de ese país. Nate insistió en que sus amigos eran expatriados, no inmigrantes, lo que derivó en discusión a viva voz típica de sus primeros años de noviazgo: una confrontación violenta entre sus formas de ver el mundo que acababa forzando profundas revisiones de conceptos básicos de su vocabulario. Los expatriados abandonan naciones ricas para darse un baño de humildad en diversos rincones del mundo, mientras que los inmigrantes huyen de

naciones pobres para transformarse en la fuerza laboral de los países ricos. Para Nate, la palabra inmigrante remitía más a un refugiado, y aunque ciertamente un expatriado se mudaba de país en busca de oportunidades laborales, como los inmigrantes, el término parecía implicar también algo vacacional, una aventura, algo que podría disfrutar una persona como él.

En la pantalla, un agente inmobiliario francés acompañaba a una pareja de expatriados a visitar distintas propiedades y en cada una de las estancias le preguntaba a la pareja qué tipo de energías sentían allí. Luego iban a un café a ponderar esas emociones con alguna infusión y unos croissants recién horneados. Que nadie preguntara el precio o el tamaño de la propiedad dejó al padre de Keru en un estado de agitada estupefacción. Los números aparecían de repente en la pantalla, pero nadie reflexionaba sobre ellos. La mujer expatriada quería mucha luz natural. El marido quería estar cerca del centro de la ciudad, además de luz natural.

—Pero ¿y el precio por pie cuadrado? —preguntó el padre de Keru al aire—. ¿Y la tasación? El sol no se va a ir a ninguna parte.

Desde su sillón, hacía el cálculo de conversión de metros cuadrados a pies cuadrados y lo decía en voz alta. Luego, calculaba el precio por pie cuadrado y lo decía en voz alta. A la madre de Keru le gustaban algunos de los dúplex con terraza, pero decía que todos estaban ubicados en lugares demasiado concurridos, con demasiados coches y, además, una amiga suya que había visitado París le había dicho que a los franceses no les gustaban los asiáticos. Les gustaba que los asiáticos compraran sus carísimos zapatos, carteras, perfumes y ropas. Les gustaba que los asiáticos consideraran la cultura francesa la cúspide de la elegancia europea, pero no pensaban lo mismo de los asiáticos, mucho menos de los turistas chinos, de quienes se burlaban por ser gritones y maleducados, a pesar de querer sacarles todo su dinero.

—No creo que eso sea cierto —dijo Keru.

—¿Ah, no? —preguntó la madre de Keru— ¿Entonces por qué estás viendo este programa?

—Nosotros estamos viendo este programa —dijo Keru.

La palabra china para “nosotros” es wo men y si se dice lo suficientemente rápido puede sonar como la palabra inglesa women, mujeres.

—Mil novecientos sesenta y dos pies cuadrados —dijo el padre de Keru—. Mil doscientos setenta y siete euros por pie cuadrado, o mil trescientos ochenta y seis dólares, sin tener en cuenta las comisiones.

Nate verificó las cuentas en la calculadora de su teléfono. Todas eran correctas. Keru compartía la rapidez mental de su padre, y Nate los había visto hacer competencias de cálculo: quién podía verificar la cuenta del restaurante más rápido, quién lograba convertir grandes distancias más rápido, quién podía sacar mejores estimaciones.

—Antes me daba vergüenza —le había dicho Keru a Nate—, pero ahora me divierte. Entiendo para qué me entrenaba.

Una vez Nate tuvo que esperar sentado fuera de una tienda mientras ella y su padre miraban fijamente una máquina de chicles y discutían cuántos chicles con forma de bola habría dentro. El volumen de la bola de cristal que los contenía, dividido por el volumen de cada una de las esferas de chicle, pero ¿cómo calcular el espacio vacío? Cada uno tenía una teoría diferente.

A medida que caía la noche, Keru y su madre seguían discutiendo sobre si lo mejor era la ciudad o el campo, sobre diseño de interiores, la paradójica relación entre riqueza y exclusión en los asiáticos, y la ética endeble de los agentes inmobiliarios en Francia.

—Hacen que los acuerdos parezcan tan sencillos. Se visten demasiado bien. Comen al menos tres comidas al día. ¿Dónde está

el sufrimiento? Quiero ver el sufrimiento —decía la madre de Keru.

—¿Por qué siempre tiene que haber sufrimiento? Lo entiendo, somos inmigrantes, sufrimos, pero ¿por qué además tenemos que presenciarlo a todas horas? —preguntó Keru.

—Porque hace falta sufrir —respondió su madre—. Sufrir significa luchar y poner la vara lo suficientemente alta como para que nadie se estanque. El estancamiento se convierte en holgazanería, es decir, perder el espíritu combativo, y perder el espíritu combativo es la muerte. Así que, para vivir, hay que sufrir.

La madre de Keru hablaba chino de una forma en la que no había palabras de relleno ni pausas.

Keru intentó argumentar que algunas culturas preferían mostrar calma, mientras que otras no.

—La calma es una ilusión —dijo su madre—. Nada que valga la pena puede o debe ser fácil, y si eliges un camino porque es fácil, entonces estás estancado. ¿Estamos nosotros estancados? —preguntó la madre de Keru, cuando vio que su hija no tenía respuesta.

Keru sacudió la cabeza.

—¿Tengo razón? —preguntó su madre.

Keru suspiró.

—¿Tengo razón?

—Tienes razón —dijo Keru y su madre asintió.

Nate de repente entendió que la forma en que la madre de Keru le hablaba a Keru era la misma en que la profesora de chino le hablaba a él.

Y después entendió que la forma en que el padre de Keru le hablaba a Keru era la misma con la que un entrenador se dirige a un atleta.

La actitud de los padres de Keru y, en alguna medida, de la propia Keru, hacía que el sufrimiento pareciera difícil de entender en un principio, pero luego, un día Nate se dio cuenta de que se parecía a la culpa religiosa, algo que él comprendía muy bien. Esa creencia férrea en que una persona puede buscar con ansías ser buena pero nunca lograrlo del todo, o no llegar a merecer algo mejor. La creencia en que vivir la vida era una lucha, una lucha que había que aceptar, sin la necesidad de saber por qué.

Ni Keru ni Nate habían tenido que luchar para comer, tener ropa o un techo. Ahorraban la mayoría de sus ingresos y hacían presupuestos detallados. Pero un hábito del que Keru no podía deshacerse era buscar cupones de descuento o elegir los productos de la estantería de liquidación de las tiendas. Cuando todavía vivía con sus padres, en el Medio Oeste, no compraban absolutamente nada al precio marcado y se jactaban de tener la habilidad de encontrar los productos con descuento por vencimiento próximo con la fecha de expiración más lejana. El hecho de no tener la necesidad de seguir haciéndolo le causaba a Keru una incomodidad considerable. Nate había notado cómo ella se reprochaba ciertas compras. En la fila para pagar en el Whole Foods había mirado el carrito y luego había dicho:

—Gastamos más en una semana que lo que mi padre solía ganar en un mes. Ni siquiera me esfuerzo en buscar productos en oferta. Me he olvidado de lo que es el esfuerzo.

—Pero no es que me haya olvidado —se respondía a sí misma Keru—. ¿Por qué sufrir más de lo necesario? ¿Por qué me sigo preguntando si he sufrido lo suficiente?

—¿Con quién hablas? —le preguntaba Nate.

—Con mi madre, ¿con quién si no?

Inmediatamente después de terminar el episodio del programa de bienes inmobiliarios, comenzó otro. Presentaron a una nueva pareja de expatriados, listos para encontrar el château de sus sueños, y a pesar del subtexto ostensible y autoindulgente —la inmigración puede ser una bendición si uno tiene recursos ilimitados—, nadie sugirió ver otra cosa o que era hora de irse a dormir. Mantou roncaba en su cama, con las patas acurrucadas, una posición que Nate llamaba la “más adorable”. Keru y su madre se habían acercado la una a la otra en el sofá. Tenían la misma sonrisa, pero sin esa sonrisa Keru tenía la misma mandíbula recta que su padre, que seguía inclinado muy regiamente en su butaca, con los dos brazos apoyados en los reposabrazos, como si estuvieran a punto de entrevistarle en un programa de televisión o estuviera esperando que le sirvieran un whisky carísimo que él jamás habría tomado de todas formas.

—Me gusta ese revestimiento —dijo Keru.

—No me disgusta —respondió su madre.

—Tres mil doscientos cuarenta pies cuadrados —dijo su padre—. Mil quinientos veinte euros por pie cuadrado, o mil seiscientos sesenta y nueve dólares para redondear.

Nate pensó que la visita había ido mejor que otras veces. Estar con sus suegros significaba ver a su mujer convertirse en otra persona, y lógicamente entendía por qué sucedía y por qué tenía que ser así. El puesto de hija no podía quedar vacante, y sus suegros no lo consideraban a él como su hijo. Alrededor de él mostraban una faceta amable. Era como el empleado de su T. J. Maxx predilecto, una persona que reconocían y a la que le sonreían a lo lejos, pero en definitiva alguien por quien no se preocupaban. Cuando Keru estaba presente, podían ser ellos mismos y llenarla de sus innumerables prejuicios y sesgos. Ella era su traductora por defecto y su interlocutora principal. No esperaban que tuviera opiniones propias.

En cambio, ella absorbía sus ansiedades y quejas, imitaba sus tics al hablar y emprendía una regresión a la infancia que lo único que lograba era alentar a sus padres que siguieran por ese camino.

—Al menos no has llorado —le dijo Nate mientras despedían a los padres de ella desde la acera y el coche se iba haciendo más y más pequeño hasta que desapareció en una curva.

—No suelo llorar —dijo ella.

—La última vez lloraste.

—No delante de ellos.

La última vez había sido antes de la pandemia. Habían alquilado una casa, equidistante entre ambas parejas, en el medio de Ohio. El padre de Keru había calculado en el mapa que la distancia en kilómetros fuera parecida, que pasaran el mismo tiempo en la carretera y que gastaran aproximadamente lo mismo en combustible. Nate entendía menos el chino en esa época, pero recordaba una cena en la que todos estaban hablando, incluso de buen humor, hasta que de repente Keru dejó de hablar y solo sus padres siguieron hablándole a ella, con peor tono, hasta que la comida se enfrió. Keru estuvo ensimismada dos días más, pero en cuanto ella y Nate abandonaron la casa, en el momento en que su coche tocó el asfalto, ella bajó la ventanilla y se puso a llorar. ¿Qué había pasado? Ella ya no lo recordaba exactamente. A excepción de que la visita se había convertido en un espectáculo dantesco y que sus padres seguramente no habían ayudado. Sin embargo, todavía recordaba la sensación, como si dos garras de metal escarbaran en su médula. Ya sin sus padres-garra, ese hueco en medio del pecho se iría llenando a medida que tomaba sus propias decisiones y vivía su vida. Luego vendría una nueva visita y sentiría aquellas garras escarbando otra vez. No es que sus padres fueran máquinas sin alma, no, incluso la sola idea de equiparar la atención de sus padres a las de unas garras la hacía sentir aún más culpable. Durante casi

dos décadas, ellos habían sido sus únicos guardianes y protectores. Hicieron lo que pudieron con lo que tenían a mano, pero cuando Keru era pequeña habían sido tan dolorosamente ineptos para lidiar con ella que básicamente no tuvo infancia, y es que, a fin de cuentas, ellos tampoco la habían tenido. A sus padres y a ella les quedaba un tiempo limitado para estar juntos, y desde este momento hasta que uno de ellos muriese, ese tiempo debía ser administrado y concentrado en esas pequeñas ráfagas. Quería que esas ráfagas estuvieran asociadas a recuerdos felices, aunque evidentemente los tres eran incapaces de lograrlo. Probablemente porque ninguno de ellos creía en la felicidad realmente. Creían en la infelicidad porque la habían vivido. Ser infelices juntos era un consuelo.

La mayoría de la gente quería saber qué significaba su nombre.

—¡Qué nombre tan bonito! —le había dicho la madre de Nate cuando se conocieron en una de las celebraciones de graduación en Yale, un pícnic al aire libre al que la mayoría de las madres asistió con vestidos floreados y sombreros de ala ancha.

—¿Cómo distinguen a una madre de la otra? —le preguntó Keru a Nate mientras atravesaban un pórtico de estilo gótico con rejas de hierro, con Nate unos pasos delante, las manos en los bolsillos de sus pantalones caqui y su camisa Oxford blanca arrugada y por fuera del pantalón. Elevó el mentón para mirar a una mujer alta, con algo de sobrepeso, que llevaba un vestido cubierto de crisantemos amarillos. Ella ya había encontrado un lugar en la sombra, al final de la mesa, y había acaparado tres vasos de limonada rosa. Estaba sola, y mantenía una postura con sus robustos hombros encogidos, como para disimularlos. Cuando los vio, se le infló el pecho, y empezó a golpear la mesa con las palmas de las dos manos.

Como siempre, Keru se presentó diciendo: “Se dice Keru, como Perú”.

—Qué bonito nombre. Me imagino que debe significar algo.

—No —respondió Keru, y luego bebió un sorbo de la limonada, que estaba tan dulce que sintió cómo unos granos de azúcar le raspaban la garganta.

Su futura suegra no parecía muy convencida. De cerca, su cabello tenía el color del heno cuando está mojado. Tenía unos labios tan finos que cuando los unía al cerrarlos casi desaparecían dentro de su boca.

—Tarde o temprano tendrás que contármelo —le dijo, en un tono que podía ser tanto una riña como un gesto de complicidad—. Nathan no significa nada. Es solo el segundo nombre de su padre.

Nate preguntó dónde estaba su padre.

Su madre hizo como que no lo había escuchado.

Le pidió a Nate que le indicara en qué edificios iba a clase.

Él respondió que no estaban en esa área. Estaban en otra parte.

Entonces le pidió a Nate que le indicara hacia qué otra parte.

Lo hizo, pero vagamente, y si su madre hubiera seguido el rumbo hacia donde apuntaba su dedo seguramente habría ido a parar a ninguna parte.

Luego le pidió a Nate que le dijera qué edificio era ese, el de ladrillos a la vista y persianas negras que estaba justo enfrente de ellos.

Preguntó por cada uno de los edificios adyacentes y los que estaban detrás.

Le preguntó dónde estaba la facultad de Derecho, y Nate dijo:

—Por allí. —Aunque no estaba en esa dirección.

Al poco tiempo, la madre de Nate asumió el rol de la infatigable animadora, y Keru perdió la cuenta de cuántas veces le dijo a Nate lo orgullosos que estaban de él. Él aceptaba los elogios sin darles mucha importancia, y Keru se sintió mal de que lo único que la madre recibiera a cambio fuera una limonada demasiado dulce e indicaciones equivocadas.

Más tarde, Nate se enteró de que su padre estaba buscando dónde aparcar. Había estado dando vueltas alrededor del campus durante dos horas intentando encontrar un lugar lo suficientemente espacioso para no tener que hacer ninguna maniobra delicada. La madre de Keru se había quedado descansando en la habitación del hotel con la excusa de una migraña, y el padre de Keru había decidido acompañarla. Probablemente lo de la migraña fuera cierto, el tipo de migrañas que sufría cuando tenía que socializar con otras familias, especialmente en este estilo de eventos, donde todos están henchidos de orgullo por un hijo que ha conseguido su título en Yale y ahora estaba listo para cambiar el mundo. Keru no podía culparlos. Ella misma no se creía su propio entusiasmo.

Un día después, los padres de Keru hicieron una breve aparición en la ceremonia, sentados al fondo. Mostraban amplias sonrisas, pero se los notaba nerviosos y se mantuvieron alejados de la multitud. Los padres de Nate no vieron gran parte de la ceremonia porque se habían perdido. Habían ido al patio central equivocado, y cuando llegaron al correcto estaban en la otra punta, bajo un árbol inidentificable. Mientras Nate trataba de localizarlos, Keru preguntó a los suyos si querían que se los presentaran. Sus padres dijeron que solo si ella lo creía necesario, que por ellos no hacía falta, porque ya habían conocido a Nate. Al final, sus padres no se conocieron, y para cuando Nate logró ubicar a sus padres, los de ella hacía media hora que estaban de camino a casa.

La única vez que sus padres coincidieron fue siete años más tarde, en la boda. Se dieron la mano y se felicitaron los unos a los otros, felices de que finalmente sus hijos hubieran decidido casarse tras un

largo noviazgo, pero después se mantuvieron en esquinas opuestas del salón y se sentaron en las puntas opuestas de la mesa durante la cena.

La madre de Keru pronunciaba la palabra boda como poda. Lo hacía sin querer, no oía la diferencia. Y quizá no la había, pensó Keru. Aunque ¿a quién había que podar? ¿A ella o a él? Podar a Keru de su familia, o a Nate de la suya. Su matrimonio, así, parecía la aparición de un tallo moribundo en medio de una planta inmaculada.

Se casaron por lo civil y los padres de Keru pagaron la ceremonia. La tradición dicta que los padres de la novia deben asumir los gastos, y nadie en la familia de Nate pareció mostrar ninguna objeción. Durante la boda, la madre de Nate dijo unas palabras, y el padre dijo unas palabras, y luego Nate abrazó a los dos mientras su madre lloraba. El padre de Keru dijo unas palabras, pero no su madre. Su padre jamás había hablado en una boda y no había preparado su discurso. No mencionó a Nate ni una sola vez, lo que molestaría a los padres de Nate, que sí habían mencionado ocasionalmente a Keru. Habló de su infancia y de sus hermanos, ninguno de los cuales tenía pasaporte o visa, por lo que no estaban presentes. El padre de Keru habló sobre su difunto padre, un agricultor de sorgo, que aprendió solo a leer y escribir, y fue quién le otorgó a Keru su nombre. Los dos caracteres de su nombre eran ke 可 y ru 如, el padre de Keru dibujó los trazos en el aire con su dedo índice. Una traducción posible sería “permitir” o “estar de acuerdo con”. El nombre no tenía mucho peso y sonaba débil. Para los hablantes de mandarín es un nombre típico de mujer.

—Pero para quienes no hablan chino —dijo el padre de Keru mirando hacia las tres mesas donde estaba sentada la familia de Nate—, Keru es fácil de pronunciar.

A esa altura, la madre de Keru intentaba que su marido dejara de hablar y se sentara. Pero el padre de Keru se había aferrado al micrófono y continuó hablando. Quería recordarles a todos que, sin

importar lo que significara su nombre, ella no era débil, era fuerte. Su mujer y él habían criado a su hija para que fuera fuerte.

Antes de que llegaran los padres de Nate, había que lavar las sábanas. Como Keru no iba a hacerlo, Nate tenía que ocuparse, y mientras ponía la lavadora, dijo que se sentía como si fuera el dueño de un hotel.

—Podría ser peor —dijo ella. Sus padres podrían estar separados, y casados con otras personas. Entonces tendría que lidiar con cuatro parejas de visita y con sus madrastras y padrastros.

Él estaba de acuerdo en que aquello sería peor.

Nate dijo que iba a tumbarse un rato, y durante diez minutos ella no supo nada de él, lo que le dio un respiro, pero, poco después, se sintió sola. Lo encontró boca abajo sobre la cama recién hecha, con la ropa puesta. Mantou se había acurrucado junto a él, con el mentón apoyado en su espalda. Keru intentó que la perra la acompañara al salón y se sentara un rato con ella, pero Mantou tenía sus favoritos, en este orden: Nate, el padre de Keru, su juguete con forma de chuleta y luego Keru. Todo el mundo conocía este orden y hablaba sobre él. Que ella estuviera específicamente al final de la lista la hizo sopesar la ridícula idea de conseguir otro perro y entrenarlo para que la quisiera más que a nadie. Pero estos eran los hechos: Keru viajaba por trabajo, a veces incluso durante una semana entera, y en ese tiempo Mantou probablemente se olvidaba de ella, o asumía que había abandonado a la jauría. Keru no podía, como sí hacía Nate, llevar a Mantou al trabajo, dejar que se acomodara bajo su escritorio y que golpearla la cola contra el suelo mientras llegaban estudiantes durante las horas de tutoría solamente para acariciar a la hermosa perra del profesor. Nate usaba camisetas que tenían escrito: el perrino con una imagen de Marlon Brando con cara de perro, y solía personalizar tazas con fotos de la cara de Mantou. Keru se había quedado de pie en la puerta

prometiéndole golosinas y literalmente sacudía una galleta con sabor a panceta mientras Mantou la miraba sin mostrar ningún interés. Al final Keru se cansó y volvió al sofá con la galleta.

Un perro no es un hijo, pero Keru no podía sacarse esa idea de la cabeza. Su razonamiento era el siguiente: al principio, su hija preferiría a su padre, el que está presente, el que hace monerías, el más tierno. En la adolescencia, su hija se quejaría de que Keru no es lo suficientemente femenina, de que es fría y no tiene rollo, le señalaría sus arrugas, sus manchas en la piel, su edad, como se supone que deben hacer todas las chicas adolescentes. Keru se imaginaba resentida contra esta criatura que había llevado en su vientre durante cuarenta semanas, que la había convertido en una ballena y le había desgarrado la vagina. Después, estaba también la cuestión de la etnia, pues la niña tendría orígenes diversos, aunque creía que podría convencerla de que el color de la piel no tenía importancia. Si el padre era el preferido de su hija, eso no significaría que ella hubiera elegido ser blanca, o se hubiera alineado con esa parte de Estados Unidos; su hija simplemente estaría eligiendo a su padre. Y si cuando tuviera veintitantos decidía volver a dirigirle la palabra a Keru, si de repente le dijera: "Háblame de tu infancia, háblame de China y por qué nunca hemos ido, por qué nunca me enseñaste mandarín, y por qué no celebramos las festividades chinas, por qué no me has enseñado recetas chinas" (preguntas cargadas de reproches), aquello no tendría nada que ver con reencontrarse con su identidad asiática. No, el mayor miedo de Keru era el fenómeno que, según había escuchado, ocurría con frecuencia en hijos de familias mixtas, sobre todo en aquellos más rebeldes y desorientados, los que solían quemar las naves. Keru temía que su hija se convirtiera en una de esas personas sumamente resentidas con sus orígenes, que en la adultez renegara por completo de su linaje, o acusara a Keru de rendirse ante el patriarcado, a Nate de tener un fetiche con las asiáticas del cual ella era un subproducto, una especie de híbrido humano, una mestiza fruto de una unión conflictiva pero tristemente habitual.

Nate escuchaba cada una de estas elucubraciones y le preguntaba si alguna vez había considerado la posibilidad de que su hija no fuera a rechazarla. Keru decía que no había ninguna oportunidad de que eso ocurriera. Era inevitable que hubiera alguna forma de rechazo en algún momento. Él se encogía de hombros y decía:

—Vale.

En lo que respecta a tener hijos, Nate solía inclinarse por no tenerlos. Mucho tiempo atrás, había asumido que enseñar en la universidad implicaría estar rodeado de adultos. Estaba equivocado. Cientos de jóvenes pasaban por su clase año tras año, y el grupo de los que necesitaban una atención personalizada también crecía año tras año. Necesitaban que los animaran, antes, durante y después de clase, que les dijeran que todo iría bien, que la ciencia no los devoraría. Sus colegas más veteranos (y más gruñones) se quejaban de estos estudiantes, y para encajar él también se quejaba, pero en el fondo disfrutaba de formar parte del sistema de apoyo de sus alumnos. No le molestaba tener horas de tutoría, incluso horas extras, y más y más horas extras. Pero, dado que su trabajo ya implicaba en gran parte lidiar con niños, a Nate le gustaba llegar a casa y que no hubiera más niños. Ni uno.

Los amigos con hijos pequeños les daban consejos no solicitados.

—Vais a cambiar de opinión.

—Enseñar no es lo mismo que criar.

(En qué forma era distinto, estos amigos no sabían especificarlo).

—Congela algunos óvulos.

—Es el paso que os falta.

En su edificio había varias familias mixtas, y Keru observó de cerca una para saber qué esperar. Había intentado hacerse amiga de la

madre, una mujer de Shanghai, y se trataban de forma cordial cuando se cruzaban, aunque cada vez que Keru le hablaba en mandarín la madre le respondía en inglés, así que Keru le respondía en inglés a su vez y así se comunicaban. Los chinos americanos no son iguales que los chinos de China. Existía una barrera implícita entre ellos, invisible para el resto del mundo. Era admirable que aun a pesar de haberse casado con una persona blanca, la madre insistiera en que sus hijos fueran bilingües, aunque parecía una tarea estresante. Cada vez que Keru veía a esta familia, el padre llevaba el cochecito, en silencio, mientras la madre, junto al carrito, hablaba en un mandarín acelerado. Cuando los chicos contestaban en inglés, la madre insistía. "Shuo zhong wen! ¡Hablad en chino!". Era un canto, como un compás militar, que se repetía mientras cruzaban la calle, iban a la plaza, esperaban el autobús, entraban y salían del ascensor. El mandarín se había convertido literalmente en su lengua materna, y Keru entendía bien su reticencia. ¿Por qué habrían de hablar una lengua que su madre usaba exclusivamente para gritarles, como si no supieran que el mandarín es la lengua más gritada del mundo? Una vez, Keru probó hablar en mandarín con la hija. La niña esperaba a sus padres en el recibidor del edificio mientras hacía ochos con su monopatín rosa.

—Me gusta tu monopatín —dijo Keru.

La niña siguió haciendo ochos, pero en cada giro volvía hacia Keru la cabeza en forma de corazón, los ojos negros clavados en ella y la boca cerrada como una pequeña raya rosada. La niña no respondió en ninguna lengua, pero la sospecha fue inmediata: ¿Keru estaba de alguna manera emparentada con su madre? ¿Era también su madre? ¿Había forma de que a partir de ahí no una sino dos mujeres fueran a obligarla a hablar en mandarín?

En conclusión: si llegaban a tener hijos, ella tendría que cambiar. Ella más que él. Y no le parecía justo.

—Entonces no tengamos hijos —dijo Nate.

—Hablo hipotéticamente.

—Entonces que no sean bilingües.

—Pero eso es un retroceso —dijo Keru—. De dos idiomas a uno. Es una pérdida del 100 %.

—No para mí —dijo Nate.

A menudo Nate se preguntaba qué pasaría con el mundo si todas las parejas dejaran de procrear. Solía mencionar esa película, Idiocracia, cuya premisa era que la gente inteligente al final dejaría de tener hijos y la sociedad se sumiría en la ignorancia. En la primera escena, una pareja con estudios considera que el asunto es demasiado importante como para tomar una decisión apresurada y luego decide que no es el momento. Cuando creen que el momento ha llegado, aparecen problemas de fertilidad, y antes de que puedan intentar la fertilización in vitro, él muere de un ataque al corazón mientras se masturba para recoger una muestra de semen. Al mismo tiempo aparece una pareja de personas mediocres que viven en un lugar remoto rodeados de niños feroces. La mujer está embarazada otra vez. El hombre dejó embarazada también a otra mujer. El árbol genealógico crece gracias a los hijos del matrimonio y a los que son producto de infidelidades. El árbol de la pareja mediocre tiene muchas, muchas ramas, mientras que en el de la pareja con estudios solo la mujer infértil sobrevive.

A Nate también le gustaba mencionar a Darwin. La supervivencia del más apto no es la supervivencia del más fuerte o el más astuto o el que mejor sabe esconderse de los depredadores. La efectividad reproductiva es un juego numérico. La hembra de mosquito produce miles de huevos en su vida. Una población bacteriana se duplica cada veinte minutos. Esas son especies evolutivamente aptas, y cuando los humanos desaparezcan de la faz de la Tierra, ellas sobrevivirán.

—Es deprimente —dijo Keru.

—¿Por qué? —preguntó Nate—. Para entonces estarás muerta, y yo también.

Keru le prohibió morirse antes que ella. Él respondió que estadísticamente era mucho más probable, con una diferencia de al menos seis años.

—Estadísticas de mierda —dijo ella.

—Sí, que se vayan a la mierda las matemáticas de los grandes números —respondió él.

Los paseos matutinos estaban repletos de este tipo de conversaciones. Recorrían el oeste del Central Park. Los senderos alrededor de Great Hill. Otros padres de perros los saludaban y viceversa. Se sabían el nombre de cada uno de los perros que paseaban por allí, pero no los de sus dueños. Si había buen clima, iban de la mano. En los meses más fríos ella metía la mano debajo de la manga y él se aferraba a esa manga.

La ostra abierta parecía mirarla como una especie de ojo legañoso. Estaba colocada en una cama de hielo junto a otras cinco ostras, en forma de pétalos de flor alrededor de una pila de cuñas de limón recién cortadas y húmedas. La camarera, que parecía tener estar en edad escolar, les había garantizado que esas eran las ostras más frescas en todo Wellfleet y, por lo tanto, en todo Cape Cod. El menú informaba de lo mismo, igual que el cartel afuera. La madre de Nate insistió en que fueran a Wellfleet, un pueblo a treinta y cinco kilómetros al norte de Chatham, justamente por eso. Quería un lugar conocido y que tuviera, al menos, cuatrocientas reseñas en Yelp. Frescas quería decir vivas. Las seis ostras estaban aún vivas, y cuando Keru escuchó a la camarera decir ese dato, no tuvo el valor para hacer lo que la madre de Nate hacía: tragarse de un sorbo ese pequeño ser.

Nadie a su alrededor usaba mascarilla y los padres de Nate ni siquiera habían traído una. Las tiras les irritaban las orejas. Su padre no podía respirar cuando se la ponía. A su madre le preocupaba que la gente no pudiera ver su sonrisa. Aunque todavía había disposiciones vigentes sobre su uso, a su madre no le importaba.

—¿Qué es lo peor que pueden hacer? ¿Echarnos? —dijo la madre de Nate en el coche de camino hacia el lugar, con Keru y Nate sentados en el asiento de atrás, como dos chicos volviendo a casa después del entrenamiento de fútbol—. ¿Nos van a negar la entrada? Somos gente buena, honesta. Hicimos un largo viaje para llegar hasta aquí.

Si hubiera habido obligatoriedad de usar mascarilla, a lo mejor les habrían prohibido la entrada, aunque probablemente no. La madre de Nate tenía talento para caerle bien a los desconocidos. Podía ponerse frente a un maître en un restaurante lleno y, gracias a su labia y algunos halagos, después de acercarse, tomarle el brazo y decirle que su marido y ella venían de Carolina del Norte, a los pies de las montañas, al sur de Boone, convencería al maître de su verdadera humildad estadounidense.

—¿Ha estado alguna vez en Boone? Debería. Vaya a Grandfather Mountain, Tweetsie Railroad y Blowing Rock.

Entonces, estaban muy lejos de casa, ¿verdad? Habían venido a visitar a su hijo. Nunca antes habían estado tan al norte ni tan al este, pero como su hijo se niega a visitarlos (risas), se habían visto obligados a venir. Cualquiera que su madre intentara convencer, acababa encantado. Los invitarían a pasar. Para Nate el comportamiento de su madre era insultante, pero Keru estaba obnubilada. No podía imaginar que algo así pudiera pasarle a ella o a sus padres jamás. No podía imaginarse hablando sobre Minnesota, o peor, sobre China, y lograr que el maître se convenciera de que eran personas cuerdas a las que había que dejar pasar.

El restaurante estaba efectivamente lleno, pero los sentaron rápidamente en la terraza techada, en una amplia mesa para cuatro mirando al mar. Las vistas parecían una bandera en la que la arena, el océano y el cielo eran sus tres franjas. Mientras Keru miraba esta bandera, Nate y su padre tranquilizaban a la madre de Nate. Era su primera vez comiendo ostras y si bien cuando se las ofrecieron al padre no quiso probarlas, le aseguró a su mujer que le haría la maniobra de Heimlich si su primera experiencia no salía como esperaban.

—No sabe a nada —dijo ella, mirando algo confundida la mitad de concha rugosa, como si siempre hubiera estado vacía.

—Ponle un poco de salsa —dijo Nate.

—Pero entonces solo sabría a salsa.

—De eso se trata —dijo Nate, y le puso salsa picante, llevó la cabeza hacia atrás y sorbió su ostra.

Su madre dejó la concha en el plato y en el lapso de un minuto suspiró dos veces.

—Pensé que tendría algún sabor. Faye dice que se supone que saben a mar, pero ni siquiera he notado la sal.

Faye era la tía de Nate, la acaudalada hermana menor que se había casado con un contable y con el que tenía una propiedad con vistas al mar en Virginia Beach. Al parecer comía ostras, o al menos le hablaba a la madre de Nate sobre comerlas, todo el tiempo.

La madre de Nate le preguntó a Keru por qué no probaba una, y Keru le respondió que se sentía mal del estómago.

—¿Mal cómo? —preguntó su suegra—. ¿Necesitas un antiácido?

Keru dijo que no.

El padre de Nate había estado esperando su plato combinado de mar y tierra. Llevaba una camiseta desgastada y unos pantalones cortos con bolsillos abultados, estaba sentado a cierta distancia de la mesa para poder acomodar su esférica barriga y su enorme muslo izquierdo reposaba sobre su muslo derecho. La madre de Nate era unos pocos centímetros más alta que su marido y su peso oscilaba, dependiendo la época del año, en una franja de alrededor de quince kilos. Aproximadamente lo que pesaba la pierna de Keru, y cada vez que la madre de Nate adelgazaba, Keru se imaginaba a sí misma cojeando por ahí sin una pierna. En comparación al padre de Nate, la madre de Nate parecía ir demasiado bien vestida para la ocasión. Llevaba el mismo vestido verde lima con el que había viajado y que había causado que la gente a su alrededor entornara los ojos. Había vuelto a adelgazar, y le dijo a Keru nada más llegar que el vestido era de Lilly Pulitzer y que lo había comprado en una subasta de eBay para premiarse por sobrevivir a “dos semanas desquiciantes de dieta líquida”.

—¿Estabas nerviosa? —preguntó Keru

—¿Por qué iba a estar nerviosa? —le respondió su suegra.

—Por el hambre.

—No —le respondió.

Habían conversado de pie en la cocina mientras Nate y su padre vaciaban la caja de la camioneta y Mantou seguía a Nate a todas partes. Sus padres no eran de viajar ligeros, pero en vez de llevar neveras portátiles llenas de comida china, traían leña para hacer fogatas, sillas plegables de camping para poner alrededor de esas fogatas, litros y litros de Coca-Cola Light y ginger ale, y su propia cafetera, café molido y leche entera, por miedo a que las tiendas de Nueva Inglaterra no ofrecieran las marcas que ellos consumían. La madre de Nate les indicó dónde quería que colocaran cada uno de estos objetos y siguió hablando sobre su vestido. Si bien el verde

lima no era su primera opción, era un color que se ajustaba a su presupuesto. Keru le preguntó por qué el vestido tenía que ser de Lilly Pulitzer, y la madre de Nate pareció compungida por el hecho de que no conociera a esa maravillosa persona. La madre de Nate dijo que era una marca muy representativa de la zona. ¿Cómo podría venir a Cape Cod sin tratar de acoplarse a su estilo? ¿Keru no tenía ninguna prenda de Lilly para ponerse? Si no, podrían ir de compras juntas y parecerían gemelas.

Cuando llegó su plato combinado de mar y tierra, el padre de Nate empujó el resto del plato de ostras hacia Nate y le dijo a su mujer:

—Ahora puedes decirle a Faye que comiste ostras y no tienen nada de especial.

La madre de Nate respondió cortésmente que Faye era mucho más sofisticada que todos ellos juntos, a lo que el padre de Nate respondió que eso no era posible, ya que Nate y Keru vivían en Manhattan y los neoyorquinos son, lo sabe todo el mundo, más sofisticados que cualquier otra persona. Le guiñó el ojo a Nate como para que se diera cuenta de que no pensaba eso en realidad de los neoyorquinos, y solo lo decía para molestar a su madre. Los padres de Nate odiaban ir a visitarlos a Manhattan porque odiaban ese tráfico de gente tan sofisticada. La última vez que se metieron en la ciudad con su vehículo, no pudieron dilucidar cómo salir de la autopista del lado oeste, y terminaron en algún lugar de Nueva Jersey, a punto de divorciarse. Nate tuvo que coger uno de esos coches que se alquilan por horas para ir a buscarlos.

—Nadie sabe conducir —dijeron de los neoyorquinos—. No saben cómo usar los intermitentes o dónde ceder el paso.

Mientras Nate y sus padres discutían jocosamente sobre quién era sofisticado y quién no, Keru pidió una sopa de almejas. Cuando llegó a la mesa, la sopa ya era un mejunje amarillento y en su superficie tenía un brillo poco natural. Para que pareciera que estaba haciendo

algo, pescaba los pedazos grises de almeja con su cuchara y luego dejaba que volvieran a hundirse. Los padres de Nate eran muy amables con Nate y de a ratos la conversación podía ponerse tan inocua que se volvía insufrible. Dado que era su primera comida juntos, todos fueron especialmente delicados en el trato. Hacían bromas sobre nada. Se guiñaban el ojo. Decían “por favor” inmediatamente seguido de “gracias”, como si tuvieran que reconocer al otro en cada gesto o, si no, uno de ellos podría desaparecer. Nate cambiaba de actitud en presencia de sus padres. Cuando ella le preguntaba al respecto, él solía negarlo, pero era verdad. Se volvía más chispeante, su voz más prístina, y cada vez que sus padres le preguntaban sobre la universidad, en el mismo tono en que un adulto le preguntaría a un niño: “Ey, amiguito, ¿cómo va el colegio?”, Nate respondía una nimiedad como en un cantito, y luego su padre respondía con otro cantito como asintiendo, y después su madre, y Keru se preguntaba si todas las familias blancas actuaban así en público, como un coro de niños cantores.

—¿Quién habría dicho que iba a gustarte tanto estudiar que seguirías haciéndolo hasta ahora, eh? —dijo el padre de Nate, y palmeó el hombro de su hijo, algo que ya había hecho durante ese día.

—Es cierto, papá.

—A Nate siempre le gustó el colegio —dijo su madre—. Le encantaba que le leyeran. Le encantaba La cabina mágica. No me canso de contarle a todo el mundo que él aprendió a leer solo. No tuvimos que hacer nada.

—Gracias, mamá.

—No tienes nada que agradecernos. Agradécetelo a ti mismo.

Aunque lo intentaba, Keru no podía seguirle el ritmo a la amabilidad constante y cuando se olvidaba de sonreír o de decir gracias le

preocupaba afianzar el estereotipo de los asiáticos como gente incivilizada.

La enorme diferencia entre sus madres había hecho que una vez Keru se riera a carcajadas. Ella y Nate estaban de visita en casa de los padres de él y la madre de Nate había traído a rastras unas cajas enormes desde el sótano que contenían dibujos de Nate. Durante la siguiente hora, sacó cada uno de esos papeles pintarrajeados, los sostuvo apenas con dos dedos y describió la imagen de cada uno a Keru, mientras Nate, sonrojado, se fue a la cocina para no volver. Después del ataque de risa de Keru, la madre de Nate, sin rastro de su afabilidad, dijo:

—Es que estás celosa porque tu madre no te prestaba atención.

En ese instante, a Keru se le pasaron muchas cosas por la cabeza. Ira. Tristeza. El comentario fue sorprendentemente hiriente y honesto. Por supuesto que Keru estaba celosa, pero además el asunto era mucho más complicado e incluía años de bagaje cultural que la madre de Nate no comprendía. Pero haberse reído así también había sido grosero, entonces Keru se disculpó por reírse y la madre de Nate le agradeció la disculpa.

Mientras la camarera limpiaba la mesa, les preguntó si deseaban algo más. Nate pidió otra cerveza de trigo y su madre pidió otra cerveza de trigo y Keru otra agua con gas y el padre de Nate, que había dejado el alcohol, otro ginger ale. Cuando llegaron las bebidas, brindaron y dijeron salud todos al mismo tiempo. Keru no podía afirmar que el padre de Nate hubiera sido realmente un alcohólico. Solía beber cerveza de trigo como los demás, y se tomaba una lata al final del día como hacían el resto de padres. De alguna manera, le recordaba a Homer Simpson (que sí era un alcohólico, le recordó Nate). Pero cinco años atrás hubo un episodio que incluyó una serie de llamadas desesperadas entre Nate y su madre. Ella había decidido abandonar a su padre. ¿Por qué? Porque creía que, no, estaba segura de, incluso había presenciado con sus propios ojos,

que él iba todos los días al trabajo con resaca y que por la noche bebía hasta desmayarse. Había sido un fumador compulsivo cuando tenía veinte años, ya había sufrido dos infartos, y le habían hecho dos bypass y colocado un stent.

—El médico piensa que tu padre tiene la piel demasiado roja —había dicho la madre de Nate.

—¿Roja? —repitió Nate.

—Sí, como inflamada.

—¿Y el médico piensa que es por culpa de la bebida?

—Bueno, el médico no lo sabe, pero lo que yo pienso es que tu padre no se sabe controlar. Encontré cerveza en el garaje.

—Siempre guardó la cerveza en el garaje.

—¿Pero a su edad? Además, el médico tiene razón, su piel nunca había estado así de roja antes. Parece un indio.

Todo esto lo dijo mientras Nate doblaba la ropa limpia en el dormitorio, con el teléfono en altavoz y Keru a su lado, poniéndose crema. Keru se puso tiesa y miró a Nate, quien rápidamente cogió el teléfono, quitó el altavoz y luego colgó.

En el momento del comentario sobre la piel inflamada, hacía tres años que Keru era su nuera. La designación en inglés es, literalmente, "hija política". La parte política le ofrecía una distancia cómoda, aunque ella hubiera preferido que la palabra hija no apareciera en ninguna parte, como en chino, donde la designación para nuera es, simplemente, "mujer del hijo". Todas las madres quieren sentir que las necesitan, pero Keru descubrió que su suegra realmente añoraba que la necesitaran y que la escucharan. Después de que Nate se fuera a la universidad, tuvo síntomas severos del síndrome del nido vacío, aunque no podía admitirlo o decir en voz

alta las palabras “nido vacío”. Empezó a llamar más a su hermana y le enviaba sobres con dinero a Ethan. Le pidió a la abuela de Nate que dejara la residencia y se mudara con ellos. La abuela se negó. Entonces la madre de Nate dedicó toda su atención al padre de Nate y buscaba todo el tiempo indicios de que tenía problemas, algo absolutamente posible, aunque su ingesta semanal de cerveza no se había modificado y Nate no podía recordar ni una sola vez en que su padre hubiera ido a trabajar borracho o con resaca.

—Oh, pero sí que pasó —dijo su madre—. Montones de veces. Incontables. Solo que él nos lo esconde, a ti y a mí.

Así que, sin rechistar, el padre de Nate tendría que escucharla y detener su suicida ingesta recreativa de alcohol o, en caso contrario, ella lo abandonaría.

—¿Se ha puesto a pensar qué pasará después de divorciarse? Por ejemplo, ¿dónde va a vivir? —preguntó Keru en aquel momento.

—Mi madre no piensa —dijo Nate—. Siente.

Después de dos cervezas de trigo, la madre de Nate ya estaba visiblemente achispada. Se sonaba mucho la nariz y se tocaba las mejillas con el dorso de la mano. La sola mención de La cabina mágica agitó algo en ella, y así fue como entró en una espiral emocional en la que empezó a nombrar todas las cosas que alguna vez Nate había adorado de niño. Le encantaba ser boy scout, ir de campamento, las ferias de libros en el colegio, las gomas de borrar, los juegos de mesa, La ruleta de la suerte, el pegamento, las galletas de coco, cualquier cosa de los Cazafantasmas, el fútbolín, el minihockey, los dardos, varios instrumentos de percusión, jugar a deletrear, los sets de química, algunos animales peludos o con escamas, los trucos de magia, correr, caminar y sentarse.

Cuando la madre terminó de enumerar, Keru dijo:

—Qué enorme cantidad de cosas para amar.

Quizás hubiera sido mejor no incluir el “para amar”. A lo mejor solo hubiera sido necesario asentir.

La mesa se solía volver una tumba cuando la mujer del hijo decía alguna cosa fuera de lugar o difícil de interpretar. Después de un minuto incómodo, el padre de Nate le hizo señas a la camarera para que trajera la cuenta.

Durante la última mañana de su visita, la madre de Keru había intentado darle un consejo a su hija:

—No seas irónica. No hagas enfadar a su madre. No digas lo que estás pensando. No hables de política.

—No hablo de política con ellos —respondió Keru, aunque era una gran mentira.

Su madre golpeó la encimera de la cocina y Keru se sobresaltó.

—Déjalo ya, ¿sí? ¿A quién le importa lo que ellos crean? Criaron a Nate para que sea una persona íntegra. Él es muy bueno y leal contigo. Reconóceles eso al menos.

Keru prometió reconocer sus aciertos como correspondía, y comportarse de una manera que no diera a entender que había sido criada por salvajes o excomunistas. Nate le había pedido que no compartiera con su familia el hecho de que su padres habían estado afiliados al Partido.

—Nate —dijo Keru con mucho tacto—. En ese país todas las personas deben comprometerse con el Partido, de una forma u otra. A eso se refieren cuando hablan de un sistema de partido único.

Además, ella coincidía con su madre en que Nate había sido criado en condiciones, con amor, pero ese hecho palidecía más y más ante el desafío de agradar a sus suegros, dos individuos de la generación indiscutiblemente más numerosa —los boomers, nacidos hacia el

final del macartismo—, que habían vivido y contribuido a un largo período de dominio y supuesta grandeza al que la mitad del país ansiaba regresar. Esa era la complicación que Keru no había tenido en cuenta cuando conoció a sus suegros, y ahora advertía: “Joder, eso es lo que quieren decir cuando afirman que cuando te casas, te casas con toda la familia”.

Pero ¿él se había casado con la familia de ella?

¿Él acaso tenía la más mínima idea de cómo eran los padres de ella?

¿Y ella misma? Sabía que sus dos padres habían nacido en 1960, el segundo año de la gran hambruna. Seis años después, el camarada Mao lanzó la Revolución Cultural, que duró otros diez años. Los colegios cerraron y los familiares de su madre, todos profesores y profesoras, fueron enviados a campos de reeducación en áreas rurales. Su madre suele hablar poco sobre este período. Racionaban la comida y aquellos a los que no habían mandado a reeducarse debían hacer largas filas para conseguir un poco de leche, mijo o arroz. Una minoría afortunada recibía algo de carne. Su madre vivía con unos vecinos y jugaba con otros niños huérfanos del edificio. Su versión al respecto era:

—Hubo caos, sí, pero no era el pandemonio que Occidente quiso pintar.

Luego, un día, todos volvieron, más delgados pero reeducados. Su madre volvió con su familia, retomó el colegio y la vida siguió. El padre de Keru hablaba incluso menos del asunto. Para él y su familia la revolución estuvo bien, insistía, porque ellos ya eran pobres y ya vivían en esas áreas rurales donde te mandaban a reeducarte. Después de la revolución, su padre tuvo la oportunidad de ir a la universidad, una oportunidad de uno entre doscientos en aquel entonces.

—¿Cómo lo hiciste? —le preguntaba Keru.

—Estudié.

—Sí, pero ¿cómo?

—Con mi cerebro.

Había conocido a la madre de Keru en la universidad.

—Pero ¿cómo os conocisteis? ¿Quién os presentó? ¿Qué pensaban vuestras familias de la pareja?

Eran personas de distinta extracción social, distinta educación, costumbres y dialectos. Gente de ciudad contra palurdos del campo.

—¿Y de quién fue la idea de abandonar el país? ¿Cómo se lo tomaron vuestras familias?

Detalles que sus padres nunca le explicaron. Nos conocimos, nos casamos, te tuvimos, y ahora vivimos aquí. Punto. El hecho de que sus padres le ocultaran una gran parte de su historia le causaba gran perplejidad, incluso dolor. ¿Acaso era una forma de protegerla? ¿Un mecanismo de evasión o una muestra de fortaleza? ¿Era esta la típica pesadumbre china o era otra cosa?

La madre de Nate llegó con una lista de cinco faros destacados a lo largo de la costa que quería ver. Había investigado varias fuentes y revistas de decoración para conformar la lista, basada en los faros que le llamaban la atención. La madre de Nate hacía listas todo el tiempo, especialmente para los viajes en coche y las festividades. Al principio, Keru pensó que se trataba de un acto reflejo de una mente organizada, pero Nate dijo que más bien reflejaba su dispersión. Los cinco faros no estaban en la misma carretera. Dos de ellos estaban al este de Chatham y los otros tres muy al norte, uno en la mismísima punta de la península, en Provincetown, y aun así ella

quería ver los cinco el mismo día, de otro modo el viaje le parecería incompleto.

—¿Qué tal si vemos dos ahora y el resto mañana? —sugirió Nate, mientras revisaba la lista.

Aquello ocurrió la mañana siguiente, acababan de terminar el desayuno. Keru estaba de pie frente al fregadero de la cocina, cargaba el lavavajillas lo más lento posible, para poder estar ocupada con algo cerca de ellos y a la vez no tener que involucrarse en la conversación.

A la madre de Nate no le gustaba la idea de dividir los faros. Al día siguiente, ella tenía la intención de ir a la playa, para sentarse en la arena y leer.

—Pero si tú no lees —dijo Nate.

—Pero podría —respondió su madre.

¿Sabía Nate (sí, lo sabía) que la tía Faye seguía los clubes de lectura de algunas celebridades y, según ella, leía un libro a la semana y que luego le enviaba esos libros a su madre para que los leyera? Tenía una pila de libros en su casa con los que no sabía qué hacer. La mayoría eran demasiado contemporáneos o condescendientes.

—No me interesa lo que es demasiado complejo —dijo la madre de Nate, torciendo la nariz mientras pronunciaba la palabra complejo—. No me interesan los personajes que no puedo entender. ¿Qué problema hay con Danielle Steel?

¿O acaso Nate había olvidado (sí, lo había olvidado) que pasado mañana era la feria de productores locales? Necesitaban comprar mariscos, langostas, almejas, mazorcas de maíz, embutidos, quesos locales y sandías para la fogata y las barbacoas que harían por la noche.

—En ese caso, no podremos completar esta lista —dijo Nate.

—Estoy segura de que sí podremos.

—No podemos.

—Estás montando un escándalo.

Nate le arrojó la hoja con la lista y le dijo con firmeza:

—No podemos.

No iba a pasarse medio día conduciendo solo para que ella pudiera ver cinco faros cuando tenían uno a pocos metros de distancia.

—¿Quién ha dicho que tienes que conducir tú? Tu padre puede conducir.

—Su camioneta es incómoda —dijo Nate.

—Sobrevivirás —le respondió su madre.

—No, de hecho, no —respondió Nate—. No lo haré.

—Está montando un escándalo —le dijo la madre al padre de Nate, que estaba sentado en el sofá en silencio, viendo un partido de fútbol americano con un vaso de ginger ale apoyado en la barriga.

Nate propuso que fueran en dos coches distintos.

Su madre quería que todos fueran en el mismo coche.

—No hay espacio suficiente —dijo Nate, que insistía en llevar a Mantou, dado que cuando fueron a comer ostras a Wellfleet tuvieron que dejarla llorando en la casa.

—Mandy se puede sentar en el regazo de alguien —dijo la madre de Nate.

Como no querían pronunciar mal el nombre de la perra, habían decidido usar uno completamente distinto.

—De ninguna manera —dijo Nate.

—¿Por qué no? —preguntó su madre—. ¿Cuándo fue la última vez que todos viajamos en el mismo coche? ¿Cuándo fue la última vez que tuvimos la oportunidad de conversar?

Nate dijo que ahora mismo estaban conversando.

La cosa siguió así durante veinte minutos más.

Después de eso Nate, Keru y los padres de él condujeron, en coches separados, hasta el faro de Chatham. Con sus quince metros de alto, tenía todo lo que su madre había deseado: una torre blanca, barandillas de hierro fundido, una estación con tejas rojas. La madre de Nate dijo que estaba muy bien, pero que ese no estaba en su lista. Caminaron alrededor del faro. Keru llevaba a Mantou atada, pero aun así era difícil controlarla cuando llegaba a un lugar nuevo, toda excitada, tirando como un caballo desbocado. Nate jugó a ser guía turístico, leyó las placas sobre la historia del faro e insistió en que sus padres las leyeran también. Su padre echó una mirada a un par y gruñó. Luego encontró un banco donde sentarse y limpiar de forma repetida sus gafas de sol, ajustar su gorra y mirar de reojo. Había tenido problemas para aparcar otra vez y se encontró con ellos en el faro diez minutos después, no sin antes dejar a la madre de Nate con ellos. Dijo que no entendía por qué aparcar en esa zona era tan complicado. Solo había aparcamiento en la calle y solo permitían parar durante treinta minutos.

—¿Cómo se supone que alguien puede visitar un lugar de esta manera? —preguntó— ¿Y si queremos hacer un pícnic?

Mantou tiraba de la correa, se estaba ahogando y llamaba la atención de todo el mundo. Al tirar de ella hacia atrás, Keru parecía una maltratadora de animales o, como mínimo, una dueña muy

incompetente. El padre de Nate le preguntó a Keru por qué no la soltaba y ya.

—Todos los perros deben llevar correa —dijo Keru.

Su suegro le dijo que Mandy no iba a morder a nadie.

—Me parece que nos meteríamos en problemas —dijo Keru.

—Sí, ¿y qué? ¿Qué es lo peor que nos pueden hacer?

Keru se preguntó por qué sus suegros eran así, por qué valoraban la rebeldía solo cuando les convenía. Ella respondió que les podían poner una multa.

Su suegro puso los ojos en blanco y dijo:

—¡Por Dios!

La madre de Nate caminaba detrás de Nate y leía, o hacía como que leía, todas las placas. Además, sudaba profusamente y se secaba la frente con una servilleta de papel. Saludó con la mano al padre de Nate señalándole un espacio vacío junto a ella donde supuestamente debía estar él. Él le devolvió el saludo con la mano.

Al rato, Mantou alejó a Keru de su familia blanca hacia un grupo grande de turistas reunido en la base de la torre del faro, donde se sacaban selfies haciendo el gesto de la paz con sus manos. Eran claramente turistas recién llegados de Asia, probablemente coreanos, los delataba que usaban doble mascarilla, sombreros de lona de ala ancha, mangas largas, pantalones largos, y llevaban un paraguas (las mujeres) o una toalla de mano colgada alrededor del cuello (los hombres). Nadie en ese grupo iba a arriesgarse a contagiarse del virus o tostarse bajo el sol estadounidense. Cuando Mantou estuvo demasiado cerca, las mujeres retrocedieron mientras los hombres se ponían al frente y le hacían gestos a Keru para que se mantuviera a distancia.

Después de un rato, Keru se hartó de la gente y se sentó en un trozo de césped donde no había nadie alrededor. Hizo que Mantou también se sentara. Le mandó a su madre una foto del faro. Su madre no respondió a la foto, aunque el teléfono notificó a Keru que ella había visto el mensaje. Sus padres habían llegado a salvo a Minnesota, de la misma forma que a la ida, sin paradas innecesarias y comiendo frutos secos en el coche.

El grupo de turistas siguió sacándose selfies hasta que después de un rato empezaron a sacarse fotos en pareja. Algunas parejas llevaban ropa a juego, incluso en el color de la lona de sus sombreros y, mientras los miraba, Keru se preguntó algo que solía preguntarse a menudo: ¿tendría que haberse casado con alguien más parecido a ella? Tanto su colegio como su instituto tenían una comunidad predominantemente blanca, y aunque a ella le gustaba este o aquel, ella no le gustaba a nadie. La universidad fue bastante diferente, viajó a la costa este y se trataba de una institución de élite, donde, de repente, estuvo rodeada de hombres inteligentes y dispuestos. En sus primeros dos años en Yale, se unió a todos los grupos asiáticos disponibles y asistió a las asignaturas necesarias para ingresar en la carrera de Medicina. Su plan era ser doctora, aunque ese deseo se desvaneció cuando se dio cuenta de que le tenía fobia a la sangre, a las enfermedades, y que sus compañeros en esas asignaturas a la larga se convertirían en sus compañeros de trabajo. Ella y un chico que conoció en Microbiología, Peter, salieron un par de veces. Aprendió muchísimo sobre la vida de Peter. Había ganado la medalla al mérito de esto o aquello, como ella, y había sido seleccionado por USA Today como uno de los diez estudiantes de instituto a los que prestar atención cuando fueran adultos, algo que ella no había conseguido. Peter no tenía ninguna pregunta que hacerle. Cuando se quedaba sin cosas que decir, volvía a leer y solo levantaba la cabeza de su enorme libro para corregir algo que ella había dicho en chino mientras hablaba por teléfono con su madre. Cuando Keru le dijo que quería cortar con él, se mostró impávido. Le dijo que ya sabía que ella iba a hacer una cosa así, había predicho

desde el principio sus acciones y las palabras exactas que usaría para la ruptura, así que no había sorpresas.

—Tienes la cabeza muy estrecha —le respondió ella—. Será que eres tan pesado que alguien te la aplastó entre dos libros.

Una vez descartó Medicina, empezó un curso de Microeconomía, y ahí, donde había más de un cincuenta por ciento de alumnos de origen asiático, conoció a Shang. Shang era más elocuente que Peter, aunque solo hablaba de dinero, algo que no tenía que haberla sorprendido, pero por alguna razón la sorprendió. Él planeaba graduarse con honores como economista, ir de un fondo de inversiones al siguiente hasta conseguir un puesto de director general. Sabía con qué salario debía comenzar. Sabía cuánto debía aumentar ese número año tras año. Shang al menos le preguntó por sus intereses. Ella le dijo que estaba indecisa, pero que definitivamente no le interesaban ni la medicina ni las finanzas. Él le sugirió que se volviera consultora, una forma decente de ganarse la vida mientras encuentras tu rumbo. Una consultora trabaja con diversas industrias, viaja, y suele tener una cuenta holgada para gastos. Parecía un consejo decente hasta que Shang le dijo que la mayoría de las chicas se metían en consultoría porque era, en muchos aspectos, más fácil que las finanzas. Cuando salían a comer, Shang nunca dejaba más que un quince por ciento de propina. Pedía la cuenta y estudiaba cada línea con detenimiento en el taxi de vuelta. Ella se ocupaba de pagar el taxi, así era su acuerdo explícito para salir por la noche. Shang también era virgen y necesitaba tener sexo con ella cuanto antes. La hacía sentarse en su cama de la residencia universitaria y le ponía películas violentas sobre ladrones de bancos, algo que a ella le quitaba todo apetito sexual. Mientras pasaban los títulos, cerraba con tensión sus húmedos y caídos ojos para besarla, como si estuviera teniendo una pesadilla. Después de un mes con muchos robos y nada de sexo, Shang se terminó acostando con otra chica asiática de su clase de Economía, sin decirle nada a Keru ni tomarse el tiempo de cortar con ella. Tan solo fingió que Keru no existía, y cuando ella se cruzaba con Shang, a él

le daba un repentino espasmo en el cuello y se quedaba mirando el techo como fascinado. Poco después, el presidente de la asociación taiwanesa la invitó a salir. Eran las cinco de la mañana y estaban montando los puestos para la feria nocturna de productores en el campus, lo que les daba a los alumnos la oportunidad de probar doce recetas diferentes de dumplings. James era dos años mayor que ella, alto, fornido, tenía un cabello abundante y grueso que solía sacudirse con las manos. Keru perdió la virginidad con él y, después de un semestre saliendo, conoció a sus padres. Compartieron un estofado en un local de comida al estilo Sichuan, y Keru pensó que todo iba bien, que esa iba a ser su gran historia de amor en Yale, hasta que después de un verano de contactos esporádicos y sin sexo (porque James estaba en Taiwán), él la sentó en el comedor de la universidad, repleto de gente, y le explicó que su madre no quería que él estuviera como pareja de alguien que venía del continente.

—“Del continente” —repitió Keru.

—Taiwán ahora es independiente —dijo James.

Keru lo sabía, pero se preguntó qué tenía que ver la geopolítica en su relación. Keru había abandonado el país cuando tenía seis años. El continente no tenía ningún interés para ella ni ella tenía demasiado cariño por su país de origen en aquel momento. James le dijo que entendía perfectamente su punto de vista, él tampoco quería que sus futuros hijos tuvieran que debatirse entre dos tradiciones, y él, al ser cien por cien taiwanés, se sentía aliviado de no haber tenido que elegir. Keru le recordó que él era estadounidense, y ella también, y él dijo:

—Sí, pero soy taiwanés-americano, y tú eres sino-americana.

Desde entonces, Keru se sintió incómoda ante esta necesidad de diferenciar, hasta en los prefijos, imbuida en la comunidad asiática. Una comunidad que, aunque ya no era monolítica, seguía echando en falta un sentido de unidad. Mientras hacía un esfuerzo enorme

por no explotar ahí mismo en el comedor, preguntó con calma por qué este problema surgía ahora y no desde la primera semana, por ejemplo. Él sabía que ella era de China, y que no había forma de cambiar eso. James asintió empáticamente. Si servía de algo, le aseguraba que la había amado, pero que ese afecto, que alguna vez pareció no poder acabarse, en algún momento había languidecido, y a medida que él se fue poniendo a pensar en el futuro, fue decayendo con la forma de una curva asintótica. James hizo el gesto de una caída libre con la mano. Keru vio cómo esa mano chocaba con la madera de la mesa como si fuera un avión precipitándose desde el cielo. Ella le dijo que, pensándolo mejor, se arrepentía. Taiwán no era un país.

Durante un año, dejó de pensar en hombres por completo. Su madre le preguntó si era gay, y ella le respondió:

—¿Y qué más da si lo soy? ¿Qué te importa mi orientación sexual?

No, por supuesto que Keru no le respondió eso, no quería morir. En cambio, dijo que estaba ocupada con sus estudios y que había empezado a buscar trabajo como consultora. Pero cuando estaba sola en su habitación miraba su ropa interior maltrecha, sus piernas sin depilar, y los rollos de piel que se habían acumulado por encima del elástico de la ropa interior maltrecha, por comer únicamente palitos de mozzarella. Así que, para su última fiesta de Halloween en la universidad, se disfrazó con lo primero que encontró y le preguntó a la primera persona que se cruzó en la residencia dónde era la fiesta. Hay una en cada piso, le contestó esa persona, apoyada contra la barandilla y ya algo entonada. Avanzó por un pasillo cualquiera, cruzó una puerta abierta cualquiera y entró a una habitación cualquiera donde sonaba música fuerte, había una multitud y donde un tipo, en un rincón, bailaba solo y torpemente con una aleta de tiburón hecha a mano pegada en la espalda. Había hombres más guapos en esa fiesta, y que bailaban mejor. Pero ella no podía dejar de mirar a ese tipo sin amigos en el rincón, que no tenía ni la menor idea de que ella lo observaba. Acercarse era un

riesgo porque ¿y si estaba solo por alguna razón? ¿Y si era un chico de fraternidad desquiciado con un fetiche morboso? Si era un chico de fraternidad desquiciado con un fetiche morboso, tendría que pelear con él hasta la muerte. Antes de acercarse, diseñó un algoritmo mental sobre lo que haría, cómo y hacia dónde podría escapar en caso de necesitarlo, y qué objetos a su alrededor podría arrojarle.

Un mes después, decidieron que ya eran una pareja oficial, y se contaron sus primeras impresiones el uno del otro.

—¿Te estabas preparando para pelear conmigo?

—Solo si resultabas ser un perverso.

Él pareció perturbado por su respuesta y se quedó con la cabeza gacha, mirando sus manos.

—Pero no eres un perverso —le aclaró ella.

—Yo solo pensé que eras guapa —dijo él.

A Keru la habían llamado de muchas formas, pero nadie solía decirle que era guapa. Objetivamente lo era. Menuda y guapa, y cuando se sentaba con las piernas apretadas contra su pecho parecía ocupar muy poco espacio.

—Ah —dijo ella, sorprendida—. Vaya.

Keru se sentó al lado de su suegra, cada una con su respectivo traje de baño, en una playa que había elegido su suegra, porque estaba calificada como la playa familiar por antonomasia en el área, así que ahí fueron. Keru llevaba un traje de baño negro de una pieza, con el que no mostraba ni el escote, ni las caderas, ni el menor interés en llevar puesto un traje de baño. Su suegra llevaba uno colorido de un

solo tirante, con fajas de compresión incorporadas en la zona del estómago que parecían comprimirla, como esculpida, pero que no permitían el menor movimiento, mucho menos nadar. Las dos mujeres compartían una toalla mientras los hombres habían ido a ver los carritos de comida que estaban en la entrada. Keru se sentía como una muñeca de cera fuera de lugar, como si en realidad perteneciera a una muestra antropológica en la que un cartel indicaba homo sapiens moderno de vacaciones. Las hembras hambrientas esperan a que los machos vuelvan de su ardua tarea de recoger tacos de chorizo; las hembras hambrientas necesitan mantenerse ocupadas.

El sol estaba radiante y había niños en la playa, al menos un centenar, y gritaban a todo pulmón mientras se intentaban matar los unos a los otros con sus cubos de plástico llenos de arena.

Su suegra mantenía una conversación con ella misma sobre lo adorables que son los niños, cómo cambian de una etapa a la otra. Buscaba un niño en la playa, lo señalaba y luego le describía a Keru cómo era Nate a esa edad, y luego buscaba otro niño un poco más mayor.

—Tú y Nate seríais buenos padres —le dijo—. Nate sería un gran padre.

—Hmm —respondió Keru.

—Todos los padres queremos convertirnos en abuelos.

Keru no sabía qué contestar. Se sentía petrificada, como si su cuerpo no estuviera bajo su control. Porque no lo estaba. Según las personas que la rodeaban, ella tenía tareas que cumplir. Propiciar la reproducción de su carga genética, evitar la idiocracia, dar a luz a la primera generación de su familia nacida en Estados Unidos, darles una nueva esperanza a sus cuatro padres, asegurarse de que Nate tuviera la oportunidad de ser un buen padre.

Cuando su suegra le acarició el brazo con el suyo, Keru tiritó.

—Espero que sepas cuánto te queremos —le dijo, con sus brazos pegoteados por el sudor, el protector solar y alguna otra sustancia más.

—Sí —dijo Keru, temblando.

—A los dos. Os queremos mucho, y ojalá podáis venir al sur a visitarnos más a menudo. Al menos un par de veces al año.

Keru dijo que ellos también los querían.

El asunto de decirse “te quiero” los unos a los otros era parecido al de decirse “gracias”. Es algo que había que recordarle al otro de forma regular, como si al otro fuera se le fuera a olvidar. Nate fue el primero en decirle que la quería, y ahora se lo decían todos los días, algo que a ella le gustaba porque, de hecho, sí, ella quería a su marido, y era bueno saber, explícitamente, que él también la quería. Keru además quería a sus padres, pero esa era una forma de amor distinta, y no solían expresarla en voz alta. Con sus suegros, Keru sentía todo lo que se suponía que debía sentir por ellos. Quería que estuvieran sanos y felices, quería que tuvieran estabilidad económica en su vejez, pero no los quería, ni tampoco creía que ellos la quisieran a ella.

—Los hijos acrecentarán tu capacidad de amar —dijo su suegra—. Te harán sentir más presente.

Keru odiaba esa idea romantizada, pero ¿qué podía decir para rebatirla? Su suegra era madre, ella no.

—El primero suele ser más difícil —siguió su suegra—. Ethan montaba cada berrinche... Se ponía duro como una piedra y no permitía que nadie lo tocara. Se tiraba al suelo en público y golpeaba, y si tratabas de levantarlo, se aferraba a algo. El picaporte, un poste o tu pelo. Solía pensar que le pasaba algo.

Le pasa algo, pensó Keru.

—Nate era completamente diferente. Un bebé de lo más dócil. Silencioso y alegre, siempre sonriendo. Ethan y Nate se trataban con mucho cariño —dijo su suegra—. Ahora están atravesando una etapa, pero ya se les pasará. Hay un lazo entre hermanos que no se puede explicar.

Esa otra idea romantizada no le molestaba, porque ella siempre quiso tener una hermana. Desde el primer momento. Una hermana o un hermano, lo que fuera. Le preguntó cuándo había visto a Ethan por última vez.

—Suele llamarme —dijo su suegra—. Más que Nate, al menos —se detuvo para tomar aliento y luego dijo—: Me doy cuenta de que Nate y yo nos hemos distanciado. ¿Sabes por qué?

Keru pensó que todo el mundo sabía por qué, pero en vez de eso dijo:

—Nate siempre quiere llamarte, pero se olvida. Eso ha mejorado ¿o no? Además, ahora estamos aquí.

Su suegra la miró de reojo. El sol se reflejaba en sus ojos y tenía arena en las mejillas.

—A lo mejor sí, a lo mejor no. Ahora tú lo conoces mejor que yo, así que debe ser como tú dices.

Fue extraño escuchar a su suegra decir esas palabras. Era extraño porque era acertado y consciente. ¿Habían logrado un acercamiento? ¿Ahora se suponía que debían tomarse las manos? Como si la situación la hubiera incomodado, la madre de Nate se puso de pie y dijo que iba a meterse al agua.

—Ten cuidado —le dijo Keru.

—Lo tendré —le respondió.

La verdadera razón era que Nate tenía unos ideales, y cuando personas cercanas a él lo decepcionaban, a él le resultaba muy difícil perdonar sus errores. En 2016, sus padres dejaron bien claro a qué candidato apoyaban y él también. A Nate nunca le interesó demasiado la política, pero a medida que avanzaba el año, empezó a seguir las noticias obsesivamente y le decía cosas a Keru como:

—Me estoy preparando para ver cómo una ola gigante arrasa conmigo y todo lo que creo.

Esto era totalmente exagerado. Ninguna ola lo arrasaría, y sin importar quién ganara el 8 de noviembre, tendría que ir a trabajar el día siguiente, volver a casa, cocinar, comer, ducharse, dormir, tener sexo, pagar sus impuestos y pasear a la perra. En el plano general de la vida diaria, nada cambiaría. Pero la noche de las elecciones, ninguno de los dos había podido dormir por los ruidos en la calle, la inquietud, y los gritos de alguien desde una terraza, durante horas:

—YA HA LLEGADO A LA CASA BLANCA, YA HA LLEGADO A LA CASA BLANCA.

Luego, el 9 de noviembre, su madre mandó un mensaje al chat familiar con un emoji sonriente y un mensaje que decía que ahora que se había terminado la locura, por fin podían relajarse y disfrutar las fiestas. Ya habían comprado billetes de tren, habían pedido los días de vacaciones en el trabajo y un pavo de unos trece kilos esperaba en el congelador del sótano cuando, después de ver ese pequeño, minúsculo emoji, Nate llamó a su madre para decirle que no irían a casa el Día de Acción de Gracias ni en Navidad (y, desde ese día, tampoco volvió a pisar la casa de sus padres).

Le preguntó a su madre por qué había enviado ese emoji al chat familiar, en el que estaba incluida Keru. Obviamente porque estoy feliz, le respondió su madre. Él le explicó que no estaba feliz. No estaba feliz para nada.

—Lamento que te sientas así —dijo ella—. Pero yo también tengo que poder expresarme. Este también es mi país.

Sobre aquello de que no irían en Navidad, su madre pensó que se hacía el duro, pero al final irían.

—Estás montando un escándalo —le dijo.

—Estoy enfadado. Hay una diferencia.

—¿Serías capaz de hacerle eso a tu propia madre? ¿Estás dispuesto a arruinarme las fiestas? ¿No tienes corazón?

—Ethan tampoco irá.

—Ethan no puede hacer otra cosa.

Nate le dijo que la decisión estaba tomada.

Su madre empezó a llorar, así que le pasó el teléfono al padre que, en un intento por imponer autoridad con su tono de voz, dijo todo lo que un padre enfadado tiene que decir:

—Ya no te reconozco. ¿Cómo se te ocurre angustiar así a tu madre? Nos has decepcionado. No comparto tu decisión. De verdad, no la entiendo. Llámanos cuando entres en razón, te queremos y queremos a Keru.

En cuanto sucedió, a Keru se le ocurrió lo siguiente: después de llorar y desahogarse con su marido, la madre de Nate culparía a la mujer asiática de su hijo por esa cancelación de última hora, quien seguramente quiera vengar alguna ofensa migratoria que ella o su familia sufrieron, e inconscientemente deseó infiltrarse en su fortaleza de moralidad americana y arrebatársela a Nate.

—¿Crees que ella piensa que yo le metí ideas en la cabeza? —le preguntó Keru a una amiga blanca.

—Sí —dijo esta amiga, jocosa—. Cien por cien. Pero dirá que eres una excepción, porque lo eres. A mí todavía no me has metido ideas en la cabeza.

Imprudentemente, Keru buscó consejos de su madre, que describió el enfado de Nate como un acto impulsivo de un joven inexperto.

—La gente joven no tiene perspectiva —dijo su madre—. No conocen el sufrimiento. Como mucho, la persona que han elegido durará ocho años. ¿Qué es eso en comparación con toda una infancia sometida al camarada Mao?

Siempre aparecía el camarada Mao.

Igual que, ahora, siempre aparecía Trump.

Los padres de Keru no votaban ni querían hacerlo. Les daba lo mismo quien ganara, y la democracia en general. Pero su madre le dijo a Keru que Nate y su familia sí debían interesarse en política, porque era su política. Le dijo a Keru que se protegiera, que no se involucrara. Que se mantuviera neutral y no se metiera en el asunto. Luego, increíblemente, le indicó a Keru que resolviera la situación con una llamada a la madre de Nate, para tener una conversación sincera.

—Discúlpate si es necesario.

—¿Disculparme por qué? Es su madre.

—Entonces recuérdaselo.

—Creo que lo sabe.

El mandato pasó y ellos sobrevivieron. Sobrevivieron a otro ciclo electoral y una pandemia, ambos bandos aferrados con fuerza a sus convicciones. Él no volvería a casa durante las vacaciones, y ellos

tampoco tenían la más mínima intención de visitar a Keru y a Nate, así que mejor no preguntar.

¿Disculparme por qué? Keru sabía perfectamente cuál era la respuesta. Observó cómo su suegra se metía en el agua y sumergía todo su cuerpo salvo la cabeza, que permaneció visible. La sacudía lentamente arriba y abajo, moviéndose en un pequeño círculo para mantenerse a distancia de un grupo de adolescentes descontrolados. Chicas muy delgadas, frágiles y bronceadas iban sentadas en los hombros de chicos igual de bronceados. Ellos se embestían entre sí mientras ellas gritaban e intentaban hacer caer a su contrincante con los brazos, pero no lo conseguían. Sus pieles eran blancas, pero se habían quemado con el sol. La playa estaba llena de esa gente de color rosáceo deleitándose en su tiempo libre, sin culpas. Pero Keru sí sentía esa culpa; tenía que pedir perdón por su existencia, por ocupar un espacio, por robar un marido, una familia, por entrar sin permiso, por estar en un lugar en el que no debería, por creer que podría llegar a encajar.

Una sombra se posó sobre ella. Una sombra real, no metafórica.

—¿Dónde está ese perro gigante tuyo? —dijo la sombra, y sin siquiera mirar de quién se trataba, Keru reconoció la voz.

—¿Cómo dice? —respondió Keru.

—Su perro enorme.

—No le entiendo.

Pero Keru sí entendía. La sombra pertenecía a la mujer a la que le había arrojado la piedra, sin éxito. Si hubiera acertado, la mujer probablemente no estaría ahí. No estaría en ninguna parte. Pero ahí estaba esa mujer, de pie, vivita y coleando, mojada, recién salida del mar, chorreando agua salada sobre la toalla seca de Keru. Su traje de baño era parecido al de su suegra. Tenía una franja diagonal

sobre el torso y algún tipo de compresión sobre el abdomen que resaltaba las caderas.

—Usted intentó matarme el otro día —dijo la mujer, enfurecida.

—¿Disculpe? —dijo Keru.

La mujer repitió la frase, acusando a Keru de asesina.

—Usted. Con una piedra —añadió—. Es una psicópata. He venido a decirle eso, psicópata.

Keru siguió aparentando que no entendía de qué estaba hablando. Miraba hacia el mar en vez de mirar el rostro rosado y algo cuarteado de la persona que tenía enfrente. La mujer se acercó un poco más y puso un pie sobre la toalla, por si acaso a la toalla le daba por escaparse. Siguió acusando a Keru de cosas horribles, y en voz baja le dijo que necesitaba urgente atención psiquiátrica.

Keru le pidió a la mujer que hablara un poco más alto. Pensó que, si iba a acusarla de tantas cosas, al menos que lo escucharan todos.

—Usted me ha escuchado —dijo la mujer.

—No estoy segura de haber entendido bien —le respondió Keru.

—Estoy segura de que me ha escuchado.

—Lamentablemente, no —respondió Keru.

La mujer puso nerviosa a Keru, aunque tampoco era probable que escondiera un arma dentro de ese traje de baño. En el peor de los casos, la mujer se le tiraría encima e intentaría estrangularla enfrente de una multitud que se iba a la cama antes de que en la televisión pusieran películas violentas. Keru podría esquivarla. Podría arrojarla a su derecha o izquierda y, gracias al impulso, hacer que la mujer se tropezara y cayera de boca en la arena. La mujer no se le

tiró encima, pero tampoco se movió de ahí. Se quedó quieta con las manos a la altura del estómago, mirando a Keru desde arriba, decidiendo qué podría hacer. Después de un rato, se inclinó para decirle algo al oído, Keru no podía moverse porque eso indicaría que estaba asustada. A Keru le preocupaba que la escupiera, o que en una vuelta de tuerca perversa le pasara la lengua, pero la mujer solo susurró:

—Vete, no deberías estar aquí.

Y luego sonrió como si le hubiera dado la estocada final, como si Keru nunca hubiera escuchado nada peor. Keru, de hecho, tuvo que escuchar cosas mucho peores, incluso una vez le llegaron a escupir. Sin embargo, eso no significaba que esos comentarios le agradaran o que pudiera olvidarlos fácilmente, aunque hacía todo lo que podía. Ese era el problema con esos comentarios. Recordaba todos y cada uno de ellos.

—¡Eh! ¿Qué hace usted aquí? —vociferó una voz por detrás—. ¿Qué acaba de decirle?

La mujer se dio vuelta para encontrarse con la madre de Nate, que tenía la cara roja como un tomate por haber salido rauda del mar. Las dos mujeres tenían aproximadamente la misma altura y complexión. Si se hubieran agarrado del brazo, podrían haber bailado un cancán en perfecta sincronía.

—Esta muchacha intentó matarme —dijo la mujer, señalando a Keru—. La voy a denunciar.

—No lo creo —dijo la madre de Nate, sacudiendo la mano frente a la mujer como si quisiera espantar una mosca, y luego se interpuso entre ella y Keru—. Se ha equivocado de persona. Por favor, retírese. Deje a mi hija en paz.

La mujer hizo su mejor esfuerzo para no parecer sorprendida mientras intentaba asimilar esta nueva información. Se rascó la piel

curtida del cuello. Keru también estaba algo confundida, hasta que se dio cuenta de que la hija era ella.

—Déjenos en paz —dijo la madre de Nate—. O llamo a la policía.

Luego buscó su bolso y sacó su teléfono. Con el teléfono al revés y la pantalla bloqueada, amenazó a la mujer. Le dijo que, si se negaba a retirarse, iba a sacarle una foto y enviarla directamente al 911. ¿Se podían mandar fotos al 911?, se preguntó Keru. ¿Había alguien en el 911 cuyo trabajo fuera recibir fotos para criticarlas por ti?

La mujer sacó rápidamente el pie de la toalla, aunque estaba claro que el teléfono estaba al revés y nadie iba a sacarle una foto a nadie. Cuando la mujer se alejó lo suficiente, la madre de Nate dejó el teléfono y se sentó de golpe. Tenía el ceño fruncido y hasta ella parecía sorprendida de lo que había hecho.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Estoy bien —dijo Keru

—Qué chiflada —dijo su suegra.

—Sí, qué chiflada —asintió Keru.

Cuando Nate y su padre volvieron con una bandeja llena de tacos, la madre de Nate contó el incidente con todo lujo de detalles. Los dos hombres escucharon en silencio, sentados alrededor de la toalla, mirando sus tacos, pero sin probar bocado.

—La mujer apareció de la nada —dijo, moviendo los dedos de forma dramática—. Me di cuenta de que algo le pasaba a esa mujer. No me gustaba su lenguaje corporal. Dijo que Keru había tratado de matarla. Una loca total. Una no para de escuchar en las noticias cómo acosan a las personas asiáticas en la calle y con tu padre no dejamos de preguntarnos ¿y si un día le pasa a Keru? ¿Nate la cuida lo suficiente? Si no hubiera estado aquí, probablemente la cosa

hubiera pasado a mayores. Se puso a centímetros de su cara —dijo mientras imitaba a la mujer—. Literalmente le respiraba encima.

Cuando su suegra se le acercó, Keru contuvo la respiración. Cuando terminó la demostración, exhaló. La madre de Nate le preguntó qué le había dicho la mujer.

—Nada que valga la pena repetir —dijo Keru, que lo único que quería era que pasaran a otro tema para poder empezar a comer los tacos.

—Pero te dijo algo —insistió la madre de Nate—. Vi cómo te hablaba. ¿Fue algo muy racista?

Keru dijo que no se acordaba.

—Nos lo dirás, ¿verdad?

Keru dijo que una vez que recordara el comentario racista de la señora, se lo contaría a todos de inmediato.

En el camino de vuelta (habían ido todos juntos en un solo vehículo a la playa, en la camioneta), la madre de Nate siguió expresando su estupefacción ante el incidente. Por alguna extraña razón, se empeñó en llamarlo “incidente”, haciendo comillas con los dedos. ¿Alguien había visto a esta mujer alrededor de la urbanización o había acosado a Keru antes? Nadie la había visto. Keru valoró la posibilidad de contarle a la madre de Nate el episodio con la piedra, pero en ese caso tendría que responder aún a más preguntas, todas bastante tediosas. Para empezar, debería responder sobre el hecho de haber arrojado una piedra en primer lugar, sobre si tenía el hábito de arrojar piedras, o si les había escondido que tenía un problema de irascibilidad, y si acaso podría, en el futuro, controlar su ira y no arrojarle piedras a la gente.

—Debería haberle sacado una foto —dijo la madre de Nate—. Tendría que haber ido a buscar a alguien en ese momento o seguirla para demostrarle que con nosotros no se juega. Si te metes con uno de nosotros, te metes con todos. Tenemos que hacer algo.

—¿Algo como qué?

—Reclamar a la playa, a quienes controlan la playa, no pueden dejar que entre cualquier lunático. Hay niños jugando ahí. Se supone que es un lugar seguro.

Nate le pidió que lo olvidara.

—No puedo —dijo su madre—. Nos ha arruinado el día.

En la cabaña, Keru se cambió, se duchó, y se escondió en la habitación. Desde la cama, le envió a su madre fotos panorámicas del mar y mensajes detallados sobre lo mucho que se estaban divirtiendo y lo muy hacendosos que eran todos. A Nate le mandaba mensajes breves. No iba a cenar. No tenía hambre. Su plan era quedarse dormida, olvidarse de todo y despertar renovada. Nate le respondió con un pulgar hacia arriba.

El “incidente” le había sucedido a Keru; era a ella a quien le habían arruinado el día.

Por otro lado, por lo menos la mujer no había dicho algo muy racista. No se había estirado los ojos o la había llamado china de mierda. “Vuelve a tu horrible país, china de mierda, deja de arruinar el nuestro”, eso habría sido muy racista. El resto parece poco en comparación.

Desde hacía mucho tiempo Keru había llegado a la conclusión de que ella y sus padres habían sido estafados. Su padre nunca consiguió un ascenso a pesar de tener un desempeño laboral sobresaliente. Su madre intentó trabajar, pero descubrió que las cosas serían más fáciles si no tenía un ingreso y llevaba una vida

extremadamente frugal. Todos los amigos de sus padres eran inmigrantes de China, y siempre que se reunían lo hacían puertas adentro, nunca afuera, donde podían ser observados; siempre puertas adentro donde podían hablar chino y sentirse a salvo. Mantente neutral y apártate. Protégete. Encuentra un escudo. ¿Entonces por qué esta vida era mejor? Tener habilidad para tolerar los obstáculos, en Estados Unidos, significaba estar dispuesto a recibir menos. Y, sin embargo, ahí estaba esa extraña contradicción, el síndrome de Estocolmo. Si bien los padres de Keru nunca podrían asimilarse, existía la posibilidad de que su hija sí. Entonces, Keru sentía dos impulsos, el que la empujaba a alejarse de sus padres para encajar, y el que la acercaba a esa idea de familia blanca que, en el peor de los casos, te mandaba a la cama sin cenar, te obligaba a subir las escaleras ruidosamente mientras de fondo sonaban las risas grabadas de la tele, para que luego tu madre viniera a darte chokolatinas a escondidas y un beso de buenas noches. El sueño de una familia que va a esquiar y a surfear, que deja galletas a Papá Noel, que toca la guitarra alrededor de una fogata, que acepta a los extranjeros, que tiene problemas como todo el mundo, pero nada serio. Esa familia no existe, o quizá Keru había elegido muy mal. Era una cuestión del tamaño de la muestra: se había casado con una familia blanca, no con todas.

¿Acaso la madre de Nate no se había reivindicado? ¿No podría decirse que su actuación en la playa había sido noble? Y si no noble, ¿al menos decente? Al afrontar la situación, la madre de Nate se había portado de forma muy decente, y Keru le estaba agradecida a su suegra, una persona blanca íntegra, por haberla salvado de una no tan íntegra. Pero Keru no había pedido que la rescatasen, tampoco era incapaz de salvarse a sí misma. La fantasía de la madre blanca era problemática. La fantasía de una salvadora blanca también era problemática. ¿Y si tu madre blanca se volvía una salvadora blanca? ¿Dos cosas malas juntas podían resultar en una buena?

Dentro de la mente de Keru había una gran cinta de Moebius que se movía a toda velocidad.

Afuera se escuchaban las voces, la televisión encendiéndose, la voz de un presentador, aplausos en un estadio, Mantou ladrando, el ruido de una pelota surcando el aire, el trote y toda el peso de la perra panda rebotando contra la puerta del dormitorio para atrapar la pelota.

Al día siguiente, Keru tomó café con la familia de Nate, pero no quiso ir a la feria de productores locales para poder adelantar algo de trabajo. La madre de Nate le rogó que lo reconsiderara e incluso estuvo a punto de acariciarle el pelo.

—Tengo trabajo —dijo Keru, poniéndose a distancia de las posibles caricias—. Yo paseo a Mantou.

Una vez que se fueron todos, Mantou se quedó tirada junto a la puerta y se le quedó mirando. Su expresión no era neutral, más bien comunicaba específicamente: “Mamá, el resto de la jauría nos ha abandonado porque eres una pesada”.

Cuando Keru encendió su portátil y entró a su bandeja de entrada, llegaron centenares de correos, la mayoría de ellos con fechas de entrega marcadas en rojo y palabras tales como “Prioridad número uno”. Pensó en la posibilidad de responder un correo. También pensó en borrarlos todos. Luego cerró el portátil, cogió la correa, y sacó a su afligida perra a dar una vuelta. Mantou tiraba y mordía la correa, pero Keru no se la quitó. Rodearon la casa que habían alquilado, luego caminaron hacia la playa, pero se quedaron en los límites de la propiedad. Keru revisó obsesivamente sus alrededores, en todos sus 360 grados, buscando personas desquiciadas con apariencia de estar cuerdos. Pero ¿cómo de cuerda aparentaba estar ella moviendo la cabeza de izquierda a derecha y detrás, y otra vez detrás? Se cruzó con innumerables carteles que indicaban todos los perros deben

llevar correa, al menos uno en cada poste y muchos más de los que había visto antes. Un cartel parecía enviar un mensaje diferente y se detuvo a leerlo. El mensaje era: no importa hija de quién seas, no eres uno de nosotros. Aquí llegaron los verdaderos peregrinos, los que vinieron a prosperar, los verdaderos colonos de América. Inmigrantes europeos, inmigrantes caucásicos, estadounidenses de pura sangre azul (y los Obama). Incluso esa perra panda desentona aquí, porque solo es mitad blanca. Pero el cartel no podría haber dicho nada de todo eso porque no tenía texto. Era, sencillamente, la silueta negra de un perro grande atrapada en un círculo rojo tachado.

Había una forma ideal para disponer la leña en el fuego y que se produjera la mayor llama posible. Nate lo había aprendido de su padre, que a su vez lo había aprendido de su padre, que, a su vez, si Keru tenía que adivinar, lo había aprendido del mismísimo Paul Bunyan. En el ínfimo jardín, en una parte donde no había césped, en un pozo poco profundo, Nate y su padre empezaron a disponer troncos en forma diagonal, luego cruzados, y luego de pie, como si fueran el sostén de una tienda de campaña. Cuando todo estuvo listo, su padre cogió un poco de madera seca, encendió una llama con un mechero para barbacoas, y protegió con sus palmas la pequeña bola de fuego, avivándola con soplidos entre sus dedos hasta colocarla en el centro de la pira. Cuando la leña se encendió y aparecieron las llamas, llamaron a la madre de Nate, que estaba adentro. Gritaron de alegría con los brazos en alto.

Unas pocas horas antes, Nate se había querido dar una ducha, y Keru, sin muchos deseos de estar sola con sus suegros, se había quedado sentada sobre el váter mientras él se duchaba. Mantou estaba acurrucada al lado del váter también. Estaban ahí apretujados, y Keru puso los pies encima del lomo de la perra. Le había dicho a Nate que quería volver a casa.

—Solo dos días más —había respondido él, al otro lado de la cortina de baño—. Y volvemos a casa.

Ella dijo que quería beber algo. Él le dijo que eso se podía arreglar. Pasó el mensaje, y mientras los hombres cuidaban el fuego y las mujeres preparaban la cena, la madre de Nate cogió una lata de agua con gas saborizada con alcohol, la abrió con una uña, y la puso frente a Keru.

—Sabes que puedes beber, ¿no? —dijo ella—. A mi marido y a mí no nos importa. Por favor, bebe, compramos un pack de seis. También tenemos cerveza y vino. Lo que prefieras.

Keru se sintió como una paciente psiquiátrica a la que le indican que se tome sus pastillas. Llevó la lata a sus labios y tomó casi la mitad de un solo sorbo.

Comieron alrededor del fuego con cubiertos de plástico. Las sillas de exterior eran enormes, y fue difícil amontonar cuatro alrededor del fuego sin que al menos dos de ellas no rozaran con el mosquitero de la casa.

—La próxima vez deberíamos alquilar una casa con un jardín un poco más grande —dijo la madre de Nate.

Mientras paseaban con el coche, ella había visto casas con piscinas, amplias terrazas de piedra, hornos para pizza, fogones hechos de piedra con sillas dispuestas para tal fin.

—¿No sería bonito?

—Sería bonito —asintió Nate.

—Súper bonito —dijo Keru.

Keru quería que su suegra le cayera bien y ella caerle bien a su suegra, pero eran propensas a malinterpretarse la una a la otra.

Como, por ejemplo, esta sugerencia de alquilar una casa mejor, algo que Keru había investigado durante el último invierno, pero al ver el precio de las casas de alquiler con piscina se dio cuenta de que estaban fuera de su presupuesto. Los padres de ella se habían ofrecido a ayudarlos, dinero que Keru rechazó, ya que justamente lo que querían era regalarles la estancia. Sus suegros no se habían ofrecido a contribuir porque no podían, y eso también era razonable para Keru.

Pero pedir algo mejor era asumir que alguien podía pagarlo.

A los padres de Nate no les gustaba hablar explícitamente de dinero. No revelaban absolutamente ninguna información sobre sus deudas con la tarjeta de crédito o sus planes de jubilación, de hecho, no estaban del todo seguros si los padres de Nate habían ahorrado algo para la jubilación. La suposición de Nate era que no, y no podrían afrontar la vejez sin recurrir a la seguridad social ni mudarse a una casa más pequeña.

—¿Y qué van a hacer entonces? —le preguntó Keru.

Nate le quitó importancia al asunto y dijo:

—Probablemente nada.

Era un problema de sus padres, no de ellos. Sin embargo, las familias tienen la curiosa capacidad de convertir, de repente, los problemas de una persona en los problemas de otra. Años atrás, Nate le propuso matrimonio a Keru y ella aceptó, pero antes de darles su bendición, el padre de ella preguntó si Nate tenía alguna deuda. Las familias chinas ahorran justamente para no incurrir en deudas. Para poder ahorrar, viven por debajo de sus posibilidades, que ya de por sí son frugales. Hay años en los que no hay regalos, televisión por cable, vacaciones o visitas a la peluquería, ni siquiera ese lugar barato en el centro comercial (porque tu madre te corta el pelo y el de tu padre, y tu padre corta el pelo de tu madre en el sótano de la casa que estáis a punto de terminar de pagar). La

familia se libera de las deudas con gran esfuerzo. Son meticulosos y están orgullosos de ello. Así que, para tranquilidad de su padre, Keru le hace a Nate la insidiosa pregunta sobre si tiene deudas. Como respuesta él ofrece confusión, resopla con fuerza y hace un esfuerzo por recordar. No está seguro de la cifra exacta, pero rondaba los sesenta mil dólares, por el préstamo que pidió cuando era estudiante de universidad. Sesenta no era cero, ni libre de deuda, pero tampoco era un millón, así que Keru contactó a la madre de Nate, que se había presentado como garante del préstamo. La madre de Nate buscó los papeles del préstamo, que lamentablemente no estaban guardados en una caja aparte bien rotulada como los dibujos que Nate había hecho de niño. Los papeles se habían extraviado, estaban “perdidos”, dijo la madre de Nate, así que Keru llamó a la agencia prestamista y habló con una persona de carne y hueso que la redirigió al portal de repago del que ni Nate ni sus padres sabían nada.

Cuando Keru por fin pudo entrar al portal, vio un número que la obligó a actualizar la página. El período de gracia había vencido hacía mucho tiempo y, después de eso, la tasa de interés se había cuadruplicado, y ahora, diez años después de haber acabado sus estudios, la suma se había vuelto mucho más grande.

—¿Lo sabías? —le preguntó a Nate.

Él le ofreció una no-respuesta inútil en forma de justificación, porque en el fondo quería decir que todo el mundo tenía deudas. El país funciona en base a la deuda. Ya llegará la moratoria. Hakuna matata. Sobre esa suma acumulada, su padre sentenció:

—No voy a permitirte que te cases con esa familia hasta que ellos mismos no hayan pagado hasta el último centavo de esa deuda. No vas a casarte con un hombre endeudado. Y no estamos aquí para pagar los platos rotos de nadie.

Keru tenía tres opciones. Ella y Nate podrían separarse, escaparse juntos o ella podría usar la totalidad de sus propios ahorros para pagar la deuda.

El día que el resumen indicó cero, imprimió el recibo que lo confirmaba, lo metió en un cajón y le dijo a su padre que ya se habían ocupado, sin entrar en mayor detalle.

—Sus padres lo solucionaron, ¿verdad? —concluyó él, porque el padre de Keru no concebía la posibilidad de que hubiera una familia blanca bien arraigada que fuera pobre, y Keru se cansó de intentar convencerlo de lo contrario.

—Os lo deben de estar ocultando a ti y a Nate —le decía—. No deben querer que Nate lo sepa, por su hermano mayor.

Sin decirlo explícitamente, su padre todavía imaginaba a Nate como el vástago de un linaje dinástico, o de una familia con fideicomisos, bienes en el extranjero y abultados testamentos, que eran meticulosamente discretos sobre su patrimonio cuando estaban con Keru, porque ella era china.

Cansada de tanto sinsentido, una vez Keru tuvo que decirle:

—Papá, hay personas blancas pobres en este país, ¿te das cuenta?

—Quizás, algunos —respondió—. Pero no muchos.

¿De qué otra forma podría explicarse si no el vecino rico que empacaba heno, un hombre más rico que cualquier otro granjero que su padre hubiera conocido? En China había novecientos millones de granjeros, ninguno tenía el coche que tenía su vecino. Keru se dio por vencida. Que su padre creyera lo que quisiera.

Cuando Nate supo lo que su mujer había hecho, se sintió sumamente agradecido, pero también perturbado por un gesto que

él consideraba absolutamente innecesario, porque con el tiempo él lo habría cancelado o hakuna matata.

Cuando la madre de Nate supo lo que Keru había hecho, le envió un mensaje de texto agradeciéndole el gesto, y agregó:

—Y agradece también, como sospecho, a tu padre por ayudar a nuestro Nathan.

Ese mensaje sirvió para que Keru se convenciera de que el cisma cultural entre sus padres era demasiado amplio. Podrían estar encerrados en el mismo cuarto durante toda la eternidad y jamás comprender al otro del todo. Sin embargo, saber cómo habían pagado el préstamo de Nate permitió a la madre inferir que Keru y su familia eran mucho más acomodados, y por lo tanto podían permitirse cosas como, en teoría, alquilar una casa más grande, con piscina, o incluso alquilar una casa para que todos pudieran irse de vacaciones juntos en el futuro.

El fuego había estado creciendo y llevaba humo constantemente hacia sus ojos. Para Nate y sus padres se había vuelto un juego ver hacia dónde iría el humo y quien tendría que esquivarlo y cerrar los ojos. Para Keru, era un sinsentido. Podrían estar adentro, como Mantou, donde había aire acondicionado y no había insectos ni humo. Podrían no haber encendido el fuego.

Esa noche la madre de Nate se mostró especialmente locuaz y parecía recargar energías con las llamas. Habló de la gente de su pueblo, los antiguos vecinos de Nate, sus profesores y compañeros de colegio, y la frecuencia con la que le preguntaban cómo le iba todo a Nate, ya que parecía que, de entre todos ellos, él era el que llegaría más lejos. Le preguntó a Nate si sabía algo de Ethan. Nate sacudió la cabeza.

—Me gustaría que os llevarais bien—le dijo—. Se supone que los hermanos se ayudan los unos a los otros. Tendríais que encontrar la forma.

—No hay nada que encontrar —dijo Nate.

—Es tu familia, Nathan. Tu sangre. ¿No puedes llamarlo de vez en cuando para saber cómo está?

—No me interesa saber cómo está. No me corresponde.

—No. Supongo que no —dijo su madre.

Se quitó un mosquito de la camisa. Había mosquitos por todas partes y el humo parecía haberlos enloquecido. El padre de Nate revolvió el tenedor de plástico sobre el plato de plástico, separando bruscamente las verduras de la carne. Keru se metió una rodaja entera de calabacín en la boca y la dejó ahí, para que se disolviera, mientras miraba fijamente al frente, a un espacio vacío entre Nate y su madre, pero sin mirar a ninguno de los dos a la cara. Observó cómo bailaban las llamas y un enjambre de mosquitos enloquecidos se elevaba hacia el techo de la casa como un globo sucio.

—Entonces, ¿a quién le corresponde? —preguntó su madre—. Nunca llamas a tu padre ni a mí. Nunca hablamos a menos que yo te llame. Ethan, al menos, intenta estar pendiente.

—Porque te está usando, mamá. Solo te llama cuando necesita algo. Y solo dice lo que quieres escuchar.

—No me siento usada —dijo ella.

Después se dio vuelta para mirar al padre de Nate y le preguntó si él se sentía usado, y él sacudió la cabeza, pero en ninguna dirección en concreto. Preguntó por qué tenían que discutir esto justo ahora.

—Estamos todos aquí —dijo la madre.

—Esa no es una razón —dijo el padre.

—¿Necesito una razón? —preguntó la madre.

El calabacín en la boca de Keru se había deshecho y se lo había tragado. Consideró la posibilidad de meterse otra rodaja en la boca, pero no quería ni moverse.

—Deberías haber sido abogado —le dijo la madre a Nate, de forma despreocupada pero directa. No había calidez en el comentario—. Eres elocuente, leído. Estuviste en el equipo de debates, fuiste al simulacro de la ONU, sacabas las mejores notas en educación cívica. Ethan se mete en problemas sin darse cuenta, y un abogado en la familia habría sido útil.

—Claro que se da cuenta —dijo Nate.

—No tiene ni idea de lo que hace —contestó la madre.

—Ethan sabe perfectamente dónde se mete cada vez que se mete en algo —dijo Nate.

—Tú y Ethan os parecéis mucho —dijo ella.

—Así me lo has dicho una y otra vez —dijo él.

—Pero a él le falta paciencia, reflexión y determinación para hacer lo correcto, todas cosas que vimos en ti desde muy, muy temprano —dijo la madre de Nate—. Cuando le contamos a la gente lo que haces, siempre se sorprenden. Y les decimos que nosotros también estamos sorprendidos. Tu padre y yo siempre pensamos que serías mejor abogado que científico.

—Me gusta la ciencia —dijo Nate.

—No digo que no te guste, pero el Derecho te habría gustado más, te habría sentado aún mejor.

Nate le dijo a su madre que ya era suficiente, y su madre respondió:

—Lo que digo es que fuimos a verte al laboratorio. Hemos visto quiénes trabajan ahí, todos esos doctorandos y posdoctorandos.

—Mamá.

—Aceptémoslo, eres una minoría ahí. Estás compitiendo con gente muy notable y tienes que trabajar más de lo necesario para destacar. Hay ciertos grupos que son mejores en ciencias y matemáticas. Les encanta matarse trabajando.

—Mamá.

—¿Qué?

—Por favor, cállate.

—Solo digo lo que observamos. Lo que vimos.

—Y yo te digo que te calles.

El padre de Nate intentó levantarse, pero solo pudo inclinarse hacia delante.

—En esta familia no nos hablamos así —dijo él.

Le pidió a Nate que se disculpara. Nate dijo que no.

—Entonces nos quedaremos aquí hasta que lo hagas.

—No hace falta que se disculpe —dijo la madre de Nate—. Solo que piense en lo que le he dicho.

Y con eso, Keru se dio cuenta de qué era lo que le desagradaba de su suegra. La mujer demandaba ser comprendida por todos a su alrededor, sin embargo, no estaba interesada, lista o dispuesta a tener esa misma cortesía con los demás.

—Creo que voy a entrar —dijo Keru, mientras se levantaba y se sacudía las cenizas de la ropa.

La madre de Nate miró hacia arriba, sorprendida, y dijo:

—¿Cómo? No, quédate. No estoy hablando sobre ti, Keru. Trataba de que Nate entendiera que no ha elegido un camino sencillo.

—¿Y cuál es el camino sencillo? —preguntó Keru, que ya no quería entrar.

—Tu padre, por ejemplo —dijo mientras señalaba a Keru, aunque ella estaba solo a medio metro de distancia—. Un hombre muy inteligente. Sabe muchísimo sobre celdas de combustible. Eligió el camino difícil, el único posible. Pero si Nate tiene que competir con alguien así, realmente debe estar atento. Tiene que ser aún mejor, y eso a veces nos preocupa.

—¿Qué os preocupa? —preguntó Keru.

—Que sea demasiado —dijo el padre de Nate.

—Agotador —agregó la madre—. Insalubre. Imposible. Un poco injusto.

La cara de Nate estaba desfigurada pero no decía ni una palabra. Keru percibió que él también tenía su propia cinta de Moebius donde estaba atrapado: “¿Me corresponde hablar o mi mujer puede manejar esto? ¿Es una cuestión racial, o solo lo parece? Si mi mujer reacciona, ¿estaría exagerando? ¿Debo rezar? ¿O me arrojo directamente al fuego?”.

—Es de esperar que cualquier persona con un trabajo sepa lo que hace en ese trabajo —dijo Keru—. Espero que no lo asciendan pese a su incompetencia o pida más de lo que se merece.

—No es eso lo que quería decir —dijo la madre de repente.

—¿Ah, no?

—Estamos enredándonos. Tú y tu familia hicisteis muy bien las cosas, y nos sentimos afortunados de tenerte como nuera. No es eso lo que estoy diciendo.

—Entonces, ¿qué es lo que estás diciendo? —preguntó Keru, que deseaba darle a la madre de Nate la posibilidad de ser lo más clara posible, para que no hubiera más malentendidos.

La madre de Nate se detuvo a elegir sus palabras. Después de un rato, dijo:

—Te queremos, Keru, y realmente queremos que tú también nos quieras. Pero tal como tú no querías que nosotros pretendiésemos cambiarte, nosotros tampoco queríamos que tú pretendieras que cambiemos. Somos distintos, pero eso no quiere decir que no podamos coexistir.

—Coexistir —repitió Keru.

—Exacto —dijo la madre.

—Siempre y cuando no os convirtáis en mí o mis padres —dijo Keru—. Que no se diluya ni un ápice de lo que sois ni que Nate se convierta en un chino de mierda.

La madre de Nate metió los labios hacia dentro. Nate miraba fijamente el suelo.

—No me gusta esa forma de hablar —dijo el padre de Nate, sacudiendo la cabeza—. Y no nos gusta escuchar esa expresión. Jamás hemos dicho algo así.

—Tienes razón —dijo Keru—. Es una expresión muy racista.

Era una expresión de la que Keru recordaba, incluso, el día que la había aprendido. En inglés la expresión se reduce al vocablo derogatorio chink, que a la vez también puede ser el tintineo de unas pulseras o una grieta en una armadura. ¿Cómo hizo ella para separar un sentido del otro? ¿Cómo aprendieron la palabra sus padres? (Ellos solo conocían el insulto, nunca habían escuchado las otras acepciones). Estaba en el colegio. La pronunció un compañero de pupitre.

—¿Eres una chink? —le preguntó el niño.

Había oído la palabra en su casa, seguramente.

—No sé —respondió ella—. ¿Y tú?

El chico dice que cree que no. La chica vuelve a su casa, se lo cuenta a sus padres, y ellos le dicen que ese término no significa nada, pero que no le hable más al niño, que se concentre en sus estudios. Siguiendo su consejo, toma un diccionario y busca esa palabra chispeante.

—Keru, nos has puesto en una situación incómoda —dijo su suegro—. Quiero asegurarte que de ninguna manera insinuamos lo que crees que insinuamos, y lo que sea que creas de nosotros, te aseguro que es falso.

Keru sintió que la regañaban con un tono pseudorazonable y paciente. Como si dijeran: “Oye, eres tú la que lo has dicho, no nosotros. Nosotros somos los buenos”.

Durante tres segundos, se hizo el silencio, y luego la madre de Nate preguntó si alguien quería fruta. Sobre la mesa plegable de plástico había una sandía sin semillas partida a la mitad. A su lado, había un cuchillo grande para cortarla.

—Me apetece un poco de sandía, sí —dijo el padre de Nate, satisfecho con este resultado.

—¿Nate? ¿Keru? —preguntó la madre de Nate.

Nate no dijo nada. Su madre enfatizó que la sandía no tenía semillas.

—Claro, comeré un poco —dijo Keru, porque era importante comer fruta después de la comida.

—Muy bien —dijo la madre de Nate, con un giro en la voz como si hubieran vuelto a poner la música.

Se inclinó para cortar la sandía. El padre de Nate se inclinó para avivar el fuego.

—¿Crees que necesitamos un tronco más? —le preguntó a Nate, que ni siquiera le miraba a los ojos.

—No lo creo, papá —dijo—. Mejor entremos en casa.

—Otro tronco, entonces —respondió su padre.

Sacó un trozo de madera más grande, distinto que el resto, de la pila detrás de él. El listón era más largo, ancho y estaba manchado con un poco de pintura roja y azul vieja, con un diseño de barras y estrellas.

—Una decoración del 4 de Julio —explicó su padre, a pesar de que nadie se lo había preguntado—. Tu madre quiere deshacerse de ella. Ha estado en el sótano durante años.

El listón de madera se quedó ahí quieto, sin encenderse salvo en los extremos, ahogando el fuego. Nate tocó la rodilla de Keru y le dijo que iba a entrar. ¿Quería acompañarlo? Lo expresó de una forma amable. En realidad, no le preguntaba, le pedía. Pero Keru ya no quería entrar. Ya estaba afuera, esperando su pedazo de sandía, y si entraban ahora estarían renunciando a disfrutar el resto de la noche que, en términos climáticos, seguía siendo placentera. Nate se

levantó para irse. Así no va a funcionar, pensó Keru. Juntos es mejor. Sufriremos, pero juntos. En el suelo, junto a la pila de leña, estaba el hacha que el padre de Nate había traído para partir los troncos. Keru se levantó, cogió el hacha, y sintió el frío y el peso del mango metálico. Las barras y estrellas del listón de madera la miraban fijamente, casi desafiándola. Era un estúpido listón, no una bandera.

De todas formas, pensó, algo así no debería quemarse. Entonces yo no debería permitir que se queme.

El hacha se hundió en la madera resquebrajada, y con un tirón firme del mango, Keru rescató el listón en llamas y lo arrojó, con hacha incluida, al interior de la casa. El listón se estrelló contra la puerta con el panel para mosquitos, se metió en la cocina y cayó sobre el suelo de baldosas, emanando humo. La perra se levantó del sofá e intentó atacarlo. Alguien gritó. No fue Keru. Alguien la empujó para pasar, atravesó la puerta, arrancándola del marco por completo y ahogó las llamas de la madera con una jarra de agua. Y luego arrojó más agua por si acaso. Cuando se disipó el humo, tres personas analizaron el pedazo de madera incinerada y las manchas de humedad negra que había dejado. Uno a uno, giraron sus cabezas inertes para mirar a Keru a través de la nueva abertura sin puerta que habían hecho en un esfuerzo colectivo. ¿Por qué la miraban así? ¿Por qué estaban tan confundidos? ¿A qué le tenían tanto miedo? Ella, para variar, no sentía nada de eso. Sentía la cabeza completamente despejada. Al menos ahora podrían volver a disfrutar de la sandía sin semillas y a la labor de coexistir. Al menos ella había salvado el listón, se había convertido en una especie de Paul Bunyan reencarnado con un hacha. En algún lugar empezó a sonar y parpadear la alarma contra incendios. Adiós a la costosa fianza que ella había pagado. Una reseña de una estrella la esperaba a su regreso. Culpadme a mí, pensó. Soy la malvada. Entretanto, se sentó junto al fuego y convocó a su familia política para que se acercaran y la acompañaran.

Intervalo

Avanzamos cinco años en la vida de Nate y Keru. Ven a sus respectivos padres de vez en cuando, pero nunca más de dos días seguidos, nunca más uno tras otro, y nunca más en Cape Cod. Keru y sus suegros se comportan civilizadamente; es decir, ella solo habla con ellos cuando no le queda otra opción, como cuando finalmente Nate consiguió ser titular de cátedra. Ese día, sus colegas lo llevan a cenar y le sirven vaso tras vaso de un licor dorado.

—¿Se lo has contado a tus padres? —le pregunta Keru, y él dice alegre y ebriamente que no.

Cuando ella los llama para darles la noticia, el padre de Nate dice:

—Vaya. Bien por él.

Esa es la última conversación que Keru tiene con su suegro antes de que le dé su tercer ataque al corazón, esta vez fatal.

La última conversación que Nate tiene con su padre fue de la siguiente manera. Él ya sentía un dolor en el pecho cuando llama a su hijo:

—Creo que puede ser un infarto —dice mientras conduce él mismo hacia el hospital—. Pero todo va a ir bien. Me van a arreglar. Te llamo luego.

En el hospital, se desvanece envuelto en una bata de papel mientras la madre de Nate conduce hacia allí despreocupadamente, respetando el límite de velocidad, convencida de que esta vez será igual a las dos anteriores.

Seis meses después de la muerte del padre de Nate, la madre de Keru, una flamante hipocondríaca, comienza lo que ella llama sus años de enfermedad. Durante una colonoscopia de rutina, le diagnostican cáncer, que luego será una falsa alarma, y después se resbala con un cubo de hielo en su propia casa y se fractura el tobillo en varias partes. Postrada, con el pie escayolado, empieza a llamar a Keru para transmitirle inquietudes exageradas, como su preocupación sobre si podrá volver a caminar alguna vez (sí) o sobre si tendrán que amputarle el pie (no).

En la consultora, Keru se convierte en socia y sus ingresos se duplican. Incluso después de ser nombrado titular de cátedra y de las correcciones por la inflación, el salario de Nate se mantiene relativamente igual. Cada vez que Nate señala esta discrepancia, Keru cierra la boca y piensa en la infinita cantidad de cosas que podría decir pero no debe.

En Chicago se abre una posición que cubrir durante ocho meses, una oportunidad para que Keru demuestre, como socia, que puede dirigir la división del Medio Oeste. Chicago la coloca cerca de sus padres. Nate y ella discuten sobre la distancia, esos ocho meses separados. Sin hijos, se supone que pueden ser flexibles. Así que allí va Keru, a Chicago, y desde ahí, cada dos semanas, a la casa de sus padres a sentarse junto a su madre. Su padre, ya jubilado, a veces también se sienta junto a ellas, aunque prefiere la jardinería, así que sale para mantenerse ocupado.

Keru vuelve a Nueva York cada vez que puede para pasar fines de semana largos en los que ella, Nate y Mantou no hacen nada, porque ella está cansada, él está cansado, y estar cansados todo el tiempo es agotador. Pero se aproximan dos semanas de vacaciones, y Nate le pregunta si deberían intentar hacer algo en vez de nada. Keru se muestra indiferente, y Nate dice que a él también le da lo mismo, aunque, en realidad, no le da lo mismo. Quiere hacer una escapada, ellos dos y la perra. Una segunda luna de miel, o algo así, para desconectar y, a la vez, reconectar.

—¿Qué dice Mantou al respecto? —le pregunta ella por FaceTime, mientras está sentada junto a su madre (que duerme) y él la mira desde su salón con Mantou.

Nate inclina el teléfono para mostrar a la perra, que da vueltas alrededor de la mesa de centro sin razón aparente, solo por el gusto de dar vueltas. Si bien los veterinarios dicen que Mantou, de nueve años, es una perra anciana, para ellos no lo es.

La copa de Rubin es una ilusión óptica famosa. ¿Qué ves? ¿Una copa? ¿O el perfil de dos personas frente a frente? Y todavía más: la copa ¿está llena o vacía? Supongamos que los individuos son una pareja. Si están en silencio, es que están aburridos. Pero cuando charlan, discrepan.

—Llena —dice uno sobre la copa (el optimista).

—Vacía —dice el otro (el pesimista).

Tendemos a evaluar dos mitades de algo y asignarles el mismo peso. El matrimonio es mitad y mitad, dicen. Pero ¿quién dijo tal cosa? En serio, ¿a quién se le ocurrió?

Segunda parte

Llamamos hojarasca al momento en que caen todas las hojas de los árboles. Para presenciar tanta muerte, hordas de personas conducen hacia el norte y hacia el este en dirección a las montañas de Catskill. Los pueblos a los pies de estas montañas suelen ser llamados aldeas. Una aldea es un pueblo dentro de un pueblo, una entidad singular, o algo así, con su propia oficina de correos, pero sin gobierno autónomo o límites bien definidos. "Aldea" viene del árabe: *aḍ-ḍay'ah*, literalmente "la granja". Algo que se posee, se trabaja, pero que también puede ser un hogar. Una aldea puede tener muchas casas, aunque no tienen que ser granjas. Y, como sabemos, no todas las casas son hogares. Un hogar, a veces, puede ser difícil, e incluso imposible, de encontrar.

A dos horas de la ciudad, al norte, hay una aldea con un lago. Nate eligió el área, pero dejó que Keru se ocupara del resto de los detalles. Ella no era tan exigente respecto a la ubicación, pero sí sobre la casa.

—Podríamos ir a los Hamptons —sugirió ella, un lugar donde también hay granjas, aunque de lujo.

Como era usual, él respondió:

—Ugh, los Hamptons.

Así que nunca fueron.

Mientras conducía, Nate vio destellos plateados del lago a través del follaje de los árboles. Preguntó si debían parar para apreciar el paisaje, y Keru le respondió que tenían dos semanas para apreciar el

paisaje. Prefería llegar al bungaló, deshacer las maletas y ducharse. Mantou se había acostado en el asiento de atrás. La perra se había mareado por el viaje en coche y tuvieron que detenerse varias veces para que bajara lentamente, se escondiera en un rincón y vomitara.

El mes anterior Nate había cumplido cuarenta años, y para celebrarlo Keru había volado desde Chicago entre semana.

—Hagamos algo tranquilo —pidió él—. Nada de fiestas, solo nosotros dos.

Y así fue como salieron, los dos solos, a uno de esos restaurantes carísimos donde sirven raciones ínfimas en platos ridículamente grandes. La cena y el servicio fueron excelentes, pero él estuvo toda la noche abotonándose y desabotonándose la chaqueta. Tenía que vestir chaqueta o, por el contrario, no lo dejarían entrar.

—La esperanza de vida es de setenta y siete años —dijo durante el penúltimo plato a base de caviar, servido sobre una espuma de caldo de bonito.

—Ya sé dónde quieres llegar —dijo ella, mientras sacaba una foto de la espuma que no le mostraría a nadie.

Él propuso que fueran de camping.

Keru dijo que, dado que habían llegado al ecuador de la vida, prefería no dormir al aire libre.

Así que cuando su mujer alquiló el bungaló, se sintió extasiado. Se había imaginado una cabaña modesta o una choza hecha con troncos. Seguramente tendría un jardín pintoresco pero mal mantenido, con el césped amarillento. Podrían hacer jarras de té dulce y sentarse en el porche desvencijado, bajo la sombra de un árbol centenario. Su abuelo había vivido y fallecido dentro de un bungaló. Su abuelo también tenía la lavadora a la vista de todos en el jardín delantero. Nate no veía la hora de viajar a un lugar lo más

remoto posible. Tenía la esperanza de que el vecino más cercano estuviera al menos a unos minutos de distancia en coche.

Luego, llegaron a su destino y se encontraron con una reja imponente de color negro mate. Para abrirla, hacía falta un código numérico que Keru ya sabía y, mientras la atravesaban, Nate se encontró con la visión panorámica de diez mansiones prístinas en miniatura, todas conectadas por una acera impoluta y unas pérgolas equipadas con barbacoas de aluminio brillante y sillas de jardín acolchadas que parecían nuevas. Cada uno de los bungalós tenía un revestimiento de color blanco, macetas llenas de flores y una hamaca en el porche con cojines con un estampado a cuadros. No había ni una mota de polvo fuera de lugar.

Keru detalló las instalaciones: conserje las veinticuatro horas, servicio de limpieza discreto, áreas comunes impecablemente mantenidas, wifi de alta velocidad.

Le dijo a Keru que esto no era lo que esperaba. Trató de sonar lo más relajado posible.

—Estamos de vacaciones —contestó ella.

—Sí, pero ¿necesitamos todo esto?

Ella aceleró para ingresar al aparcamiento.

—Nadie necesita irse de vacaciones, Nate. Podríamos trabajar hasta nuestro último aliento.

Por supuesto, Keru estaba citando a su madre y, por supuesto, Nate nunca sabía cómo responder a eso.

El bungaló tenía un dormitorio, una cocina moderna, sala de estar, un balcón de acero inoxidable y una cristalera que daba al lago. El lago estaba rodeado de follaje otoñal en todo su esplendor, justamente lo que habían venido a ver. Esto es imposible, pensó

Nate, un paisaje así solo debería poder verse desde un punto panorámico, después de subir una colina. Ahora le tocaba a él citar a su suegra: ¿Dónde está el sufrimiento? Quiero ver el sufrimiento. Pero apenas habían necesitado tomar algunas curvas para llegar aquí, un largo trecho de subida y, al parecer, incluso atravesaron algún agujero de gusano que los envió a una tierra de lujos. Mientras Nate observaba las vistas desde el balcón, preguntándose cómo podía existir un lugar así, Keru llevó las bolsas de comida a la cocina, la maleta a la habitación y sus artículos de limpieza al baño en suite que tenía una enorme bañera con patas metalizadas. En el instante en que colocó la cama de espuma de Mantou, la perra se acurrucó en ella y, a lo mejor, hasta suspiró. Keru se inclinó para tocarle el hocico. Le dijo a Nate que el hocico todavía estaba reseco, y él se acercó a tocarle el hocico también. Pusieron agua fresca delante de ella, pero la ignoró. Le lanzaron unas cuantas gotas en su hocico y no le gustó. Nadie sabía decirles por qué su perra estaba tan decaída. El primer veterinario pensó en algo hormonal. El segundo en algo neurológico. Como los resultados de los exámenes de sangre eran normales, el tercer veterinario sugirió que se hicieran con un segundo perro, algo así como un hermano perruno. En aquella visita, Keru estaba en Chicago, así que solo Nate estaba físicamente en la consulta con la perra, mientras su mujer se unió mediante videollamada.

—No creo que podamos comprometernos con eso ahora —dijo ella—. ¿Alguna otra cosa que podamos probar?

El tercer veterinario les recetó los mismos medicamentos contra la ansiedad y los mareos que el primer y el segundo veterinario.

Keru separó las pastillas para los mareos y para la ansiedad en frascos debidamente rotulados. Estaban, junto con la comida especial para perros con estómagos sensibles, acomodados milimétricamente en la isla de la cocina con notas escritas a mano por Keru como recordatorio. Nate sabía con qué alimentar a la perra y cuándo porque esa era su labor, pero:

—¿Qué tiene de malo un recordatorio? —dijo Keru, por si se le olvidaba.

Mientras su eficiente y organizada mujer se duchaba, Nate trató de deshacer la maleta. El intento se vio obstaculizado cuando se encontró con unos envoltorios cúbicos de colores, que contenían cada uno de ellos una serie de prendas en un orden que él prefería no trastornar y, por tanto, cerró la maleta y dejó que Keru se ocupara.

La cocina seguía siendo territorio de Nate, y para la cena marinó y horneó un pollo en una cazuela de barro, y lo acompañó con arroz, cocinado en otra olla. La única tarea de Keru era abrir el vino. Una vez que lo hizo, comieron en el balcón en silencio, con su perra decaída y medicada bajo la mesa.

La cena fue tan silenciosa que Nate dijo que no le hubiera molestado un lugar sin wifi.

—Nadie te obliga a usar internet —dijo ella.

—Sabes a lo que me refiero.

—El pollo está muy tierno —dijo ella.

—Lo que digo es que no sé si me gusta este lugar o no —dijo él.

—Creo que te gustaría poder disfrutarlo —dijo ella.

—Quiero disfrutarlo, sí.

—Entonces disfrútalo.

Pero a Nate le preocupaba que haber elegido un complejo vacacional con seguridad las veinticuatro horas fuera una muestra del tipo de personas en que se habían convertido. Le dijo que si hubiera sabido que esto era lo que ella quería, lo mismo daba ir a los Hamptons.

—No entiendo bien qué tienes en contra de los Hamptons —preguntó ella.

—Oh, venga —dijo él.

—¿Cómo puede ser que tengas tal recelo por un lugar al que nunca has ido? ¿Qué te han hecho los Hamptons?

Odiaba cuando su mujer discutía con él solo por el gusto de discutir. Ella sonrió, consciente de que había ganado.

—Estamos cómodos —dijo ella.

—Lo que, aunque ahora no sea un problema urgente o irremediable, podría tener repercusiones más adelante —respondió él.

—¿Quieres que estemos menos cómodos? —preguntó ella.

—No —dijo él, después de un largo silencio.

El niño se escondía detrás de su madre y tiraba de su vestido. La madre trataba de quitárselo de encima, le decía que fuera a explorar el bungaló o que se sentara en la hamaca. El padre cargaba una sillita de coche y la dejó sobre los escalones de la puerta principal, luego acarició la cabeza del niño y lo despeinó. Eran la familia que había alquilado el bungaló de al lado y a quienes Nate saludó desde lejos la mañana siguiente desde las zonas comunes, donde estaba investigando cómo usar las barbacoas. Al rato, el padre se acercó a estrecharle la mano. De cerca, era más bajo y menudo, y no parecía tener más de treinta años.

—Buenos días, vecino —dijo con voz estridente—. Venimos de la ciudad. Brooklyn. Park Slope. Código postal 11217. —Tenía un acento asertivo de Europa del Este—. ¿De dónde sois vosotros?

Nate respondió que de Manhattan.

—Ah, bien. ¿De qué parte de Manhattan? Nos gusta Manhattan.

—Del Upper West Side. Código postal 10024.

—Sí, conocemos la zona. Solemos ir mucho, pero mucho, a hacer un brunch.

Nate tenía una opinión formada sobre los brunch del Upper West Side. Antes solían vivir aproximadamente a la altura de la calle 100, pero se habían mudado varias calles más abajo, buscando mejores edificios. El código postal 10024 no era lo que él esperaba. Demasiado bonito, demasiado cómodo, demasiados cafés y restaurantes. En pocas palabras, su opinión sobre el brunch era que se trataba de un simple almuerzo.

El padre se señaló a sí mismo y luego a cada uno de los integrantes de su familia. Su nombre era Mircea, el de ella Elena y el de su hijo, Lucian.

—Como Mircea el Viejo —dijo Mircea, y Nate asintió, aunque no tenía idea de a quién se refería.

Mircea llamó a Elena:

—Ven, saluda a nuestro vecino.

Inmediatamente, Elena se acercó, mientras Lucian se quedó muy quieto en la hamaca situada en el porche de su bungaló.

—Entonces, has venido solo —dijo Mircea, en tono afirmativo, aunque pareció esperar una respuesta.

A Nate le costó unos segundos darse cuenta de que estaban esperando que dijese algo. ¿Solo? No. Su mujer estaba en el bungaló. Y su perra.

—Perfecto —dijo Elena.

Su voz era suave, su acento menos marcado. Tenía una cara redonda, angelical, enmarcada por un cabello ondulado de color castaño rojizo. Ella era más alta y grande que Mircea, que estaba medio encorvado y con las manos en los bolsillos.

—A Luka le encantan los perros —dijo ella—. Tenemos uno, pero no pudimos traerlo a Estados Unidos. Se ha quedado con mi madre. Lo echamos de menos.

Era un día de sol rutilante y, mientras Nate empezaba a despedirse, Mircea le dijo:

—Tomemos un café. Llama a tu mujer y tomemos un café aquí afuera, en media hora. Nosotros traemos el café, vosotros traed a la perra.

Nate dijo que no tenía problemas en tomar café, pero probablemente su mujer se quedaría dentro.

—Es más bien hogareña —dijo, y Mircea sonrió como si no creyera en la existencia de tal palabra, mostrándole una sonrisa bien alineada salvo un único diente torcido.

Una vez adentro, Nate le habló a Keru sobre los vecinos y su repentina propuesta.

—¿No es raro? —le dijo.

Ella le preguntó por qué les había dicho que no.

—No hemos venido a conocer gente —dijo él, desdeñosamente—. Al menos no de un modo tan formal.

—Tomar café no es algo formal —le dijo Keru, mientras se cambiaba sus pantalones sueltos por algo que pudiera usar afuera—. ¿Tenemos algo mejor que hacer?

—Preparar nuestro propio café.

—Eso lo podemos hacer mañana.

Veinte minutos después, Nate estaba sentado junto a Mircea alrededor de una fogata sin encender, cada uno con una taza de café bien cargado. Elena había salido con una cafetera de prensa francesa y cuatro tazas. Mircea había traído una bandeja de madera con una botella de aceite de oliva y una baguette cortada en rodajas.

—Está recién horneado —le dijo a Keru, mientras le alcanzaba una rebanada—. Pruébalo. Pasamos por una boulangerie de camino. ¿Ves? Todavía está tibio. Las alubias y el aceite los compramos en Brooklyn. Hay una tienda en la esquina de casa que trae el aceite de Cataluña. Nos gustan más los aceites de ahí que los que vienen de, no sé, Andalucía. Las alubias las cocinan en tandas pequeñas.

—Muy generoso por vuestra parte —dijo Keru, mientras agarraba el pan con su mano libre y sostenía la taza con la otra. Miraba hacia una y otra mano, sin poder decidirse sobre qué probar primero.

La mañana era lo suficientemente fría como para que Nate notara el vapor que salía de cada una de sus bocas y de cada una de las tazas de café. Mantou olfateaba el suelo de un bungaló cercano, y Lucian iba unos pocos pasos detrás, tratando de agarrar su larga cola. Donde fuera que iba Mantou, Lucian la seguía y recibía coletazos en su rostro, aunque parecía disfrutarlo. Mantou, además, tenía el tamaño perfecto para montarlo, y él no paraba de preguntarle a su madre si podía hacerlo. Elena tradujo la pregunta del niño, y después de que Keru dijera no, y Nate dijera no, le dijo que no al chico y, en un severo y prístino inglés, agregó:

—Sé bueno.

Luka tenía seis años, acababa de empezar el colegio. Elena explicó que en casa hablaban rumano, pero fuera siempre en inglés. El chico

entendía algo de inglés, iba a la escuela en inglés cinco horas al día y después hacía actividades extracurriculares.

—Y los cumpleaños —dijo Mircea.

Tenían uno por semana como mínimo.

—Antes de que volvamos lo hablará con fluidez —dijo Elena, y luego mojó su rebanada de pan en el aceite de Cataluña, no de Andalucía.

—Esperemos —dijo Mircea.

—No tengo la menor duda —dijo Elena.

—¿Volvéis a Rumania? —preguntó Keru.

—No, a Rotterdam —dijo ella—. Ahí nació Luka.

—Ah, entonces sois de Rotterdam —dijo Keru.

—No, de Rumania —dijo Mircea, y rápidamente preguntó de dónde era Keru.

Para sorpresa de Nate su mujer respondió que era de China en vez de su respuesta habitual que solía ser su ciudad o, a lo sumo, “el Medio Oeste”.

—Sí, eso está claro —dijo Mircea, inclinado sobre el fogón para acercarse a ella—, pero ¿de qué parte?

Ella nombró la provincia y Mircea preguntó:

—Pero ¿de qué parte de la provincia?

Ella nombró la ciudad, y Mircea dijo que, si bien no conocía esa ciudad, había estado en un congreso en Changsha. Hacía años, antes de la pandemia y de que naciera Luka. Elena había viajado con él, y habían paseado por Zhangjiajie y Fenghuang.

—¿Lo estoy pronunciando bien? —preguntó Mircea, y Keru respondió que sí, estupendamente bien, de hecho.

—La gente... —dijo Mircea.

—Es tan amable, tan hospitalaria —dijo Elena—. Y los paisajes...

—Inolvidables —dijo Mircea.

—Y nosotros pensábamos que Europa era antigua —dijo Elena.

—Pero vosotros tenéis una historia aún más antigua —agregó su marido.

Al final Mircea les contó que era economista, aunque cuando se lo dijo hizo una mueca como de vergüenza y agregó:

—La macro es mi trabajo, no mi vida.

Le habían otorgado un puesto durante dos años en la Reserva Federal, después volverían a Rotterdam.

Nate preguntó cómo era trabajar en la Reserva Federal.

—Montones de italianos —dijo Mircea. Tras lo cual dio unas carcajadas y echó la cabeza hacia atrás.

Keru le preguntó a Elena si ella también trabajaba allí.

—Oh, no, eso no es para mí —dijo Elena, como temblando—. Números, mercados. Ni en broma. Por ahora me ocupo de Luka y de la casa. Ya veremos cuando volvamos.

—Elena es artista —dijo Mircea—. Pinta, dibuja. Tiene su propio estudio.

—¿En la ciudad? —preguntó Keru.

—No, en la planta de arriba —dijo Elena.

La buhardilla de su adosado era su estudio. Era donde había mejor luz.

Cuando escucharon la expresión adosado, Nate miró a Keru, que parecía encantada. Ellos todavía vivían en un piso de dos dormitorios, aunque más espacioso que los anteriores y en un edificio con portero.

—La casa es demasiado grande —dijo Elena y frunció la nariz—. Más que una casa parece una ciudad. Muy bonita, pero demasiado grande.

—Sí —dijo Mircea, con la misma solemnidad que su mujer.

Les dieron ese adosado cuando le contrataron, así que no tenían otra opción que vivir en una casa grande y preciosa.

—La mitad del tiempo estoy en una planta buscando algo que está en otra planta —dijo Elena, con la nariz aún fruncida—. Pero es solo eso. Todo lo demás es perfecto.

Después del café, Mircea y Elena dijeron que tenían que ir adentro a “echarse una siesta”. Luego “darían un paseo” alrededor del lago. Cuando Mircea los invitó a acompañarlos, Keru dijo:

—Sí, quizá.

Nate hizo un chiste innecesario:

—¿Acompañaros en el paseo o en la siesta?

—Al paseo, por supuesto —dijo Mircea rascándose la barbilla.

—Oh, no era un...

—Nunca entiende las bromas —dijo Elena.

—Es cierto —admitió Mircea con la cabeza gacha.

—Ni lo intentes —dijo Elena.

—Tiene razón —dijo Mircea, todavía con la cabeza gacha.

Cuando estuvieron solos en el bungaló, Keru le preguntó a Nate por qué había hecho esa broma.

—¿Por qué? —repitió Nate.

Como no tenía respuesta, preguntó a su vez por qué tenía que sobreanalizar todo.

—No quiero que piensen que somos raros.

Él no creía que el chiste hubiera sido raro.

—Fue incómodo.

Él no creía que hubiera sido incómodo. Estaba siendo obstinado a propósito, así que ella cambió de tema.

—Me gustaría que fuéramos un poco más como ellos —dijo Keru.

—¿Como ellos cómo?

—No creo que alguna vez lo logremos.

—¿Cómo? —preguntó él, contrariado.

—Hacen que todo parezca tan fácil —contestó ella.

A él no le parecía que ellos hicieran que todo pareciera tan fácil.
¿Quién podría tener una vida fácil en una casa monstruosa con un

ático convertido en un estudio artístico? ¿Cuánta angustia tendría que soportar esa familia en nombre del arte?

—Intento decirte algo —dijo ella.

Él también trataba de decirle algo.

—Nunca fui así cuando tenía treinta años —dijo—. Ni cuando tenía veinte. Hago que todo parezca difícil.

—Todavía estás en la treintena —le recordó él.

Pero cuando acabara el año ella habría cumplido cuarenta. Él imaginaba que a lo mejor eso podía afectarla de alguna manera, nada que expresara abiertamente, salvo que le indicó que no quería una fiesta, ni reunirse con amigos o transformarlo en una ocasión especial, ni en un día lleno de fanfarria. Para hacerla sentir mejor, le dijo que la treintena siempre es difícil en términos de desarrollo profesional, que él no echaba de menos esa década, aunque sí echaba de menos no despertarse con migraña. Ella recorrió el salón entero para colocar los cojines que él había tirado del sofá antes para hacer sitio a sus piernas.

—¿Deberíamos volver a verlos? —preguntó ella desde la otra punta.

Y él, desde su extremo, respondió:

—Solo si te apetece.

—Puede que nos divirtamos más con ellos —dijo Keru, mientras colocaba los cojines.

Él le preguntó si pasar el rato con desconocidos era algo que le pareciera especialmente divertido.

—Ya no son desconocidos —dijo ella.

—Bueno, gente que apenas conocemos.

—Entonces, ¿qué quieres hacer? —preguntó ella, mientras daba un golpe seco de karate en el medio del cojín, para tuviera forma de V —. ¿Qué diversión nos espera en la lista de actividades de Nate?

Él preguntó si no podían quedarse adentro, cocinar, hacer su vida. ¿Para qué pagaron una fortuna en este complejo ridículo si no era para disfrutar de las instalaciones y su compañía mutua?

—A menos que creas que mi compañía no es suficiente —dijo él, con ligereza, como si no fuera algo que lo angustiara.

—Me asombra que insistas con que es un complejo —dijo ella.

—Pero si eso es lo que es.

—Complejo suena a complejo penitenciario.

—¿Crees que se parece a una cárcel?

Ella ignoró su comentario y se sentó entre todos los cojines acomodados a golpes para leer un libro. El libro le servía para taparse la cara.

—Eso no parece cómodo —le dijo él.

—Se supone que no debes estar cómodo en la cárcel.

Él puso los ojos en blanco de forma imperceptible.

—Podríamos ir a dar un paseo alrededor del lago.

Ella dijo que en ese momento estaba más interesada en leer su libro.

Durante la siguiente hora Keru estuvo leyendo y Nate se sentó a mirar su teléfono. La conexión a internet era realmente rápida, y que nada tardara ni siquiera un milisegundo en cargar empezó a incomodarlo. Después de un rato de aturdirse escoleando titulares

de noticias, decidió que aprovecharía mejor el tiempo si se encerraba en el cuarto y llamaba a su madre. Hacía el esfuerzo cada semana, y cada semana la conversación era la misma. Novedades intrascendentes. Conversaciones sobre el estado del clima actual y futuro. Su madre tenía una salud de hierro. Sin colesterol ni hipertensión o problemas dentales, sin infartos.

Cuando él le describió las instalaciones en las que se alojaban, su madre dijo estar confundida.

—¿Cómo es posible que un bungalow sea lujoso? Es un oxímoron.

Preguntó si todos los bungalós oximorónicos estaban ocupados. Él le dijo que la mayoría no.

—Claro, porque ¿quién puede permitirse algo así? —dijo ella—. La economía es un desastre.

—De hecho, no. No lo es.

—No lo será para los tuyos.

—Ah, bueno.

—Hubiera sido bonito que invitaras a Ethan.

—¿Ethan?

—El hijo que tuve antes de tenerte a ti.

—Ah, ese.

Ella le contó que a Ethan “le estaba yendo bien” de nuevo. Había encontrado trabajo como paisajista en un colegio, en una de esas zonas elegantes de Connecticut. “Y ya tiene una amiga, por supuesto”, y aunque esas novias esporádicas solían molestar a su madre, ahora estaba feliz de que Ethan estuviera acompañado.

—Tendrías que haber invitado a Ethan y a su amiga al bungalow —dijo ella.

—Sí, es una posibilidad.

No tenía la menor intención de invitar a nadie. Aunque le dijo a su madre que no estaban solos, también estaban Elena y Mircea, unos vecinos agradables y dignos de su confianza, que se echaban siestas, daban paseos e insistían en tomar café juntos.

—¿Qué clase de nombre es Mirka? —preguntó su madre.

—Mircea. Es rumano.

—¿Viajaron desde Rumanía hasta los Catskills?

—No, viven en Park Slope temporalmente, son de Rotterdam.

—¿Y eso dónde queda?

—En Brooklyn.

—¿Rotterdam está en Brooklyn?

—Rotterdam es una ciudad de los Países Bajos. Park Slope está en Brooklyn.

Su madre hizo silencio. Luego dijo:

—Me estás confundiendo.

—No es confuso —dijo él—. No si lo piensas un momento.

—Una persona viene de un solo lugar. No entiendo a esas personas que necesitan tener más de un lugar de origen.

Su madre le preguntó si la mujer de Mircea era rumana como él, o si era de Park Slope o de Rotterdam.

Él dijo que sí.

Su madre le preguntó si la mujer de Mircea era asiática.

Él dijo que no.

—Pero son solo vuestros vecinos, no amigos.

—Exacto.

Su madre suspiró, y Nate supo de inmediato en qué pensaba. Habían tenido distintas versiones de esta conversación innumerables veces.

—Solías tener muchísimos amigos, Nathan. ¿Qué ha pasado con todos ellos? Tenías amigos en todos los cursos.

Nate ya no estaba en el colegio, aunque todavía pasara mucho tiempo en un aula. Su madre solía recurrir a otra estratagema:

—Los padres suelen hacer amigos. Cuando los niños comparten clase, naturalmente hacen nuevos amigos. Y se forman grupos de padres. Y de madres. Sucede de forma orgánica.

Cuando Nate le preguntó dónde estaban todos sus grupos de padres y madres, ella respondió:

—Se mudaron.

Pocos años antes, ella finalmente se había resignado a que él y Keru no tendrían hijos y eso la sumió en una profunda depresión.

—Supongo que nunca seré abuela —solía decir—. Estáis empeñados en privarme de esa alegría.

La hermana de su madre ya tenía tres nietos, y su madre nunca había imaginado que ella se quedaría tan relegada.

—Cuando Faye me manda fotos de sus nietos bebés, ¿qué se supone que tengo yo para enviarle?

Nate le sugirió que le enviara fotos de su jardín de rosas o de sus dos gatos. Su madre le dijo que era muy ingenioso, y le preguntó:

—¿Con quién vas a hablar cuando tengas mi edad?

—Con nadie —respondió Nate ingeniosamente.

Eso hizo que su madre se ofendiera aún más y siguiera quejándose:

—La mayoría de los adultos del planeta son padres, y para entender a los adultos y a sus padres deben convertirse también en padres. De otro modo, jamás entenderán nada de nada, Nathan. Ignorarán por completo todo lo que importa.

Luego, se despachó con una sarta de insultos hacia los progresistas y cómo ese cinismo hacia los valores tradicionales de la familia estaba destruyendo la sociedad, como una plaga que se come la cosecha.

—Los niños son el futuro —dijo ella.

—Eso es un hecho, aunque no muy optimista —respondió él.

—No todo el mundo es malo —dijo ella.

Y él le preguntó si ella había tenido hijos pensando en el mundo.

—Bueno, no —empezó a decir ella, para después advertirle que esa no era la cuestión, que él no podía entender cuál era la cuestión, pues se trataba de algo mucho más grande que él, trascendente, y que esa actitud suya no podía traer nada bueno.

Cuando Keru aceptó el trabajo en Chicago, la madre de Nate asumió que estaban a punto de divorciarse. Algo la había empujado a mudarse; algo debía de haber cambiado.

—Si ella estuviera a punto de dejarte me lo contarías, ¿no? Si te dejara por otro me lo contarías, ¿no? Si se quedara embarazada y decidiera abortar me lo contarías, ¿no?

—No, probablemente no te lo contaría —respondió él a la pregunta sobre el aborto.

Ese era su límite. Pero le había explicado que en Chicago ella tenía una muy buena oportunidad laboral, que así estaría más cerca de sus padres, que estaban envejeciendo. Su madre le dijo que ella también estaba envejeciendo y le preguntó por qué Keru podía estar más cerca de sus padres, pero Nate no podía estar más cerca de ella. Él le dijo que se mudaría más cerca si pudiera (mentira). Pero, además, para qué necesitaba trabajar Keru si a él le habían dado la titularidad, insistió su madre, por qué no trabajar media jornada y tener hijos, insistía e insistía, hasta que un día él le dijo, abiertamente, que podrían vivir con un solo sueldo, pero el de ella, no el de él. Su madre pareció consternada al enterarse de esto, y Nate trató de justificarse. El ámbito privado siempre paga más, pero la universidad da prestigio, permite perseguir ideales, el conocimiento por el conocimiento mismo, y poder transmitir ese conocimiento. “Prestigio” repitió su madre de una forma tan llena de duda que Nate pudo imaginarse el resto. El prestigio no se come, ¿no es así? No puedes tomar una cucharada de prestigio de un frasco como si fuera caviar y metértelo en la boca, y sin duda no se puede pagar con él el alquiler, la comida, el entretenimiento o ahorrar para jubilarse en la ciudad más cara de todo Estados Unidos sin una mujer que también trabaje e, idealmente, gane más que tú. No es que su madre alguna vez fuera a menospreciarlo, pero cuando mencionó el elevado coste de vida, la inflación en ascenso, sí dijo:

—Nadie os obligó a vivir en esa ciudad. Nadie te obligó a hacer un posgrado.

Desde la habitación del bungaló, él dijo que la llamaría después. Ella dijo que acababan de empezar a hablar.

Él le avisó que iba a cortar, lo que produjo que ella dijera:

—¿Qué es lo que te pasa últimamente?

Y le preguntara también si estaba viendo a un terapeuta. Ambas partes guardaron unos segundos de silencio para reponerse y recordar que eran adultos y que ninguno estaba viendo a un terapeuta.

—Ay, Nathan, no seas tan duro contigo mismo —le dijo de un modo que lo llenó de angustia—. Durante años me sentí inferior a tu padre. Sentía que estaría perpetuamente a su sombra. Pero recuerda que, al fin y al cabo, eres una persona y que también haces un trabajo magnífico.

Se arrepintió de haberle contado tanto a su madre y a la vez no lo suficiente. Percibía ambas como una traición, y él siempre estaba en medio de esa disputa. Aunque era verdad que se sentía inferior a Keru y no podía admitírselo a nadie. Todos, salvo quizá su madre, lo escucharían y pensarían, en el mejor de los casos, que era un niño caprichoso y, en el peor, un misógino. Él tenía la esperanza de no ser un misógino, pero no podía descartarlo del todo, así que en su revisión anual le había dicho a su médico de cabecera que a veces, sin razón aparente, se ponía nervioso y le sudaban las palmas de las manos y tenía problemas para conciliar y mantener el sueño. No tuvo el coraje para decir “Me da miedo estar perdiendo el tiempo”. Así que dijo:

—Me preocupa la posibilidad de que nada tenga sentido.

En el transcurso de diez minutos, su médico le había diagnosticado un episodio de ansiedad y le había dado una receta de Xanax que Nate nunca fue a comprar. El médico no había encontrado nada anormal en sus análisis de sangre o constantes vitales, pero había sugerido que el paciente hiciera más ejercicio y, para dormir mejor, llegara a la cama completamente exhausto.

—Ya estoy completamente exhausto cuando llego a la cama —dijo Nate—. Y me quedo ahí pensando.

—¿Ah, sí? —dijo el médico, de espaldas a Nate, mientras escribía en su ordenador—. ¿Y en qué pensamos exactamente?

—Nada importante —dijo Nate—. Es solo ruido, angustia. Como si me precipitara hacia el desastre.

—¿Y con “desastre” a qué nos referimos? —Su médico seguía escribiendo.

—Muerte. Destrucción. La nada.

Su médico tomó nota.

Esa noche, en su casa, Nate se había preparado una ensalada. Mientras lavaba y luego aliñaba la lechuga, había pensado en la muerte —la de su padre y, en algún momento, la suya— y abrumado por lo inexorable del panorama se había pasado de aliño y había tenido que volver a lavar las hojas. El día del funeral de su padre había estado demasiado preocupado por todo. Preocupado por su madre, por su hermano, por la cercanía de su mujer con el resto de su familia. Ellos sabían de la existencia de Keru, pero nunca la habían conocido. Antes de poner fecha para el funeral, había llamado seis veces a su hermano y le había dejado cinco mensajes en el contestador automático.

Ethan había respondido a la sexta llamada: “Es muy poca antelación” y se había mostrado preocupado por el precio del vuelo de última hora y del combustible y había mencionado que en ese momento no tenía trabajo. Nate había tenido que pagar para que Ethan estuviera allí. Luego, una vez que Ethan llegó, su madre le emitió un cheque a cuenta del seguro de vida de su padre. Durante la ceremonia, Ethan y él dijeron apenas unas pocas palabras. Su madre leyó un pasaje de la Biblia. Sus tías paternas habían llegado tarde. Mientras su madre leía las Sagradas Escrituras, había hecho

algunas pausas dramáticas para mirar, por encima de sus gafas de leer, a su familia. Él sintió que ella le hablaba únicamente a él: “Ahora estamos solo tú y yo, Nathan. No me defraudes”.

En la página web de la granja de alpacas aclaraban que estaba prohibida la entrada con perros y, después de leer los términos y condiciones, Nate llamó para reconfirmar.

—¿Ni siquiera perros tranquilos, con correa?

La mujer respondió que no y le indicó que leyera la misma página con términos y condiciones que acababa de leer.

—Serán unas pocas horas —dijo Keru, que había instalado una cámara giratoria en medio del salón que se conectaba al teléfono a través de una app. Con ella podrían monitorear a Mantou en tiempo real.

—¿Y si se va a otra habitación? —preguntó Nate.

—Entonces estará en otra habitación —respondió Keru.

—No podemos ir a la granja de alpacas —dijo él.

—Me gustaría ir a la granja de alpacas —dijo ella.

Mientras debatían sobre en qué habitación estaría la perra, y en cada habitación, en qué superficies podría llegar a tumbarse, alguien llamó a la puerta. Era Elena, sin su marido ni su hijo. Tenía el pelo revuelto, sin peinar. Estaba vestida con un atuendo de tela traslúcida, suelto, y Nate tuvo que mirar hacia otra parte porque la luz atravesaba la tela y ella no llevaba sujetador.

—Disculpad, ayer no volvimos a vernos —dijo ella.

Después de la siesta habían ido a pasear, tal como estaba planeado. Después del paseo se habían echado otra siesta, que no habían planeado. Cuando se quisieron dar cuenta, era la mañana siguiente.

—¿Tomamos café otra vez? —preguntó ella aún adormilada—. Luka se ha despertado preguntando por Mantou.

—Estamos a punto de irnos —dijo Keru.

—¿De irnos? —preguntó Elena, y frunció el ceño—. ¿Dónde os vais? Pero si llegasteis ayer.

Keru se explicó mejor y mencionó la granja de alpacas. Elena exclamó que no había oído hablar de tal granja.

—¿Permiten niños? —preguntó Elena.

—Niños sí, pero no perros —dijo Nate desde la cocina, lo más lejos que se podía estar de la puerta, pero aun así lo suficientemente cerca como para poder escuchar.

—A lo mejor nos cruzamos cuando volvamos —dijo Keru.

—Sí, perfecto, genial, nos gustaría mucho, especialmente a Luka —dijo Elena, moviendo sutilmente las caderas y mordiéndose el labio.

Las dos mujeres se quedaron ahí de pie, sin saber qué hacer, y después dijeron adiós, pero siguieron ahí de pie. Solo cuando Keru empezó a cerrar la puerta Elena recordó que se suponía que debía irse.

Poco tiempo después, volvieron a llamar a la puerta. Esta vez era Mircea, vestido con un chaleco encima de una camisa a cuadros. Llevaba el pelo cuidadosamente peinado hacia atrás con gomina. Hoy, más que ayer, parecía alguien que trabajaba en la Reserva Federal.

Dijo hola tres veces.

—Hola, hola, hola. Elena acaba de estar, pero le ha dado vergüenza preguntar, así que he venido yo. La granja de alpacas suena como una fantástica idea. ¿Os molestaría si os acompañamos? Si preferís que no, por favor decídnoslo. No queremos entrometernos en ningún romance.

Esa última palabra hizo reír a Keru, lo que produjo que Mircea la mirara fijamente antes de decir:

—Vale, pero no he querido contar un chiste.

Cada pareja llevó su propio coche, Keru y Nate por delante, y sus vecinos detrás. Keru y Nate iban en un coche gris alquilado. Mircea y su familia iban en un Tesla rojo. En el aparcamiento de la granja, Keru elogió el color estridente y les preguntó cómo se cargaba.

—No hace falta —dijo Mircea—. A velocidad moderada el Model S puede recorrer seiscientos kilómetros con una sola carga.

Había calculado que incluso con algún que otro desvío inesperado, deberían poder regresar a Park Slope con algo así como cincuenta kilómetros de margen. Cinco más, cinco menos.

—Y si no, llamaremos a atención al cliente —dijo—, y Elon Musk en persona vendrá a rescatarnos con su helicóptero.

—Qué gracioso —dijo Nate, pero sin reírse.

—Sí, lo sé —dijo Mircea, con cara seria.

En la taquilla había unos carteles enormes que explicaban las diferencias fundamentales entre las alpacas y las llamas. Por empezar, eran especies completamente distintas. Segundo, las alpacas eran más mansas y no escupían. La entrada incluía un paseo por la granja con una alpaca amigable atada, y diez por ciento de

descuento en donuts de sidra de manzana caliente que preparaban en la granja. Mientras Mircea y Keru iban a comprar las entradas, Elena y Nate esperaron afuera. Como Elena también llevaba a Luka, Nate se ofreció a cargar su bolso.

—Muy amable de tu parte —dijo ella, pasándole el bolso abultado—. Mircea nunca se ofrece para estas cosas.

Después Elena se acercó para acomodarse la tira del bolso que ahora llevaba Nate, le tocó el hombro y luego, inexplicablemente, le recolocó el cuello de la camisa. Al terminar, dijo: “Costumbre de madre” y Nate tocó la parte del cuello que ella acababa de recolocar. Ella iba mejor vestida para el tiempo que esa mañana. Llevaba un abrigo encima de un jersey de manga larga, pantalones grises y una bufanda. Excepto por sus manos y rostro, cada una de las partes del cuerpo de Elena estaban cubiertas y Nate intentó no pensar en sus pechos.

—Tu mujer siempre parece tener prisa —dijo Elena—. Nos hemos fijado en que conduce muy rápido.

Keru había conducido hasta la granja, así como había conducido hasta el bungalow. Keru conducía cada vez que podía porque decía que ir en el asiento del copiloto le mareaba.

—Sí, bueno, trabaja mucho —dijo Nate y Elena asentía mientras él le explicaba.

Nate le preguntó a Elena si ella conducía.

—En Europa, sí —dijo ella—. Pero aquí no tiene sentido, para qué volver a hacer un examen y aprender un montón de reglas nuevas tan solo para un par de años. Puedo ir andando a donde sea.

Nate intentó pensar en algunas otras preguntas que podría hacerle a Elena. Le preguntó si era artista a tiempo completo.

—Me gustaría serlo —dijo, mientras dejaba a Luka en el suelo.

Luka llamaba a su madre “mama” y, cuando estaba en brazos, escondía la cara entre el pelo de ella o le hablaba al oído en voz baja. Cuando Elena le hablaba en rumano a su hijo, Nate había supuesto que su hijo le respondía también en rumano. Él comentó qué fascinante era que su hijo fuera tan versado en idiomas. A él le habría encantado ser bilingüe.

—Trilingüe —dijo Elena sobre su hijo—. Estaba hablando en neerlandés, no en rumano. Mi hijo a veces solo nos responde en neerlandés.

—Ah, perdón —dijo Nate, avergonzado.

—No hay nada que perdonar. ¿Cómo podrías saberlo?

Y, sin embargo, Nate pensó que sí debería saberlo.

Elena le preguntó si Nate hablaba mandarín.

—No, la verdad es que no —respondió él, y luego agregó—: Bueno, un poco.

Hacía un tiempo había dejado las clases y no practicaba demasiado, salvo cuando iban de visita a ver a sus suegros una vez al año y tenía que escucharlos. Ya jubilado, el padre de Keru tenía menos cosas que decir sobre celdas de combustible y la madre de Keru rara vez le dirigía la palabra directamente. Aunque alguna que otra vez le había preguntado: “¿Ya has comido?”, una frase que solo decía en mandarín, porque era su más íntima expresión de afecto, y cómo él no se daba cuenta de que aquella expresión de afecto estaba dirigida hacia él, mantenía una cara impertérrita, mientras la curiosidad e ilusión en el rostro de su suegra iban diluyéndose poco a poco.

Elena le pidió a Nate que dijera algo en mandarín.

Intentó decir algo, pero le salió cualquier cosa.

—Sí, es exactamente como lo recuerdo —dijo ella, impresionada.

Se sintió un imbécil.

Cuando los demás llegaron con las entradas, el grupo se dirigió hacia el granero. Los recibió un guía, un tipo de un metro ochenta con una cara aniñada. Sus manos enguantadas parecían las manos de un payaso, y andaba por ahí con unas enormes botas de cuero, medio desatadas. Las alpacas tenían unos ojos enormes, esferas negras que sobresalían de las cuencas y que todo el mundo encontraba preciosas salvo Nate, a quien le daban pavor. Él y Mircea tomaron de las riendas a dos alpacas marrones idénticas que eran hermanas, según el guía. Las hermanas caminaban juntas, se rozaban la una a la otra como si no pudieran despegarse. Al principio, Mircea intentó separar a su alpaca de la hermana, pero cuánto más tiraba de las riendas, más se resistía y le mostraba los dientes.

—¿Lo ves? —le dijo Mircea a Nate—. Ya me odia.

—Las alpacas son animales de manada —dijo el guía desde atrás—. Siguen a su líder.

La líder era la alpaca de Elena, que se pavoneaba delante, seguida por la alpaca de Keru. Las dos mujeres conversaban y reían. Lucian caminaba a su lado, de la mano de su madre.

Mircea y el guía se pusieron a charlar. El muchacho aún estaba en el instituto, a punto de comenzar su último año, y trabajaba en la granja de alpacas los fines de semana y durante el verano.

—¿Y dónde vas a ir a la universidad? —le preguntó Mircea.

El chico hizo una mueca:

—¿A la universidad?

Mircea intentó cruzar miradas con Nate como para insinuarle algo, pero Nate no quiso meterse. Entonces Mircea le preguntó al guía qué más se podía hacer en la zona, además de caminar, ir al lago o visitar la granja. El muchacho le dijo que era temporada de caza, y que justo el fin de semana anterior había visto al menos cincuenta ciervos en el campo.

—¿Caza? —dijo Mircea, sorprendido—. ¿Con armas?

—También —respondió el chico, y aclaró que él prefería el arco y la flecha.

—¿De verdad? —dijo Mircea, y le preguntó a Nate si alguna vez había ido a cazar.

Había ido, cuando tenía la edad del muchacho o incluso menos, pero le dijo a Mircea que no. El chico se quitó los guantes y buscó algo en su teléfono. Luego se los mostró: una foto del venado que había cazado dos fines de semana antes con su padre. Vestía de pies a cabeza de naranja y sonreía junto al cadáver.

—Pesaba noventa kilos, como mínimo —dijo.

—¿Y qué hacéis después con él? —preguntó Mircea.

El chico lo miró desconcertado:

—Nos lo comemos.

El grupo había llegado a un campo grande donde las alpacas pastaban. Allí el chico recibió un aviso por el walkie-talkie y se alejó un momento para ayudar con otra visita guiada. Ya sin él, Mircea miró a Nate, sonrió y repitió:

—Se come.

—Sí —dijo Nate—, tiene sentido.

En medio del campo, las mujeres se habían reunido alrededor de Lucian y se sacaban selfies. Al ver la escena, Mircea dijo:

—Qué bonito. Tu mujer y la mía, juntas.

Era imposible no comparar a las dos mujeres. Elena había soltado a su alpaca y balanceaba sus brazos despreocupadamente al ritmo de la brisa. Luego se puso a dar vueltas, lo que inspiró a Luka a dar vueltas, mientras Keru se hacía a un lado, completamente tiesa mientras sostenía la rienda de su alpaca con puño de hierro.

Mircea preguntó cuánto tiempo hacía que Nate y Keru estaban juntos. Cuando Nate respondió que desde la universidad, Mircea levantó las cejas y dijo:

—Ah, entonces realmente estáis juntos desde siempre.

Su expresión no fue de entusiasmo sino más bien de sorpresa, o quizá de lástima.

—Parece ser una buena compañera —dijo Mircea, y retomó su expresión neutra—. Uno de los dos tiene que ser pragmático. En nuestro caso, soy yo.

Siguieron mirando cómo Elena y Luka daban vueltas.

—Pero ¿cómo mantener viva la llama? —preguntó Mircea.

Nate dijo que tenían una rutina sólida.

—Pero la rutina es lo contrario a una llama viva. ¿Cómo es que no te aburres?

Nate dijo que estaban muy ocupados.

—¿Con qué?

—¿Disculpa?

—¿Con qué os mantenéis ocupados?

Nate parpadeó y dijo que con su trabajo, y el trabajo de ella, vacaciones como esas, su perra.

—Bien, el trabajo entonces —dijo Mircea y juntó los labios como si estuviera tragando algo amargo.

Quería saber más sobre Nate, de dónde venía y cómo era su lugar de origen.

—Un poco como aquí —dijo Nate—. Una zona rural, con montañas.

—¿Y gente con armas?

—Algunos —dijo Nate.

—¿Y tú?

Nate dijo que no. Mircea pareció aliviado con la respuesta.

—¿Sabés cuál era mi mayor temor?

Nate podía adivinarlo.

—Temía, realmente me aterraba, que cualquiera pudiera comprar un arma.

Por eso le alegraba que nadie que él conociera tuviera una.

—Supongo que uno tiene que salir de Park Slope para encontrarse con esa gente. —Esas últimas dos palabras hicieron que Nate se pusiera a la defensiva—. Te diré qué otra cosa no me gusta de este país. No me gusta que se publiciten drogas en la televisión. No me gusta la forma en que dejáis propina. No me gusta vuestra basura.

Como la dejáis en la calle. La mierda de perro por todas partes. Los condones usados en medio del parque.

—Todas las ciudades tienen basura —dijo Nate.

—Pero Manhattan, sobre todo. La ciudad entera huele a pis. —Nate se puso aún más a la defensiva—. Lo que sí me gusta es vuestra política de devolución —siguió Mircea—. Me gusta que uno pueda devolver cualquier cosa. Comida que, en realidad, no querías. Un colchón un año después. Si eres cliente, te puedes quejar. Es tu derecho, así que todos se quejan y todos devuelven cosas.

Mircea le preguntó a Nate qué era lo que más le gustaba de Estados Unidos, y Nate tuvo dificultad para señalar alguna cosa.

—La mayoría de la gente diría que la libertad —dijo Mircea—. Pero ¿qué es la libertad exactamente? ¿Qué pasa cuando tu libertad obstruye la mía?

Eran preguntas retóricas.

—Tienes que tener la experiencia de vivir en otro lugar, amigo. Tan solo unos meses te darán una perspectiva nueva. El mundo es muy grande. —Mircea extendió los brazos, Nate cruzó los suyos—. No te quedes estancado en una única mentalidad.

A Nate le alegró notar que el guía regresaba para llevarlos de vuelta al establo. De camino, Mircea intercambió alpacas con Keru, y así pudo reunirse con su familia. Corrió detrás de Elena y rodeó su cintura. Le dio un beso breve en el cuello.

—Ey —le dijo Keru a Nate cuando se juntaron.

—Ey —respondió él.

Ambos miraron a la otra pareja caminar juntos como una unidad; incluso sus pasos parecían sincronizados. Uno al lado del otro, Elena

era media cabeza más alta, y después de que él la besara en el cuello, ella se dio la vuelta y le dio un beso en la mejilla. Si Nate le decía a Keru que no deberían volver a verlos, ella iba a querer saber por qué. ¿Por qué?, imaginó que le decía. Porque lo hacían sentir inferior, que su matrimonio era inferior, que su país era inferior; lo hacían sentir un impostor. Keru no habría aceptado una respuesta así porque era una respuesta inaceptable. Sintiéndose vulnerable y como un imbécil, le preguntó a Keru de qué habían hablado ella y Elena. Le preocupaba que Elena hubiera elogiado sus intentos de hablar en mandarín, algo que en realidad era una afrenta a esa lengua.

—Oh, ya sabes —dijo Keru.

—No, no lo sé. Cuéntamelo.

Su mujer lo miró con sorpresa antes de volver a revisar su teléfono por enésima vez.

—Tenemos que irnos —dijo ella y le pasó el teléfono recalentado a Nate.

Las imágenes en vivo no tenían sonido, y el vídeo estaba pixelado, pero su perra pixelada estaba claramente arañando la puerta pixelada, deteniéndose únicamente para fulminar con la mirada ese obstáculo que no conseguía vencer y llorar en silencio.

El suelo de madera estaba severamente dañado, había pelado la pintura de la puerta y el marco, el felpudo había acabado en la otra punta. Con la cámara, Keru vio que su perra había estado escarbando el suelo y ahora tenía los ojos desorbitados. Bajo sus patas había un charco de babas.

Keru se sentó en el suelo y abrazó a Mantou.

—Te dije que no tendríamos que haber ido —señaló Nate desde la distancia, porque si daba tan solo un paso más, se pondría demasiado sensible, incluso lloraría.

El primer veterinario, o quizás el segundo, había hablado de la “desintegración de la jauría”, algo que Nate pensaba que era obvio. Pero qué otra opción tenían, más allá de la reintegración de la jauría, algo que no siempre era posible.

Él propuso que salieran a dar un paseo. Había muchos senderos en aquella zona. Lo mejor sería elegir uno que los llevara hasta una cima, donde se pudo imaginar a sí mismo dando una bocanada de aire fresco de las montañas, y así todos se volverían a sentir mejor.

—Id vosotros —dijo Keru.

—Pero eso iría en contra del objetivo —contestó Nate.

Pero su mujer ya había llamado al teléfono de conserjería. Estaba detallando los daños, se ofreció a enviar fotos y parecía arrepentirse de lo ocurrido. Mientras tanto, Nate se fue al sofá y quitó los seis cojines. Se sentó, subió los pies y cerró los ojos. Podía oír un soplador de hojas cerca, estridente y chirriante. Su mujer seguía hablando, sonaba amable pero forzada.

—No, no, por favor, retened la fianza —dijo—. Para eso está.

Después de un rato en silencio, volvió a decir:

—Muy amable por vuestra parte, pero no es necesario. No tenemos ningún problema en pagar.

Después de otro momento en silencio, dijo por fin:

—Bueno, de acuerdo. Gracias y sí, todo está de maravilla, estamos disfrutando muchísimo.

Cuando Keru colgó, a Nate ya no le apetecía salir a caminar o hacer nada, excepto salir a dar un paseo corto por el complejo. Vieron a tres hombres con chalecos verdes, con sus respectivos sopladores de hojas, limpiando el césped en líneas rectas y paralelas. Vieron a otro de los huéspedes, boca abajo en un tumbona en la zona de la piscinas y los jacuzzis. También vieron a una de las limpiadoras vestida con un uniforme blanco y con unas toallas en la mano, que se disculpó sin razón aparente y se apresuró a seguir su camino.

—¿Por qué nos ha pedido perdón? ¿Por qué se ha ido corriendo? —preguntó Nate varias veces.

—No tengo ni idea, Nate. ¿Por qué no la sigues y descubres qué ha pasado? —dijo ella finalmente.

Al día siguiente llovió a mares, y Mantou durmió acurrucada en medio de los dos, con todo el cuerpo y la cabeza bajo las sábanas.

—Me preocupa que no pueda respirar —dijo Keru, mirando bajo las sábanas.

Nate dijo que debían confiar en que su perra sabía cómo respirar.

La lluvia caía en ráfagas, envolviendo su bungaló y deslizándose por las ventanas como si fuera pintura transparente. Durante todo el día escucharon el agua correr por los canalones, con sus traqueteos y sus gorgoteos, como si estuviera ahogándose. Una vez cada hora, la perra vaciaba su cuenco con agua. Cuando Mantou se negó a salir, Nate tuvo que cargar con ella en brazos. Se quedaron bajo la lluvia durante media hora, él bajo un paraguas endeble y ella apenas un poco más allá, junto a una fila de arbustos que parecían prometedores, pero aún así no hizo pis. Volvieron empapados. La perra se acurrucó en un rincón.

—Bebe, pero no hace pis —observó Keru.

—Se ha roto el paraguas —observó a su vez Nate.

Habían comprado el paraguas hace poco, pero cuando Nate salió a la intemperie con él, se rompió en pedazos. Pensó en tirarlo lo más lejos posible, pero no quería dejar basura por ahí en medio. Entonces puso el paraguas donde correspondía, en el cubo de basura. Metió su ropa empapada en la secadora, se vistió con ropa seca, y reapareció en salón, donde Keru había repuesto los seis cojines en el sofá y había movido el sillón individual justo al lado de la ventana, para poder observar mejor la lluvia. A diferencia de su perra, su mujer se sentía renovada por la lluvia torrencial. Amaba los cielos cubiertos. La niebla y la tiniebla.

Ella se dio la vuelta para mirarlo y le dijo:

—¿Sabes lo que me contó ayer Elena? Me explicó por qué duermen tantas siestas. —Keru entrecomilló la palabra “siestas” con sus manos mientras la pronunciaba.

Pero Nate no comprendió lo que quería decir.

—Está ovulando —dijo Keru.

—Ah —dijo Nate, sonrojándose.

—Qué locura que me contara algo así. Como si le hubiera preguntado.

—Tiene sentido que quieran dos —dijo Nate—. Deberían tener dos, ¿no?

Abrió una bolsa de pistachos y se puso a pelarlos sobre la isla de la cocina.

—La teoría del gran reemplazo —dijo ella—. ¿Podrías usar un plato, por favor?

—¿Qué?

—Para reemplazar a sus padres. Un plato para las cáscaras.

Estaba inclinado sobre la encimera. No le hacía falta un plato.

—¿Sabes qué otra cosa les gusta hacer?

—Apuesto a que estás a punto de decírmelo.

—Les gusta hacer reuniones en su adosado. Montan fiestas en el patio trasero.

—Los adosados suelen tener patio trasero —dijo él—. Es una de las cosas buenas de vivir en uno.

—Parece que invitan a docenas de personas. Amigos, conocidos. Profesores del colegio de Lucian. Grandes eventos.

—¿Quieres que hagamos una fiesta por tus cuarenta? —preguntó él—. ¿Esa es la sugerencia que tengo que anotar?

Ella dijo que no conocían a docenas de personas. Ni siquiera podían llegar a una docena con todos sus amigos.

Él dijo que qué más daba, que si tenían menos que una docena de amigos, todos podrían venir.

—Menos de... —Él frunció el ceño—. Es menos de, no menos que.

—Nuestra "menos de una docena" de amigos podría venir.

—Están todos muy ocupados —dijo ella, mordiéndose una cutícula—. ¿Hace cuánto que no hablas con uno de ellos? Son como conductores privados de guardia las veinticuatro horas, nunca duermen.

—Si organizo una fiesta, vendrán.

—Pensarán que es una molestia. Querrán traer a sus hijos.

—Diré que es sin hijos.

—No puedes hacer eso —dijo ella horrorizada, con la boca abierta—. No, hay que dejarlos traer a los hijos y hay que planear actividades para ellos, alguien que les pinte la cara, por ejemplo. Se ha puesto muy de moda.

—Permitiré que vengan con perros, pero no con hijos.

—¿Por qué no usas un plato? —Ella juntó las palmas de sus manos y las dispuso en forma de plato, para que entendiera a qué se refería.

—Están sucios.

—¿Todos los platos? No queda ni un plato ni un cuenco. ¿Nada?

—Nada.

Ella miró por la ventana, como fantaseando.

—Deberíamos estar de caminata en este momento —sugirió ella—. Imagina estar en las montañas, entre las nubes.

—Imagina que nos parte un rayo —dijo Nate.

—¿Siempre tienes que ser tan negativo?

—Sí, sí, tengo que serlo.

Se quedaron en silencio durante un rato, mirando por la ventana y ella dijo:

—No me arrepiento de no ser madre.

—Yo tampoco.

—Pero a veces me pregunto cómo sería.

—Tendríamos que haber renunciado a algunas cosas.

—Para ganar otras.

—Soy feliz tal y como somos —dijo él—. No lo cambiaría por nada —insistió.

—Yo sería más feliz si al menos usaras una servilleta —dijo ella—. Aunque sea una ínfima servilleta para las cáscaras.

Buscó una servilleta pequeña.

Unas horas después, un gigante bate de hierro golpeó contra el costado de su bungaló. O al menos eso fue lo que oyeron. No había gigantes en las Catskills. No había ningún Paul Bunyan. Nate salió corriendo sin chaqueta ni el calzado adecuado y vio que uno de los canalones se había descolgado completamente de su posición original y ahora colgaba sobre el costado del bungaló. Cuando volvió, sintió un olor familiar. El charco de pis era enorme y su perra estaba sentada sobre él. Cuando Nate maldijo, Keru respondió:

—No le grites.

—No estaba gritando —dijo él, con calma, y luego gritó—: AHORA ESTOY GRITANDO.

—YA ME HE DADO CUENTA —respondió ella.

La única forma de sacar a la perra del rincón era levantarla y juntar sus cuatro patas. Esa posición, que antes les había parecido de lo más adorable, era ahora, mientras la levantaban, su momento más vulnerable. Llevó a la perra hasta el servicio y la colocó dentro de la bañera con patas. Como ni Nate ni Keru eran personas que disfrutaran de darse largos baños, no la habían usado. Pero una vez que el agua llegó a un nivel cómodo y Nate agregó una pelota, Mantou se incorporó y trató de tocar la pelota. Los toques se transformaron en zarpazos. Los zarpazos en un chapoteo.

—Sabes que no te estaba gritando a ti, ¿verdad? —le dijo él mientras los zarpazos y el chapoteo continuaban.

La perra pareció asentir. Sin duda ella podría diferenciar entre él gritándole a ella, algo que nunca había hecho, y él gritando a causa de una situación, situación que no era tal. Si hubiera habido una situación, significaría que algo estaba roto. Y salvo por el desagüe, el marco de la puerta, algunos listones de madera del recibidor y el paraguas, nada estaba explícitamente roto. Había gritado para demostrar que no había estado gritando, y ella había gritado para acompañarlo.

La mañana siguiente, Mircea se acercó a ver cómo estaban. Fue un bonito gesto, pero a Nate le pareció innecesario. Había llovido un poco, tampoco es que hubiera pasado un huracán. Para celebrar que todos habían sobrevivido, Mircea los invitó a comer en las pérgolas. Nate hizo su mejor intento para librarse de la invitación. Dijo que tenían otros planes, pero cuando le preguntó cuáles eran esos planes, Nate se quedó en silencio, lo que permitió que Mircea le dijera:

—Entonces hagamos una barbacoa como hermanos. —Y colocó su puño de forma tal que Nate pudiera golpearlo con el suyo.

Nate no tuvo otra opción que golpear su puño con el de Mircea y, al rato, estaba en el Tesla rojo de camino a una tienda a unos quince kilómetros para comprar provisiones. Cuando llegaron, Mircea preguntó:

—¿Qué más necesitamos? Tú sabrás.

Nate recorrió los estantes. Patatas fritas de bolsa, ensalada de col, condimentos, mazorcas de maíz, un pack de seis cervezas IPA.

En el camino de vuelta, Mircea puso música instrumental. Mientras la orquesta arrasaba alguna sinfonía famosa, encendió el sistema de piloto automático del Tesla y quitó las manos del volante.

—Fantástico, precioso —dijo Mircea refiriéndose al sistema, con las manos libres.

Volvió a ofrecerle el puño, y Nate lo golpeó.

—Tierra, tierra y más tierra —exclamó, mientras señalaba más allá del parabrisas.

Luego, preguntó si Nate tenía tierras. Nate dijo que no. Le preguntó si su familia tenía tierras. Nate dijo que no, salvo la parcela donde estaba la casa de su madre. Mircea bajó el volumen de la sinfonía y le sugirió enfáticamente que él y su familia adquirieran tierras, todas las que fuera posible.

—La riqueza generacional se define por la propiedad —dijo Mircea—. En el futuro, los que más propiedad tengan serán los más favorecidos.

Nate dijo que comprar tierras, o tener todo lo que se pudiera, no era asunto suyo.

—Entonces, ¿cuál es tu asunto? —preguntó Mircea mientras el coche se detenía en un semáforo en rojo.

—Enseñar —dijo Nate.

—Sí, sé que eres profesor, pero nadie respeta a un profesor aquí. Los profesores no tienen poder.

A partir de ahí, Mircea empezó a lanzar ideas al aire para que Nate pudiera constituirse como entidad fiscalmente transparente y a partir de ahí montar una consultora, algo que le diera más poder.

—Podrías trabajar menos —dijo—. Comprar tierras y atender a tu mujer como se merece.

—¿Perdón?

—No pidas perdón —dijo Mircea, mientras volvía a subir el volumen de la sinfonía—. Todos podemos tratar mejor a nuestras mujeres, incluso yo. No es bueno para una mujer trabajar demasiadas horas o demasiado duro. Los hombres tenemos que trabajar, esa es nuestra condena. En un mundo ideal, una mujer no tendría que pasar por eso.

Nate se daba cuenta de que lo estaba provocando. Así que durante el resto del camino se desconectó de la conversación e intentó restarle importancia a las afirmaciones de su vecino, pero no pudo hacerlo del todo. En medio de una sección con mucha percusión, Mircea golpeó el volante y dijo:

—Me gusta el capitalismo, ¿a ti no?

Bajo las pérgolas, las mujeres habían colocado toallas sobre los cojines desgastados de las sillas de exterior y se habían sentado en el borde del asiento. Mircea había ido a su bungalow a preparar unas bebidas. Lucian y Mantou jugaban junto a los grandes arbustos, cuidadosamente podados. Cuando Mircea salió con las bebidas, las llevó con gran destreza sobre una bandeja de madera. Después de repartir los vasos, cada uno de ellos con una pajita de cartón rosado sobresaliendo, se colocó junto a Nate en la barbacoa, ni lo suficientemente cerca como para tener que ayudar, pero tampoco demasiado lejos como para no sentir el calor de las llamas.

Keru preguntó qué habían hecho ayer durante la tormenta.

—Nos aburrimos —dijo Mircea—, pero no nos mojamos. Jugamos a muchos juegos.

—Nos echamos la siesta —dijo Elena.

Las dos mujeres se miraron y sonrieron, y Mircea parecía estar confundido.

—¿Os echáis la siesta todos los días? —preguntó Keru.

—Casi —respondió Elena.

—¿Por la mañana y por la tarde? —preguntó de nuevo Keru.

—Son cortas —explicó Elena—. Una hora como mucho.

—Conveniente.

—Productivo.

Las mujeres volvieron a sonreír y Mircea miró de reojo a Nate y le preguntó entre susurros qué estaba pasando.

—Esto ya está listo —dijo Nate, y dispuso una bandeja con salchichas y hamburguesas en la mesa de centro—. Coged un plato.

Elena llamó a Lucian, que vino corriendo desde los arbustos junto con Mantou. Keru puso una hamburguesa con lechuga y tomate en su plato, pero sin pan. Elena preguntó si Keru era intolerante al gluten, y Keru le respondió que no, y Elena entonces dijo:

—¿Por qué sin pan entonces? El pan es una delicia. Se pierde el equilibrio de sabores.

—Elena... —sentenció Mircea, y su mujer volvió a la salchicha que estaba cortando en pedazos pequeños para su hijo.

Nate recibió elogios por lograr el punto justo en la carne. No tan quemada como para sentir que estaban comiendo algo cancerígeno, pero lo suficiente como para notar que estaba hecha a la brasa. Luka se sentó y se comió todo lo que le dieron. Cuando Elena le alcanzó una servilleta, primero se limpió la boca y luego sus manos. El niño dijo algo a sus padres en neerlandés, algo en rumano y

luego, en inglés, indicó a Mantou, gritando, que lo siguiera y se fueron a otra pérgola desocupada, dentro del rango de visión de sus padres.

—Se porta muy bien —dijo Nate.

—Ha sido siempre mi prioridad —dijo Elena—. No quiero un malcriado.

—Algunas veces se porta mal —dijo Mircea, y le guiñó el ojo al grupo—. Aunque solo nosotros lo notemos.

—¿Cuándo se porta mal, Mircea? —preguntó Elena.

—Nunca, Elena, nunca —respondió él.

Elena hizo callar a su marido, pero en broma, y luego posó su cabeza sobre la misma mano con la que había hecho el gesto de que se callara y dejó que el pelo sedoso le recorriera el rostro. Las mujeres se miraron y comenzaron a conversar entre ellas. Así que Mircea se preparó otra hamburguesa e intentó charlar con Nate sobre deporte.

—Si lo echan por la tele, lo veo —dijo Nate.

Pero después de que Mircea mencionara el ciclismo, la Fórmula Uno, y el pickleball (sus recientes obsesiones), pasó a deportes más básicos como el tenis, el baloncesto, el béisbol, el fútbol, y pareció desilusionado por el hecho de que Nate no tuviera un deporte predilecto o no siguiera religiosamente al equipo de su ciudad natal. No jugaba a la liga de fantasía de fútbol. No seguía el campeonato de baloncesto. Cuando Mircea se enteró de que tampoco jugaba al golf, lo sintió como un golpe.

—¿Y qué haces entonces, tío? —preguntó Mircea.

Nate sacudió la cabeza y miró su plato. ¿Qué hacía? Daba cuatro asignaturas al año y dirigía un pequeño laboratorio con escasos recursos. Su laboratorio tenía severas filtraciones de humedad en el techo desde hacía cuatro meses, aún sin solución. Cuatro asignaturas significaban cuatrocientos estudiantes, la mayoría de ellos en el curso preparatorio para Medicina, con la mentalidad de quien se prepara para entrar en Medicina. Estaba acostumbrado al estudiante de Medicina promedio, pero ahora había un nuevo tipo de estudiante, muchachos mimados que criticaban todo, pero que además no querían aprender nada y a la vez nunca querían equivocarse, y no dedicaban ningún esfuerzo a sus clases, suspendían y luego pedían a la oficina académica que revisaran sus notas, algo que Nate alguna vez se veía obligado a hacer, dado que si no, ese estudiante no podría salvar vidas en el futuro. El hecho de tener que llevarlos de la mano, acariciarles la cabeza, toda esa mierda, intensificada y concentrada, era lo que convencía a estos veinteañeros de que podían salirse con la suya, porque la universidad prefería tener alumnos contentos que profesores contentos. Alumnos contentos significaba padres que pagaban las cuotas y donaban grandes sumas de dinero. Que los profesores estuvieran felices no era un requisito indispensable. Así que, sin proponérselo, Nate se había convertido en un profesor mayor y cascarrabias que vivía en un barrio bonito, lleno de opciones para el brunch, pero que igualmente se quejaba constantemente del trajín. Eso era lo que hacía Nate: lidiar con el trajín. Tanto en el trabajo como en casa. Dado que Keru estaba en Chicago, él era el único que se ocupaba de la perra, y era el único contacto de emergencia. Se ocupaba de todos los paseos, las comidas, las visitas al veterinario y a la peluquería canina. Había seguido con su dieta a base de ensalada y había adelgazado un poco, pero el pánico a que sucediera una tragedia todavía lo asediaba. La tragedia tenía muchas formas, aunque la más habitual era él atado a la cabeza de un tren cayendo al vacío desde un puente hacia un lago congelado. Tomaba suplementos para dormir, melatonina, magnesio, una taza de manzanilla antes de ir a la cama. Llamaba a su madre una vez a la semana y a su mujer a diario, y cuando su mujer no contestaba el

teléfono, esperaba una hora y lo volvía a intentar. Durante ese rato lavaba la ropa y la doblaba, aspiraba el suelo, volvía a pasear a la perra, y contestaba docenas de correos. Quejas de alumnos; preguntas del equipo del laboratorio, de la administración; y su trabajo en los comités, que había crecido exponencialmente. Estaba en al menos cinco o seis comités distintos, incluido un comité que auditaba los progresos del resto de los comités. Era lo que se esperaba de un miembro destacado de la plantilla docente. Trabajar a destajo al servicio de la institución. Ahora Nate entendía a lo que se referían los profesores eméritos cuando les advertían a los más jóvenes: “Si se lo permites, este lugar te va a dejar seco”.

Horas más tarde, cuando su mujer por fin respondía desde su amplio despacho, con sus tres monitores encendidos, él intentaría sonar alegre y no completamente abrumado. Casi todo el tiempo hablaría sobre él y le ofrecería a su mujer un muy cuidadoso resumen de su día. Como quien dice: “Aquí tienes, mujer atareada, toma esta ofrenda”, eso era lo que quería lograr. Una vez, dado que en ambas ciudades había luna llena, él le había dicho:

—La luna es un plátano. Mirar la luna llena es mirar un corte transversal de ese plátano.

Keru escuchaba, pero seguía inmersa en su trabajo. Ella, por su parte, creía que, si se ponían a imaginar, la luna más bien parecía un queso:

—¿Un plátano? Eso no tiene sentido —respondería, cansada y sin una pizca de humor.

—Sí, no hago mucho —le respondió Nate a Mircea, porque de algún modo era la verdad.

En comparación con su mujer, él trabajaba menos horas, y en comparación con sus compañeros de trabajo con hijos, tenía menos responsabilidades. Así que, técnicamente, en su vida había tiempo suficiente para jugar al golf.

—Solo estoy bromeando, lo sabes, ¿no? —le dijo Mircea, y le mostró su puño para que lo golpeará, cosa que Nate hizo.

Fue durante esos pocos segundos que ambas mujeres subieron el tono de voz y Nate escuchó que su mujer le preguntaba a Elena algo extraño. La pregunta era:

—¿Qué es DISH?1

—¿No sabes lo que es DISH? —preguntó Elena, sorprendida o fingiendo estar sorprendida, en un tono de voz aún más alto.

Ahora que las mujeres habían captado la atención de los hombres, Elena le dijo a su marido:

—Estaba diciéndole a Keru que ellos son el ejemplo típico de una familia DISH. D-I-S-H.

—Claro, sí, DISH —dijo su marido—. Dos ingresos, sin hijos.

—¿No usáis esa expresión por aquí? —preguntó Elena.

—La verdad es que no —dijo Nate.

Elena sacó su teléfono, buscó y leyó lo que se decía en internet sobre el término: “El acrónimo DISH se originó en los Estados Unidos durante la década de 1960. Cómo usarlo en una oración: La mayor cantidad de DISH residen en grandes metrópolis. Las familias DISH prefieren tener mascotas antes que niños. Las marcas de lujo prefieren a los DISH, porque tienen más presupuesto”.

—Entonces ¿no la usáis así? —preguntó de nuevo—. Aunque se creó aquí, ¿no la usáis en el habla cotidiana?

Nate dijo que jamás había usado esa palabra.

—Se parece mucho a “pis”.

—O a “achís” —agregó Keru.

—DISH no significa ninguna de esas cosas —dijo Elena, casi con un chillido—. DISH significa lo que significa: dos ingresos, sin hijos. Cada letra representa una palabra. Es un acrónimo estadounidense.

—Ahora ya lo sé, gracias —dijo Keru.

—Parece que DISH no se usa aquí —le dijo Elena a su marido—. Lo que significa que tenemos que dejar de usarla. Le dijimos a un montón de parejas que eran DISH, y ahora me resulta inapropiado.

Mircea se encogió de hombros:

—Entonces la dejaremos de usar —dijo, y se limpió uno a uno los dedos con una servilleta.

—¿No te molesta?

—¿Por qué tendría que molestarme?

—¿Qué otras cosas habremos dicho sin que nadie las entienda?

Mircea volvió a encogerse de hombros:

—La gente nos entiende.

—Conocemos a muchas parejas como vosotros —dijo Elena, dirigiéndose a Nate y Keru.

—¿Qué? ¿DISH? —preguntó Keru en un tono sumamente amable e irónico.

—No, alguien asiático con alguien blanco, y el noventa por ciento de las veces la madre es la asiática, y el padre el blanco —dijo Elena, sin una pizca de ironía—. No sabíamos que había tantos como vosotros hasta que llegamos aquí. Ahora os vemos por todas partes. Estáis incluso en los anuncios de detergente para platos.

—Lo que significa que debéis de ser muy populares —dijo Mircea.

—No estoy segura de que vender detergente signifique ser popular —dijo Keru.

—Soy amiga de muchas mujeres asiáticas —dijo Elena—. Y siempre están estresadas por algo. Preocupadas porque sus hijos no avanzan al paso que les gustaría. Preocupadas por las otras familias asiáticas o que ser asiático o mitad asiático pueda perjudicar el futuro de sus hijos. —Elena se llevó una mano al pecho—. Me siento tan mal por esas mujeres y me alegra que Luka no tenga ese tipo de inconvenientes. Esa es la ventaja de casarse dentro de un mismo grupo. Los niños están homogeneizados.

—Estoy segura de que no quieres decir lo que pienso que quieres decir —dijo Keru.

—Por supuesto que quiero decir lo que he dicho —insistió Elena—. He hablado con muchas mujeres como tú. Todas dicen lo mismo, y probablemente sea por eso que Nate y tú queréis seguir siendo DISH.

—Te lo aseguro, no puedes haber querido decir lo que acabas de decir —dijo Keru.

—Oh —dijo Elena, aturdida, y buscó la ayuda de su marido o de Nate con la mirada—. ¿No me estoy explicando bien? ¿He dicho algo malo?

Con voz enérgica y despreocupada, Mircea dijo que su mujer podía ser demasiado directa a veces, pero lo único que quería decir era que criar a un hijo en Estados Unidos, de cualquier tipo, era insostenible. Hacía solo un año que vivían en el país y ya se habían dado cuenta.

—La población es demasiado heterogénea —dijo sosteniendo una hamburguesa a medio comer que chorreaba mostaza—. Es imposible

hacer felices a todos, y exponer a los niños a los problemas de los adultos no es saludable. Etnia, privilegios, religión, todo eso puede esperar. Hay que dejar que los niños sean niños.

Así y todo, agregó que el problema más grande de los colegios de Estados Unidos seguía siendo la seguridad.

—Sí —dijo Elena, como si la seguridad hubiese sido el tema del que quería hablar en realidad—. Tenéis un problema muy serio. Luka tuvo su primer simulacro de tiroteo el mes pasado y nosotros, como padres, se supone que tenemos que explicarle por qué lo hacen. Armas para los profesores. Para los alumnos. Una locura.

—Cuando decimos “vosotros” no nos referimos específicamente a vosotros dos —le dijo Mircea a Nate—. Hablamos en general.

—Cuando tengáis hijos, lo entenderéis —dijo Elena, que ahora sí hablaba específicamente de ellos dos—. Os recomendamos que los criéis en otro lugar.

—Venid a Europa —dijo Mircea, entusiasmado.

—Sí, venid a Europa —dijo Elena, con un entusiasmo parecido—. Es el punto ideal entre Oriente y Occidente. Geográficamente en el medio. La gente es más feliz. No hay problemas raciales.

—Eso no va a pasar —dijo Nate.

—¿Por qué no? —preguntó Elena, con un gesto suave—. Jubilaos antes. Construid un nuevo hogar.

—Ya tenemos un hogar —dijo Keru, y eso hizo sentir a Nate un poco mejor.

Elena se quitó el pelo del rostro y suspiró.

—Me doy cuenta de que os he ofendido. —dijo ella—. No ha sido mi intención.

—No estoy ofendida, Elena.

—Claramente lo estás.

—Estoy incómoda, y un poco sorprendida, pero por favor no supongas que estoy ofendida.

Las mujeres se dieron la espalda y Keru le preguntó a Nate qué hora era. Sin mirar un reloj, Nate le dijo que era tarde, y sugirió que empezaran a recoger todo. Mircea coincidió, pero nadie se movió de su lugar para levantar los platos o guardar la comida, se quedaron tiesos. En vez de eso, Elena llamó a su hijo y este vino corriendo hacia ella acompañado de Mantou, que trotaba detrás. Los pantalones de Luka estaban muy sucios de la rodilla hacia abajo. Lo que alguna vez había sido pana verde brillante ahora estaba manchado de negro. En inglés, Elena le preguntó a Luka qué había pasado.

—¿Te has caído?

Luka dijo que no.

—Di la verdad.

Él dijo que habían estado cavando.

—Pero ¿por qué? —dijo Elena, mientras sacudía la tierra de los pantalones del chico con golpes firmes y ruidosos—. No eres un perro, Luka. No tienes que cavar. Los perros hacen agujeros porque son sucios, pero tú eres un niño muy pulcro. Tú eres limpio.

Cuando Elena dijo “limpio”, enfatizó la palabra —su hijo limpio, trilingüe, homogéneo— y cuando el chico empezó a llorar, ella lo levantó y anunció que era momento de irse.

—Yo me quedo y así ayudo a limpiar —dijo Mircea.

—Ven en cuanto termines —dijo Elena.

—Da —dijo Mircea—. Da, da, da.

Luka quiso soltarse de los brazos de su madre y cuando se dio cuenta de que ella no lo iba a soltar, pasó del llanto al griterío. Mientras Elena se iba, le gritó a Nate que atara a la perra. No quería que Mantou los siguiera al bungaló o distrajera a Luka mientras iban hacia allá. En vez de atarla, Nate se aferró al arnés de la perra. Una vez que Elena y Luka estuvieron fuera de vista, la soltó.

Keru, Nate y Mircea recogieron todo en relativo silencio. Dividieron las sobras y doblaron las toallas. Mircea se quedó más tiempo del necesario, y cuando la pérgola estuvo inmaculada y ya no había nada más que limpiar, Keru se disculpó con Mircea por lo que fuera que hubiera pasado y le pidió que extendiera las disculpas a Elena. Ese gesto no era típico de Keru, aquello de pedir disculpas, el sometimiento a otros, y presenciarlo le hizo sentir a Nate muchas cosas, pero, sobre todo, tristeza.

—No te disculpes —dijo Mircea, de pie con las piernas abiertas y las manos en la cintura—. De hecho, mejor no lo hagas. Disculparse es admitir que uno ha cometido un error, y tú no has hecho nada malo.

Keru preguntó si los verían mañana. A lo mejor podrían finalmente ir todos juntos al lago.

Mircea dijo que mañana se marchaban.

—Desayunemos, entonces —sugirió Keru.

Mircea dijo que se iban muy pronto para llegar al código postal 11217 y a la “súper fiesta de cumpleaños” de un compañero de Luka.

—Tantos cumpleaños, y todo el esfuerzo de los padres. Es... —Mircea puso los ojos en blanco.

—He escuchado que está de moda pintarse la cara —dijo Keru.

Mircea dijo que la pintura de la cara al menos se puede lavar, pero lo que odiaba eran los globos.

—¿Qué se supone que debe uno hacer con ellos después? Si revienta uno, Luka se pone a llorar.

Cuando Keru le ofreció levantarse al alba para que pudieran desayunar juntos, Nate intervino y le deseó a Mircea un feliz retorno.

—Vosotros también —dijo él mientras se iba, no sin antes ofrecerle su puño por última vez—. Ha sido un placer conoceros, a ambos. Mucha suerte.

Si la situación hubiera sido distinta, a lo mejor habrían intercambiado números de teléfono para quedar en la ciudad. Incluso quizá se habrían escrito para concretar el encuentro alguna vez, aunque probablemente no más de una vez.

El domingo, los vecinos se fueron sin dar el menor aviso, y el lunes, al principio de su segunda semana en el bungaló, Keru y Nate condujeron hasta el pueblo más cercano para comer. Esta vez llevaron a Mantou con ellos y llamaron con anticipación al restaurante para avisar y averiguar si tenían terraza. El lugar era especialmente hospitalario con los perros y les dijeron que les darían una mesa en el patio y llevarían una estufa portátil para combatir el frío.

Frente al restaurante había un triste local de comida china, un clásico de cualquier aldea que se precie. El local era apenas una ventana a la calle y llevaba el nombre Dragón Dorado, o Jardín de

Jade, o Dragón de Jade o Jardín Dorado, escrito en letras rojas sobre un fondo blanco sucio, como todas las casas de comida china. Keru trataba de no mirar lugares como este o a la gente que trabajaba allí. Pero desde el patio con calefacción tenía una vista privilegiada y sin obstáculos de la fachada, así que era difícil no imaginar que, si hubiera tenido peor suerte en la vida, podría estar ahí dentro sofriendo lo mein en vez de estar de vacaciones con Nate. Tanto la cara de Nate como la de ella estaban rojas por el calor de la estufa portátil. Mantou se había tumbado junto a la mesa, y mientras esperaban que los atendieran, Nate le daba trozos de la cesta de pan.

—Es un poco de pan blanco —dijo Nate, anticipándose a la molestia de Keru.

—Pero nunca se sabe qué más tiene —respondió ella—. Puede tener trazas de nueces, de cebolla o de ajo que pueden ser tóxicas.

—No te desahogues con el pan —dijo él.

Para ser un lunes, el lugar estaba sorprendentemente concurrido. Adentro, había muchas familias blancas vestidas con ropa suelta sentadas en pintorescas sillas de madera. Por el contrario, el local de comida china parecía estar desierto. Nadie entraba ni salía, lo que hizo sentir culpable a Keru por no estar ahí, pidiendo bandejas grasientas de lo que este país había decretado como la comida de su pueblo.

Keru le preguntó a Nate si creía que se pasarían la vida limpiando pis como unos DISH:

—Otra vez con el tema no —dijo él e inmediatamente después añadió—: No, para nada.

—¿Entonces por qué crees que dijo eso sobre nosotros?

—Porque la gente así necesita denigrar a otras personas.

Ella se irguió.

—Ellos no eran así y no es eso lo que pasó.

—Es exactamente lo que pasó —intervino él—. Nos estaban juzgando.

—Lo que sucedió fue que me pasé de la raya.

—Ella se pasó de la raya y tú no deberías haberte disculpado.

—Quería disculparme.

—Entonces los invitas a tener esa actitud, le permites a alguien así creer que tiene razón.

—Creo que fue la palabra “homogéneo” —dijo Keru, mientras rompía una servilleta de papel y formaba bolitas con ella—. Cuando la escuché, reaccioné. Pero no creo que ella se refiriera a homogéneo como puro, ario. Creo que decía homogéneo en el sentido de menos conflictivo, lo que, seamos sinceros, solo puede ser positivo. Me gustaría ser una persona más homogénea.

Una camarera vino a traerles sus sándwiches, y Nate permaneció en silencio hasta que la mujer se alejó.

—No la sobreestimaría. No tendría que haber dicho una cosa así. No tendría que haber dicho muchas cosas. No me gustaron ni ella ni él. Y, a decir verdad, siento que el tiempo que pasamos con ellos fue un desperdicio.

Keru creyó que la respuesta de su marido era exagerada.

—No es exagerada —dijo él—. Es la que corresponde.

Los sándwiches estaban apilados con esmero, pero ella había perdido el apetito. Qué sinsentido las vacaciones. Estar en un lugar nuevo con calles, casas y personas nuevas. Tener que adoptar

nuevos hábitos temporales, desde presentarte a unos desconocidos hasta tener que encontrar un lugar decente donde ir a comer. Arrancados de la rutina, hasta las peleas parecían diferentes. Lo que hizo que Keru se preguntara para qué se iba de vacaciones si no lo disfrutaba.

—Podrías haber sido un poco menos cínico —le dijo ella—. Los adultos tienen que hacer un esfuerzo para hacer nuevos amigos.

—Suenas como mi madre —le dijo él.

Keru dejó de mirarlo y él se disculpó inmediatamente. Luego, con un tono más amable, le dijo:

—Ey, acabemos con esto. Te lo ruego. Tenemos un montón de amigos.

—¿Pero no te has dado cuenta de que ya no nos invitan a ningún sitio?

—No nos invitan a sus planes con hijos porque no tenemos hijos —dijo él.

—Quizá me gustaría que me invitaran.

—Bueno, lo siento.

—No nos invitan porque piensan: “Ay no, ahí vienen los DISH otra vez. No se puede hablar de nada con unos DISH”.

Nate dijo que deseaba no haber escuchado esa palabra jamás, y ella dijo que iba a costarle muchísimo olvidarla.

—Lo cierto es que las parejas con hijos nos envidian —dijo Nate.

—Estás completamente equivocado —dijo Keru.

Pero su marido insistió con esa falacia y con su teoría. Keru nunca lo había escuchado insistir de aquella forma. A la desazón le gustan las multitudes, y las personas con hijos quieren que los que no los tienen los acompañen en el sufrimiento. La gente tiene hijos porque piensa, en muchos casos, que es algo que tiene que hacer. Tener hijos es la norma, la culminación de la experiencia humana, y nadie quiere quedarse fuera. Pero una vez que tienes hijos no puedes devolverlos, así que aunque te arrepientas, algo que casualmente nunca le pasa a nadie, te corresponde difundir la palabra, lavarle el cerebro a las personas a tu alrededor, y convencer a toda esa pobre gente triste sin hijos que te rodea de que te acompañen. Es una aventura que no te puedes perder. El mejor trabajo del mundo. Pero lo que quieren decir en realidad es: “Ven al lado oscuro, experimenta con nosotros este torrente incesante de emociones de mierda, sométete al estándar, o si no diremos que estás roto, incompleto, y serás empujado al ostracismo, cuando la realidad es que no vale la pena transitar todas las experiencias. Cortarte la oreja puede ser una experiencia. Tomar cocaína, también”.

—Y no hablemos de la superpoblación mundial —agregó.

Los recursos son cada día más escasos. La incertidumbre acerca del futuro.

—Tan solo quiero morir y olvidarme del resto —dijo—. No quiero preocuparme por mi descendencia.

—Bueno —dijo Keru, lentamente—. Antes que nada, tendríamos que poder distinguir correctamente la diferencia entre criar hijos y esnifar cocaína.

—Es solo un ejemplo —dijo él.

—Un ejemplo muy extremo.

—Es un ejemplo apropiado.

Y después dijo que nada le importaba menos que lo que pensara la gente, y ella le respondió, con el mismo énfasis:

—A lo mejor a mí sí me importa.

—Entonces tengamos un hijo mañana.

—Eso no es lo que he dicho.

Aunque él ya había terminado su sándwich, ella apenas había picoteado el suyo. Echaba de menos ir a trabajar, donde también había gente con teorías alocadas, pero al menos eran teorías sobre su trabajo. En el trabajo ella sabía qué hacer y cómo solucionar los problemas. Ella, de hecho, se sentía más relajada lidiando con fechas de entregas inminentes que explicándole a la persona que quería la diferencia entre criar hijos y esnifar cocaína. La camarera vino a rellenar sus vasos con agua y a llevarse el sándwich que Keru ni siquiera había tocado para envolverlo en una caja biodegradable. Este restaurante hospitalario con los perros era conocido por eso. Productos locales. Utensilios biodegradables y platos deformes, hechos con restos pulverizados de cristal reciclado.

—¿Todo esto es porque estás a punto de cumplir los cuarenta? —preguntó Nate, una vez que la camarera se alejó—. ¿Quieres que invite a todos? ¿Que te sorprenda? No hay problema. Pero si organizo una fiesta sin tu intervención, vas a encontrar algo que no te guste y luego me va a tocar escucharte.

Keru miraba fijamente el lugar vacío donde antes había estado su plato de cristal pulverizado. Sus ojos parecían más grandes y, gracias al reflejo de la estufa portátil, la parte blanca lucía anaranjada.

—No me interesan mis cuarenta años. De ninguna manera quiero una fiesta.

—Sí que quieres. Admítelo y ya.

Keru se agachó y tapó la circunferencia entera de su cara con sus manos. Mientras estaba en esa posición, entre sus dedos, con voz asordinada, dijo:

—De verdad me importan una mierda mis cuarenta, Nate. Solo quisiera que fueras un poquito, tan solo un poquito, más colaborador.

Él se limpió la boca con la servilleta. Luego desplegó la servilleta sobre su regazo.

—Tuve que golpear el puño de ese tío cuatro veces —contó con los dedos—. Una, dos, tres, cuatro veces. No sé cuánta más colaboración esperas de mí.

Después de comer, se quedaron en la puerta del local pensando si dar una paseo por el pueblo o volver al coche. Keru quería volver, Nate quería caminar. Él le tendió la mano y durante unos pocos pasos ella lo ignoró, así que él dejó el brazo tendido hacia ella, la mano abierta, expectante, hasta que finalmente ella la estrechó, y una vez más caminaron a la par, con la perra delante de ellos.

El resto de la aldea era básicamente esa misma calle solo que, más allá del restaurante, ofrecía una serie de fachadas de tiendas especialmente diseñadas para atraer a una clientela en particular. Entraron a una boutique, con aroma a bergamota, que vendía toallas hechas en Francia que costaban cien dólares, luego a otra que solo vendía cepillos importados de Alemania. Keru cogió un cepillo con cerdas de goma con forma de puercoespín y le preguntó al dueño de la tienda para qué servía.

—Puede usarse para cualquier cosa —dijo el dueño.

Pero cuando se dio cuenta de que tenían un perro, aclaró:

—Funciona especialmente bien para quitar pelos de mascotas de los abrigos de lana fina.

Vendían abrigos de lana fina en la boutique de al lado, que a su vez estaba al lado de una pequeña galería de arte que solo abría dos veces a la semana con cita previa.

En el camino de vuelta, Keru se detuvo frente al local de comida china. Abría doce horas al día, los siete días de la semana, incluidos los festivos. Durante un breve instante, tuvo el impulso de entrar y decírselo en la cara: “Nosotros, los chinos de la diáspora, tendríamos que trabajar menos y abrir más galerías de arte”.

El martes llegaron unos tipos con cinturones llenos de herramientas a arreglar los canalones. Prepararon la escalera y dijeron que en una hora el trabajo estaría terminado. Mientras los reinstalaban, Nate los miraba desde fuera y Keru desde dentro. Nate encontró una silla reclinable que le gustó y Mantou se sentó junto a él, a sus pies. Keru había vuelto a colocar los seis cojines en el sofá y se había tumbado entre ellos, algo incómoda. Había sacado su ordenador para responder algunos correos de trabajo, pero también para pagar las facturas de las tarjetas de crédito, el alquiler y para hacer la transferencia a la madre de Nate. Como su suegra no trabajaba, debían enviarle puntualmente una mensualidad que costeara aquello que su jubilación y la seguridad social no cubrían. Al principio, la madre de Nate se sintió horrorizada por el gesto. No podía aceptar dinero de ellos, y especialmente no de su hijo. Pero tras un par de meses, el horror se disipó.

Mientras taladraban y martillaban el techo, Keru ingresó las cantidades de las transferencias y sus códigos de autenticación. Esperó que las páginas de confirmación cargaran.

Durante el año anterior, Keru se había montado en veintitrés vuelos. JFK, O'Hare, Minneapolis-St. Paul, y luego O'Hare, luego JFK, luego O'Hare, luego Minneapolis-St. Paul, a veces directamente a JFK, o LaGuardia o Newark, a veces regreso vía O'Hare, luego JFK, luego O'Hare. Autopistas hacia aeropuertos. Aeropuertos hacia otros

aeropuertos. De JFK a su apartamento. De O'Hare a un hotel. De Minneapolis-St. Paul a un coche alquilado hasta la casa de sus padres. Keru no veía mucho más allá de esos tres puntos. Siempre había volado en clase turista, pero para reducir su fobia a volar, a los aeropuertos y la espera, ahora volaba en clase ejecutiva o primera clase. Gracias a esto acumulaba puntos o millas o lo que fuera, y cada año, para su cumpleaños, la aerolínea a la que era más leal, con la que tenía más puntos, le enviaba un regalo pequeño, nimio.

Durante el año anterior, la salud de su madre había preocupado a Keru. ¿Qué pasaría con sus padres en diez, veinte años? ¿Qué pasaría cuando ambos empezaran su indefectible declive? Sus padres no confiaban en ninguna persona que pudiera asistirlos y mucho menos irían a una residencia, y cuando cualquiera de los dos tenía una cita médica, Keru los acompañaba a través de FaceTime, sin importar que tuviera otras cosas que hacer. Keru había hablado con muchísimos médicos en nombre de sus padres, traducía en ambas direcciones palabras como "reflujo" y oraciones completas: "Doctor, me duele al tragar y cada vez que como una patata frita picante siento que estoy tragando una chincheta". La falsa alarma con el cáncer había llevado a su madre a preocuparse mucho por la dieta de ambos. Había leído en algún blog que una dieta asiática en base a verduras fermentadas suponía un gran riesgo y, como además la dieta asiática no incluye lácteos, los huesos de las personas asiáticas eran más vulnerables. Su padre le preguntó al médico cómo podrían vivir hasta los cien años, libres de cáncer y con unos huesos indestructibles, ¿tenían que dejar de comer esas verduras y dedicarse exclusivamente al queso? El médico pronunció la frase "balance energético", algo que Keru, desde FaceTime, tuvo que ir a googlearlo, para luego traducirlo. También le dijo a Keru que les dijera a sus padres que una ingesta moderada de verduras en conserva era recomendable. A él, de hecho, le gustaban los pepinillos.

Si sus dos padres llegaban a los cien años, en ese momento ella tendría alrededor de setenta. Tendría sus propias consultas y

médicos. A lo mejor incluso estaría senil.

—Tarde o temprano tendrán que contratar a alguien —había dicho Nate.

—Esa persona tendría que hablar mandarín.

—Hay muchos.

—Tendría que lidiar con los hábitos de mis padres.

—De eso se trata el trabajo.

Aunque a lo mejor para sus setenta, Keru podría clonarse a sí misma o tener un avatar hecho con inteligencia artificial.

—Tarde o temprano contratarán a alguien —dijo Nate, completamente convencido, porque sus abuelos habían contratado ayuda, y su madre contrataría ayuda, porque eso es lo que hacen típicamente las familias en Estados Unidos.

Pero ¿era la familia de Keru una familia típica? Con la edad, sus padres se habían vuelto cada vez más atípicos. Por un lado, se habían convertido en ermitaños y hacían solo dos viajes en coche al año. El primero a Lake Superior, donde iban a admirar la costa desde un lugar alejado. El segundo a algún parque nacional, donde iban a sacar fotos detalladas del follaje. Se pasaban el resto de los meses dentro de su casa suburbana, viendo telenovelas chinas, cocinando comida china, llamando a sus familiares en China. Les contaban a sus familiares todo el espacio que tenían en St. Cloud y lo razonable que era el precio de los aguacates. Los padres de Keru no planeaban ir a visitar a estos familiares. De hecho, no creían que fueran a volver alguna vez a China. Los pocos amigos chinos que tenían en la zona terminaron mudándose al sur de la Florida, un lugar al que tampoco tenían interés en ir porque decían que estaba lleno de locos y había muchos mosquitos. Así acababa su experiencia migratoria. Afincados, prácticamente asimilados en su nueva cultura y aislados

en su casa suburbana. Cada vez que Keru iba a St. Cloud, hacía la extravagante sugerencia de que salieran a alguna parte. Incluso si era para pedir comida en una ventanilla desde el coche. El padre de Keru sacudía la cabeza, decía que había lunáticos por todas partes. Con lunáticos, su padre siempre se había referido a un pequeño grupo de estadounidenses, pero ahora en esa categoría entraban casi todos: los rebeldes, los anarquistas, los estafadores, los jóvenes y desinhibidos, los vaqueros, los boomers, los hippies, los hipsters, los yuppies, los extremadamente cristianos ("Evangelistas", dijo Keru), los de izquierdas, los de derechas, los de centro ("No soy una brújula, no me rijo por puntos cardinales", le decía él a la gente). Aunque ¿acaso no eran él y su madre estadounidenses? Si se habían naturalizado, ¿significaba que ellos también eran lunáticos?

Estas llamadas a sus parientes en China a menudo involucraban a Keru porque los familiares pedían hablar con ella, a quien no veían en persona desde que la boda. Le preguntaban cómo estaba, cuántos años tenía ya y, como seguían viéndola como una recién casada, se lanzaban a hacer comentarios fatalistas:

—Así que va en serio eso de no tener hijos. Con el esfuerzo que han puesto tus padres para criarte en Estados Unidos... ¿No vas a tener a quién dejarle tu legado? ¿No habrá niños nacidos en Estados Unidos? ¿Qué opina de eso tu marido estadounidense? ¿Qué piensan sus padres sobre ti?

Aunque Keru estaba convencida de no tener hijos, estas conversaciones seguían despertándole toda clase de sentimientos.

Era su responsabilidad continuar con el linaje, ¿de quién, si no?

¿Había sido idea de sus padres que ella fuera hija única?

No, había sido idea del camarada Mao, y cuando finalmente escaparon, esos primeros años de inseguridad erradicaron las pocas oportunidades de que su madre pudiera hacerse cargo de otro hijo sin perder los estribos.

Le daba pavor lo que sus suegros pensaban de ella: si su hijo se había casado con una persona que era tan diferente a ellos, lo menos que podía hacer esta persona era reproducirse.

Le daba pavor lo que, muy en el fondo, pensaba de ella su marido, aunque jamás lo diría. Tradicionalmente los niños mantienen a las parejas unidas. Son el pegamento que las une.

Ella no le debía nada a nadie.

Aunque a sus padres sí les debía, por haberla alimentado, abrigado y no haberla abandonado.

—Vuelve a China —le dijo un pariente—, aquí nuestro glorioso gobierno ahora alienta a las mujeres a tener tres hijos.

Cuando no ayudaba a su madre o respondía consultas sobre su fertilidad, Keru transitaba videoconferencias de trabajo y también miraba a su padre con un sombrero de paja elegir distintas herramientas de jardinería. Hacia el final de la tarde, él traía una cesta de plástico con verduras para lavar, cortar y saltear para la cena. El padre de Keru cultivaba lo suficiente como para que, en los meses de verano, no necesitaran comprar hortalizas en el supermercado. Su huerta y el hecho de que pudiera dar de comer a toda su familia era algo de lo que se sentía orgulloso. ¿Para qué pagar por verdura orgánica cuando tengo verdura orgánica en mi jardín? El hecho de que su padre hubiera emigrado para evitar pasarse la vida cultivando, y ahora cultivara por diversión, era justamente parte de la lógica de emigrar: elegir cuándo y si acaso quería cultivar. La granja de la infancia de su padre no era bucólica. No era como la granja de alpacas a los pies de las Catskills, con sus donuts de sidra de manzana caliente y recuerdos fabricados a mano. La granja de la familia de su padre no tenía agua potable, electricidad ni maquinaria de ningún tipo. Tenían que traer agua de un río en cubos de madera. Sembraban las semillas y las cosechaban a mano. Si la cosecha de ese año había sido escasa, toda la familia

escatimaba y moría al menos un niño por pueblo. A principios de los años 2000, el gobierno chino había expropiado sus tierras para construir autopistas y le dieron a cada habitante un apartamento subsidiado por el Estado, como en el que vivieron los abuelos paternos de Keru el resto de sus vidas. Adiós, granja inmunda, pensó su padre, hasta que, después de su jubilación, empezó a echar de menos su juventud, a sus padres, a sus hermanos y hermanas, y probablemente también a su madre patria. Ahora su patio trasero estaba dividido en rectángulos. En mandarín, la palabra para granja es esta: 田.

Lo que más enorgullecía a Keru era su trabajo, su carrera, pero si hablaba mucho sobre el tema, corría el riesgo de caer en un cliché. Su equipo y los equipos aledaños la respetaban. La empresa era extremadamente profesional. Las oficinas en Chicago estaban frente al río Chicago. Las oficinas en Manhattan frente al Hudson. Y con eso ya sentía que había hablado demasiado al respecto. En cada una de las sedes había muebles ergonómicos y luces empotradas. En ambas ciudades hacía falta una tarjeta magnética para entrar a las oficinas y para activar la pantalla táctil del ascensor también hacía falta dicha tarjeta, y también hacía falta para atravesar el pasillo de un blanco impecable de camino al baño así que, durante las horas de trabajo, no había forma de eludir esa insignia de plástico con chip magnético que asociaba su faceta profesional a aquella empresa con fines de lucro.

Keru se había propuesto ganar dinero y eso era lo que había hecho, pero, cada vez más, sentía que Nate estaba resentido por el dinero que ella ganaba, aunque ese dinero ayudara a ambos y a la madre de él. El dinero era un escudo, la forma en que ella medía su valor, y, dado que no tenía interés en dejar de ganarlo, Keru tuvo que sopesar cuánto resentimiento estaba dispuesta a soportar.

Una vez habían salido con unos amigos, también docentes, y estaban, según ella, pasándoselo bien, hasta que uno de los amigos dijo que agradecía a Dios que su mujer fuera cardióloga en un

hospital privado, porque si dependieran únicamente del salario de él habrían tenido que mudarse a Wyoming. Su mujer, la cardióloga, no estaba presente. Estaba en el hospital privado, trabajando. Empezaron a discutir ligeramente sobre cómo era vivir en pareja, con una pareja mujer, una que ganaba más que ellos.

—No somos tan insoportables como piensan —dijo la única otra mujer presente, abogada.

A lo que Nate agregó que el hecho de que Keru fuera el sostén principal resultó transformador para la pareja y le permitió descubrir las delicias ocultas del rol de amo de casa. Todos se rieron con el comentario sobre el amo de casa, incluida Keru, aunque se quedó pensando en la falsa modestia del comentario. El tono parecía sugerir: “¿Quién quiere quedarse y ser amo de casa? ¿A quién puede interesarle quedarse a cuidar la retaguardia mientras la mujer sale y se gana el pan?”.

Era una discusión, un debate, una pelea recurrente:

—A ti lo que te importa es el dinero, mucho más que a mí —le decía él a ella.

—Alguien tiene que preocuparse por el dinero —le decía ella a él.

—Pero es que a veces siento que a ti te preocupa que yo no me preocupe demasiado sobre el asunto.

Así es, pensó Keru, pero dijo que no.

—El dinero no tiene que ser la preocupación primordial, ni la única.

—Es una forma de verlo.

—Hay otros aspectos del trabajo que hacen que uno se sienta satisfecho.

Ah, los ideales. Y aunque la irritaba, Keru nunca seguía con la discusión porque no encontraba razón para hacerle a otra persona lo que le habían hecho a ella. ¿Por qué privar a una persona de tener ideales? El asunto era que los ideales muchas veces se oponían a la realidad, y lo que ella veía en su marido era una total desilusión. Desde el momento en que había empezado el posgrado, Nate hablaba sobre conseguir una cátedra como una esfera, distante y luminosa, que lo mantendría a salvo de todo una vez que la obtuviera. Todos a su alrededor hablaban de ello, sus colegas, sus mentores e incluso aquellos que hacía ya mucho tiempo la habían obtenido y ahora eran profesores eméritos. El ansia por alcanzar esa esfera lo había mantenido motivado. Publicaba artículos y daba clases y más clases. Horas de consulta, más horas de consulta: ¡Pida aquí sus horas de consulta! Más allá de unos pocos estudiantes insufribles, sus evaluaciones como docente eran impecables. Aceptó más tutorías, cursos de verano y doctorandos de lo necesario. Pero después de obtener su cátedra vino la desazón, y durante meses Nate no le comentó a Keru nada sobre sus clases o sobre su investigación, solo hablaba de la humedad en el techo de su oficina que la administración decía era condensación y que había solucionado con una bolsa negra de basura y algo de cinta adhesiva. Cuando la bolsa de basura se rompió, algo así como tres litros de condensación cayeron al suelo, lo que disparó las alarmas y una llamada de algún empleado ofendido del área de seguridad preguntando cuándo, idealmente de inmediato, Nate podría ir a solucionar el desastre. Ese fin de semana Keru estaba en casa, así que fueron juntos, de inmediato, a pasar la mopa. La oficina de Nate estaba al final de un pasillo mal iluminado. No tenía ventanas y aunque Keru había visitado la oficina algunas veces, no recordaba que fuera tan deprimente.

—Deberías pedir que al menos haya una ventana —dijo ella—. Un titular de cátedra tendría que poder mirar hacia afuera.

Él dijo que ninguna oficina en ese piso tenía ventanas. Eran oficinas interiores diseñadas para que los laboratorios miraran hacia el

exterior, porque requerían ventanas para poder ventilarlos. La ventana del laboratorio de Nate era pequeña y estaba sucia, daba a un patio trasero que habría tenido muchísimo potencial si no estuviera lleno de escombros.

—¿Y quién lo limpia? —preguntó ella.

Nate dijo que no tenía importancia.

—Nadie va a ese patio. Todos están en el laboratorio.

Los científicos hablaban del laboratorio como si fuera un vientre, un lugar ajeno y a la vez tenebroso, del que nunca había que salir.

—¿No podrías hablar con alguien sobre ese patio? —preguntó Keru.

—Sí, lo haré —dijo Nate—. Ahora mismo iré a hablar con el administrador. Estoy seguro de que para la semana que viene ya estará instalado el lago artificial.

—No hace falta un lago artificial —dijo ella, con un tono confiado—. Pero ahora eres titular de cátedra.

—¿Y?

—Que deberían hacerte caso.

Él se rio mientras ella se quedó ahí de pie, con solemnidad, sintiéndose una estúpida. Estuvo a punto de soltar la fregona e irse para que él lidiara con el desastre solo, algo que tenía bien merecido, pero después volvió a echar un vistazo a la oficina —hasta las luces incandescentes parecían grises— y cambió de opinión. La universidad podía tener mejores administradores, docentes más felices, pero cada vez que ella lo mencionaba, Nate le decía que había más personas con un doctorado en ciencias que oficinas donde ubicarlos, así que cualquier académico con una oficina debería sentirse agradecido, y cualquier académico con oficina y una

cátedra debería considerarse bendecido. Nate, además, decía que no era infeliz.

—No me siento infeliz para nada. Me encanta mi trabajo.

Pero Keru sabía que lo que a Nate realmente le gustaba era rediseñar las asignaturas y enseñarles a los alumnos mejor de lo que le habían enseñado a él. Lo que no le gustaba era estar sentado en una habitación sin ventanas, bajo una bolsa negra de residuos llenándose rítmica y lentamente de agua. Sin otra solución a la vista, pusieron una nueva bolsa y Nate envió otro correo electrónico a la gente de mantenimiento.

Desde fuera, Nate le envió un mensaje de texto donde le decía que habían terminado de arreglar el canalón. Dijo que era igual que el anterior, pero más brillante. En el texto la invitaba a salir a caminar. “No, gracias”, respondió ella, y le pidió que mejor entrara así podían tomar algo en el porche. Él dijo que se iba a pasear con Mantou. Le sugería enfáticamente que los acompañara.

“Tengo correos que contestar”, escribió ella, y él respondió: “Ocúpate de eso entonces”. Inmediatamente después, ella lanzó el teléfono a una distancia considerable y lo vio rebotar dos veces contra el suelo. Su furia era algo que había aprendido a encender y apagar, como si tuviera un interruptor.

Encendido: podría llevar el teléfono a la cocina y reventarlo contra la encimera de cuarzo hasta que la pantalla estallara en mil pedazos como purpurina.

Apagado: pero Keru, después tendrías que ir a la tienda de Apple e inventar una historia sobre un coche que le pasó por encima a tu teléfono.

Así que dejó el teléfono ahí y respondió correos desde el ordenador. Cuando el resto de la jauría regresó, Nate señaló su teléfono en el

suelo y le preguntó si sabía que estaba ahí. Ella dijo que no se había dado cuenta.

De aquí en adelante, tenían dos posibilidades:

Una: pasar el resto de la semana igual. Comidas. Correos. Dos paseos al día con la perra. Volverían a la ciudad frescos, o eso le dirían a la gente, pero resignados, y eso no se lo dirían a nadie.

Otra: el ruido a gravilla revuelta perturba la mañana, viene de un coche lleno de polvo que se acerca al aparcamiento a bastante velocidad. Suena el teléfono de Nate, algo que nunca pasa. Solo se puede oír lo que ocurre de este lado de la conversación.

—¿Hola? ¿Qué estás dónde? Disculpa, ¿qué?

Nate se acerca a Keru, que está en la ventana, y juntos ven cómo un hombre y una mujer salen del coche lleno de polvo. Nate intenta decirle algo sin emitir sonido alguno, solo moviendo la boca, pero ella no logra captar nada. Salvo que su marido parece estar pálido y desorientado.

—Está bien, dame un segundo que salgo —remata.

Con el teléfono todavía pegado a la oreja, se pone los zapatos y sale.

De cerca, el hombre empieza a parecerle algo familiar, y Keru piensa lo absurdo que sería que al final resultara ser alguien que conocen. Nunca más confiaría en un complejo vacacional. Absolutamente absorta, Keru pregunta en voz alta, en medio del bungaló vacío, si es posible que ese sea el hermano de Nate. Una persona que nadie ha visto desde el funeral y cuyo paradero era mejor ignorar. Una vez que el hombre ve a Nate, pone la mano en forma de visera para cubrirse del sol y levanta la otra. ¿Levanta la mano en son de paz o

quiere preguntar algo? Ethan era más bajo, pero más ancho que Nate. Sus hombros eran más amplios y cada uno de sus brazos era tan anchos como los muslos de Keru. Caminaba jorobado y con la cabeza hacia delante, como una tortuga. Tenía tatuajes de todos los estilos posibles cubriendo sus dos brazos. Algunas similitudes: tenían el mismo tono castaño en el pelo, la misma voz, pero evidentemente no el mismo aroma. Cuando Ethan entró, Mantou se le abalanzó y le gruñó, pero él no se lo tomó como algo personal y se agachó para ponerse al mismo nivel que la perra, se acercó tanto que Mantou metió la cola entre las patas y se sentó.

—Así me gusta, buen chico —dijo Ethan mientras la acariciaba.

—Chica —dijo Keru.

Keru nunca supo cómo interactuar con su cuñado. Le disgustaba especialmente la forma en que la abrazaba. Sucedió tan de repente que no tenía tiempo de liberar las manos, así que se aplastaban entre sus cuerpos, sobre el pecho de Keru, quitándole el aire. Ethan solía llamar chiquita o chiquilla a Keru, lo que le generaba algunas preguntas. Primero, si su cuñado recordaba su nombre, y segundo, ¿por qué siempre usaban diminutivo para referirse a mujeres de poca estatura? ¿Seguían la misma lógica por la que un personaje como Hulk tenía que llamarse Hulk, que en inglés significa gigante?

La mujer que iba con él era su novia, la misma sobre la que su madre le había hablado a Nate, aunque había olvidado mencionárselo a Keru. Estaba en forma, al igual que Ethan y, de cerca, no era tan joven como Keru temía. Veintimuchos, treinta y pocos. Estaba vestida con ropa deportiva de pies a cabeza, y llevaba el pelo rubio tirante, con una coleta. Asintió mientras cada uno de ellos se presentaba y les tendió la mano a todos con firmeza y determinación.

—Keru como Perú —dijo Keru.

Y Morgan repitió “Keru como Perú” enfáticamente, como si toda la frase fuera su nombre.

Después de las presentaciones, Nate le preguntó a Ethan cómo habían hecho para pasar la verja con código de seguridad, y Ethan le respondió que estaba abierta.

—Alguien se habrá olvidado de cerrarla. De todos modos, muy buena estructura. Se la ve bastante sólida.

Keru pidió que la pusieran al día. El por qué y el cómo de la visita de Ethan.

—Disculpad, podríais contarme... —empezó, y con cada palabra su tensión aumentaba.

—Sí, sobre eso —dijo Ethan, frotándose la nuca.

Su madre se lo mencionó al pasar, pero él buscó la dirección por su cuenta. Él y Morgan tenían el día libre. De hecho, la semana libre, porque el colegio cerraba por las vacaciones de otoño.

—Podríamos haber llamado antes, pero ¿por qué arruinar la sorpresa?

Dispuestos así, de pie en el salón, los cuatro formaban las esquinas de un cuadrado.

—Qué coincidencia —dijo Keru.

—¿Quién lo diría? —dijo Nate.

—Nadie —dijo Keru.

—Como sea... —dijo Ethan.

Mientras Nate les mostraba a los invitados el bungalow, Keru abrió la nevera para revisar qué tenían para ofrecerles. En una balda había

una lechuga y una botella de dos litros de agua con gas. En la otra, medio limón y un frasco con mantequilla de cacahuete. Cuando Nate abrió la puerta corredera de la terraza, entró una brisa fría que hizo que Keru tiritara. Morgan seguía a Ethan de habitación en habitación, sin decir una palabra sobre el lugar o si le parecía agradable. Ethan llamaba nena a Morgan. Era nena esto, nena aquello, mira qué vistas, nena. Él le preguntó a Nate cuánto costaba alquilar una casa así, y Nate evadió la pregunta diciéndole que Keru se había ocupado de la cuestión administrativa, él solo se había encargado de venir. Después, todos volvieron a reunirse alrededor de la isla de la cocina, donde Keru había apoyado la lechuga en una tabla de picar.

—Podría saltarla —dijo Keru, aunque no era la hora de comer.

Sentía que era necesario ser hospitalaria.

—Nah, no te preocupes —dijo Ethan mientras se sentaba en una de las banquetas giratorias de la cocina y se colocaba para mirar exclusivamente a Nate.

Así fue como los hermanos se pusieron al día con lo que fuera que tuvieran que ponerse al día, y a Keru y a Morgan las dejaron a un lado, como para que interactuaran. Aunque Morgan no hacía otra cosa que mirar su teléfono, escroleando videos. Ante cualquier pregunta que le hacía Keru, ella ofrecía respuestas breves y amables, sin dar muchos detalles. Pasó alrededor de media hora y Keru supo más bien poco de la vida de Morgan, salvo que trabajaba como administrativa en un colegio privado, donde había conocido a Ethan seis meses antes. Lo único que Keru pudo inferir de lo que dijo es que Ethan formaba parte del equipo de mantenimiento exterior y se ocupaba de la maquinaria. Morgan le recordaba a una de las empleadas junior de su empresa, una veinteañera recién salida de la escuela de negocios que llegaba a todas las reuniones a la hora, se vestía bien y hacía cada tarea que el asignaban, pero no

hablaba una palabra de su vida fuera de la oficina. Cuando Keru le preguntó a Morgan qué cosas le gustaban hacer, ella dijo:

—Ejercicio.

Cuando Keru le preguntó a Morgan qué tipo de ejercicio, ella se encogió de hombros y dijo:

—Depende.

Keru dijo que iba al servicio, y desde el váter escribió una larga parrafada a Nate, luego borró la parrafada, y finalmente envió: “¿Se van a quedar a dormir?”. Nate escribió: “Espero que no”, lo que no inspiraba mucha seguridad. Cuando salió del servicio, Ethan y Nate se estaban poniendo los abrigos en la puerta y Mantou llevaba la correa puesta. Keru preguntó adónde se iban los tres, y Ethan dijo que al supermercado a comprar cerveza y comida de verdad.

—Sin ofender a tu lechuga —le dijo Ethan a Keru.

Aunque la lechuga era de Nate. Nate le preguntó si le parecía bien que acompañara a su hermano, pero que también podía quedarse. Keru se sorprendió por el tono tierno que utilizó, y lo desamparado que sonó. A lo mejor quería que Keru lo salvara y asumiera ese rol de mujer controladora en el que su familia política la había encasillado. No lo haría, por supuesto. Vería cómo se sucedían los acontecimientos. Ethan chasqueó la lengua y le dio un golpecito no del todo gentil a Nate en el pecho.

—Nos vamos —dijo Ethan—. Ahora.

Cuando se fueron, todo se quedó en silencio. En teoría, cada una de ellas podría haber hecho su vida y aparentar que la otra no estaba ahí. Pero el reloj inteligente de Morgan empezó a pitir, y ella explicó que había llegado la hora de hacer ejercicio.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó Keru, con un ansia subrepticia de conectar con Morgan.

Además, lo de ser hija única jugaba en su contra, y si los hermanos podían salir y hacer lo que quisieran, a lo mejor Keru y Morgan también podrían encontrar algo que hacer juntas. Cuando Keru hablaba sobre su deseo de tener hermanos, la respuesta que recibía de la gente con hermanos solía ser: “Es un caos, puro descontrol” o “Ten en cuenta que no puedes elegir a tus hermanos”. Ojalá la gente con hermanos pudieran experimentar por sí mismos los largos períodos de soledad que había sufrido desde que era niña. Ahora entendía que si no lograba tener (y mantener a) sus amigos, no tendría ningún aliado más allá de sus padres, que morirían antes que ella.

—Yo corro rápido —dijo Morgan.

Había corrido casi dieciséis kilómetros ayer. Hoy esperaba repetir esa marca.

Keru le dijo que ella no podía correr tanto. Dieciséis kilómetros, joder. Pero la seguiría los primeros cinco.

A los dos kilómetros, Keru ya estaba rezagada. Tuvo que detenerse. Llevó su mano al pecho, se agachó y jadeó, la saliva le corría por el mentón. Morgan dio la vuelta para buscarla.

—Creo que me voy a morir —dijo Keru.

Mientras trotaba en el sitio, Morgan le aseguró que no se iba a morir.

Entre jadeos, Keru dijo:

—No. Lo. Sabes. Podría. Explotarme. El. Corazón.

—Distráete —le dijo Morgan, como si fuera tan fácil—. Piensa en otra cosa.

A los tres kilómetros, Keru ya se había detenido otras dos veces más y había repetido el mismo calvario para reiniciar sus órganos. Le preguntó a Morgan si tenía la cara tan roja como insinuaba su corazón a punto de explotar.

—No la tienes roja para nada —dijo Morgan—. Pareces alegre y llena de vida.

Mientras Morgan trotaba sin moverse, sus mallas hacían un sonido de fricción constante que resultaba opresivo. En un momento, empezó a trotar marcha atrás, mirando a Keru, para hacerle preguntas. Le preguntó cuántas veces por semana hacía ejercicio, y Keru le mintió, pero incluso ese número inventado resultaba poco para Morgan.

—Es crucial hacer ejercicio todos los días —dijo—. Tienes que comprometerte con una rutina, si no siempre estarás rezagada.

Mientras corrían, Keru era incapaz de pensar. No podía pensar en nada, excepto lo doloroso que le resultaba correr y lo estúpida que era por continuar de forma voluntaria con esta actividad que le causaba un enorme dolor.

Al final del quinto kilómetro, Keru ya no podía hablar, así que le hizo un gesto a Morgan para que siguiera por su cuenta. Morgan pareció agradecida y salió disparada. En menos de un minuto, se había vuelto un puntito en el horizonte, y Keru ya no podía verla. En el paseo de vuelta al bungaló, Keru se detuvo a descansar sobre una roca. Al pasarla, varios coches aminoraron la marcha. Algunos pitaban. Un coche se detuvo por completo y una mujer blanca, consternada, bajó la ventanilla y le preguntó a Keru si estaba bien.

—Estoy bien —dijo Keru mientras saludaba con la mano—. Solo soy muy mala corriendo. Estoy tratando de recuperar el aire.

La mujer consternada se calmó y le dijo que la roca en la que estaba sentada pertenecía a la casa que estaba detrás de ella y que ella,

técnicamente, estaba invadiendo una propiedad privada. Le sugirió a Keru que, en cualquier caso, mejor sería no correr tan cerca de la carretera, y no salir a correr sola.

—Es peligroso. Inseguro. Los coches pasan muy rápido por aquí, especialmente en las curvas.

Le recordó a Keru que estaban en plena temporada de caza, y todo el tiempo había accidentes con los ciervos que se cruzaban.

—Gracias —dijo Keru, por el consejo y por compararla con un ciervo.

La mujer, satisfecha, siguió su camino.

El sillón se convertía en cama, así que, sin mayor discusión, todos dieron por sentado que Ethan y Morgan pasarían la noche ahí. La cena fue sorprendentemente amena, e incluso Keru se sintió cómoda. Dividieron las tareas e hicieron dos grandes fuentes de pasta y ensalada, con acompañamientos.

—No me gusta el queso azul —dijo Nate, mientras él y todos veían como Ethan lo desmenuzaba encima de la ensalada.

—No te va a matar —dijo Ethan imitando la voz de su madre.

Todos rieron.

Bebieron cerveza, vino y después de la cena Ethan hizo una ronda de cócteles con una botella de whisky que había traído en el maletero de su coche. Nate leyó el frente y el dorso de la etiqueta de la botella, olió el whisky y pareció sorprendido, como lo estaba Keru, de que su hermano hubiera traído algo para compartir con todos. Se sentaron alrededor de la mesa de centro, Ethan en el sillón con reposabrazos y Nate y Morgan en el sofá. Nate había movido los

cojines para que Morgan y él tuvieran más espacio, y Keru se sentó en el suelo con los cojines.

Keru le preguntó a Morgan si tenía hermanos.

—Dos hermanos —dijo Morgan.

—¿Mayores o menores?

—Uno mayor, otro menor.

Keru le preguntó cómo era tener dos hermanos. Cómo era ser la única chica y estar en medio. Ella se imaginaba que sería reconfortante tener protección a ambos lados. Dos hermanos con los que caminar hacia el altar, con uno en cada brazo.

Morgan miró a Ethan y luego volvió a su teléfono. Le explicó cómo era aquello de tener dos hermanos. Y dijo que no tenía planes de casarse pronto.

—Yo odiaba ser hija única —dijo Keru—. Me sentía muy sola.

Morgan dobló las rodillas y las pegó al pecho.

Keru le preguntó a Morgan a qué se dedicaban sus hermanos.

—A la contabilidad y a la seguridad. —Y apretó más las rodillas.

Keru empezó a fantasear con una posibilidad. Nunca antes había conocido a las novias de Ethan, y que Morgan estuviera allí le pareció una especie de señal. ¿Había sido ella la que había insistido en ir? ¿Acaso estaba propiciando un cambio en Ethan? Keru proyectó su fantasía a un futuro muy lejano donde Morgan y ella saldrían a cenar, a hacer deporte, viajarían juntas y mantendrían largas conversaciones a través de mensajes de texto sobre sus hermanos. Keru tenía amigas, y con muchas había establecido unos fuertes vínculos años atrás, cuando tenían que esforzarse para conseguir lo

que querían, cuando solo se preocupaban de ellas mismas. Pero ahora todas tenían maridos, hijos, horarios que incluían a sus hijos. Keru, además, sentía que sus amigas le tenían lástima, aunque no se lo dijeran. De tanto en tanto, ella todavía veía a sus amigas, con hijos y maridos incluidos. Cuando las conversaciones entraban en el terreno de la maternidad, a Keru le resultaba imposible participar. Tampoco cocinaba, una derrota que ahora le parecía exclusivamente femenina. Varias mujeres habían dejado de trabajar y, mantenidas por sus maridos, con ayuda de una niñera o de los padres viviendo en su casa, decían delante de Keru —aunque nunca directamente— que estaba bien “por fin bajar el ritmo”. Pero Keru no tenía ningún interés en bajar el ritmo. Bajar el ritmo, para ella, sería como morir.

Ethan alzó su copa y los demás lo imitaron.

—Salud —dijo, y los demás lo repitieron.

Luego, después de que todos bebieran un buen trago de alcohol, Ethan le preguntó a Nate si sabía cómo iban las cosas en su pueblo natal. Nate dijo que no, y Ethan le preguntó por qué no. Nate preguntó a su vez por qué debería saber cómo iban las cosas.

—Porque nos criamos ahí, bobo —dijo Ethan.

Nate, el bobo, se encogió de hombros.

—¿Te acuerdas de Brett? —preguntó Ethan.

Nate dijo que no.

—Claro que te acuerdas. Brett, de la liguilla, un buen tío, normal. Una vez vino a casa. Bueno, Brett no puede trabajar más por culpa de sus convulsiones, entonces tuvo que pedir la baja por discapacidad. Pensó que estaba acabado, pero, aunque no lo creas, el Estado te paga más por ser discapacitado que lo que ganarías en un puesto con salario mínimo. ¿No es una locura?

—Sí. Una locura —dijo Nate.

—¿Y te acuerdas de Tim?

—No, la verdad que no.

—Tim, del equipo de lucha libre, que ganó varias competiciones y se presentó a presidente de la clase. Da igual, el caso es que Tim se casó con Amber. Tres hijos o cuatro. El invierno pasado, ella se llevó a los niños y lo abandonó, entonces él trató de matarse en el garaje, con el humo del coche en marcha. Amber hizo que lo ingresaran, y ahora el Estado paga su tratamiento y su comida. El tipo nunca más tendrá que ocuparse de una factura sin pagar. Incluso si Amber consigue el divorcio, él no está obligado a pagarle la manutención ¿No es una locura?

—Una locura.

—¿Recuerdas a Dawn?

Nate no tenía la menor idea quién era Dawn.

Dawn fue reina del baile de graduación en el año de Ethan, empezó la universidad, pero abandonó.

—Una chica muy guapa, feliz. Tuvo dos abortos espontáneos, pero al final se quedó embarazada de Zach, tuvieron al hijo milagroso, y todos estaban exultantes, pero resulta que el niño tiene problemas de atención. De conducta. Ella se divorció de Zach. Verás, Zach está cambiado.

Nate preguntó quién era Zach.

—Zach, que vivía en la calle de al lado. Los padres le dejaron la casa. Sin hipoteca. Pagada. Zach, el que tocaba en la banda escolar en los desfiles, solía ser un pardillo, pero ahora vende droga.

O al menos eso sospechaba Ethan, o al menos eso sospechaba su madre. Nate le preguntó por qué su madre sospechaba eso. Por los coches que van y vienen de la casa de Zach a todas horas. Y nunca se quedan más que unos minutos.

—Hmm —respondió Nate.

—¿Recuerdas a Sarah? Sarah tuvo un infarto, y luego engordó noventa kilos. ¿Y Josh? En el instituto todos sabían que era gay, pero nunca había salido del armario.

—Bueno, hepatitis, muy triste. ¿Y Cody?

Todo el tiempo drogado por culpa de Zach, creen que era bipolar, vive con la madre.

—¿Y Johnson?

Johnson era el apellido, pero a esas alturas ni Nate ni Ethan recordaban cuál era su nombre de pila.

—Saltó del coche que conducía su hermana, aún en marcha, se rompió el cuello, murió en el acto. ¿Y qué hay de Donny?

Resulta que Donny se fue y quiso hacer algo con su vida, pero terminó dejando en el camino a dos madres solteras y ahora vive en una caravana en el jardín de sus padres para no pagar la pensión de sus hijos.

Cuando terminó con las novedades, Morgan estaba en el baño y Keru completamente deprimida. Bueno, la familia de Nate probablemente era basura blanca, pero ¿hacía falta arrastrar hasta aquí la basura, analizarla y enumerarla? Era algo que también hacía su suegra, se enrollaba hablando de las tragedias a su alrededor, como si vivir en medio de la desdicha fuera algo honorable y enumerar las tragedias te diera fortaleza para superarlas.

La última vez que Keru visitó la ciudad de Nate fue para el funeral. Se quedó sentada en el salón frente a la madre de Nate mientras ella revisaba álbumes de fotos viejas y lloraba. El salón era marrón, y siempre lo había sido. Alfombras marrones con pelos de gato esparcidos. Sofás marrones con los cojines hundidos. Revestimientos de madera en la pared. Toda la casa olía a marrón, a humedad acumulándose en los cimientos. Cuando el padre de Nate aún vivía, Keru se había ofrecido a ayudarlos a hacer una remodelación, nuevos suelos y nuevas molduras, pintar por completo la casa, a lo que el padre de Nate había respondido:

—Nos gusta así como está, Keru, no le cambiaríamos nada.

O bien respondía así por orgullo, o de verdad les gustaban las cosas así, porque a fin de cuentas esa casa también era su hogar.

Lo que Keru percibía del lugar donde Nate se había criado era parálisis y estancamiento. Todo el mundo parecía estar pasando por una mala racha, pero no había nada que hacer al respecto, no había nada que pudieran cambiar, nadie podía irse. Irse habría significado huir, escapar de la mano que te había tocado en suerte. ¿Con qué derecho haces algo así? ¿De dónde has sacado que tenías ese poder? Los padres de Nate jamás lo criticaron por irse, pero nunca lo animaron o lo felicitaron por haberlo hecho. En la casa donde Nate había crecido, Keru se enfrentaba al dilema de qué significa ser estadounidense. El estancamiento es el opuesto de la inmigración. Sus propios padres habían cambiado de continente. Su madre odiaba las cosas viejas. Pero para familias asentadas que jamás cambiaban siquiera el código postal, la norma era tener un salón sucio como el de Nate, un lugar que alguna vez había sido escenario de risas y mañanas joviales, un padre en la cocina haciendo tortitas mientras silbaba una canción, la madre enseñándole a los hijos un libro con imágenes coloridas en el sofá nuevo. El objetivo era consagrar ese espacio a la eternidad, aun en su decadencia.

Ethan revolvió su vaso vacío, en el que solo quedaba un cubo de hielo. Le preguntó a Nate si se acordaba de la mina, del molino, de la fábrica de caucho, de la iglesia abandonada, de las otras iglesias, de la estación de tren derruida con las vías oxidadas y escondida entre los matorrales y del viejo acueducto seco donde solían ir a jugar.

Nate se acordaba de todos esos lugares.

—No hay trabajo —dijo Ethan.

—Porque nadie quiere trabajar —dijo Nate.

—Sí que quieren, pero es que no pueden —contestó Ethan.

Nate parecía estar incómodo, con un gesto de falsa indiferencia que Keru sabía reconocer como enfado. Odiaba hablar de su lugar de origen. Odiaba que le preguntaran al respecto.

Cuando Morgan salió del servicio, se había deshecho la coleta y llevaba el pelo suelto formando una maraña. Se restregó los ojos, bostezó, y de regreso al sofá se tropezó con uno de los cojines y tuvieron que sujetarla. Con Morgan en ese estado, los hermanos recuperaron su afabilidad, y juntos movieron la mesa de centro y abrieron el sofá cama mientras Keru buscaba un juego de sábanas. Todos se dieron las buenas noches, con amabilidad y por turnos. En el dormitorio, Mantou encontró una esquina dura donde dormir que no era la esquina donde tenía su cama. En el baño, Keru se cepilló los dientes como una persona normal, mientras Nate se cepilló los dientes como si estuviera tratando de sacar una capa de pintura del cemento.

A la mañana siguiente, cuando Keru entró a la cocina se encontró con que Morgan ya estaba levantada y se había vuelto a atar su coleta. Estaba a punto de salir a correr y, a pesar de que estaba

físicamente destrozada por el día anterior, Keru se empeñó en acompañarla.

—Creo que es mejor que descanses —dijo Morgan empáticamente, con la cabeza inclinada—. Pareces cansada y algo dolorida.

Keru dijo que no estaba para nada dolorida. Además, ¿cómo puede una persona parecer dolorida?

Morgan dudó, pero esperó a que Keru se cambiara. Corrieron por la acera y, cuando se terminó, corrieron por la carretera. Cada coche que pasaba sonaba como un misil rasante, y cuando el misil pasaba, se salían de la carretera y corrían sobre el césped húmedo del jardín delantero de alguien. Ningún coche se detuvo a regañarlas ni ningún vecino les gritó que no pisaran su césped. Morgan, a fin de cuentas, resultaba un buen escudo humano. Se detuvieron en una intersección y aprovecharon para hacer estiramientos, y mientras estiraba Keru se dijo a sí misma que tenía que esforzarse más. Si quería seguirle el paso a Morgan, tenía que agotarse completamente y vaciar el depósito. Cuando retomaron el trote, Keru se propuso acelerar el paso y superar a Morgan, que trotaba a un ritmo apacible. Morgan también subió la velocidad, pero aun así no se parecía hacer ningún esfuerzo y, de hecho, parecía más bien aburrida. Por alguna razón a Keru se le ocurrió decir:

—Te echo una carrera hasta la próxima intersección.

Morgan le devolvió una sonrisa indestructible. Y luego salió disparada. Keru le gritó, pero parecía moverse más rápido que el sonido. En ese momento, el suelo bajo los pies de Keru pareció ceder y sintió como su tobillo se torcía a noventa grados respecto a la pierna mientras presionaba sobre el asfalto.

Ya se había torcido ese tobillo, muchas veces. Tenía tobillos débiles, como su madre, razón por la cual, ahora lo recordaba, ella nunca salía a correr, y su madre tampoco, y no había ni un solo corredor en la familia.

Keru se agarró el tobillo, gritó, perdió el equilibrio y se cayó sobre el césped. Cuando terminó de gritar, Morgan ya estaba a su lado. Trató de ayudar a Keru a levantarse, pero el pie torcido no lo soportó.

—¿Puedes caminar? —preguntó Morgan.

—Es evidente que no —dijo Keru.

El bungalow estaba demasiado lejos para volver cojeando.

—A lo mejor deberías llamar a tu marido —dijo Morgan de una forma que le dio la sensación a Keru de que no se acordaba de su nombre.

—Es verdad, a lo mejor debería llamar a Nate.

—Ethan no va a estar despierto todavía, así que no tiene sentido llamarlo —dijo Morgan.

Cuando Nate atendió el teléfono, durante un minuto entero lo único que pudo escuchar Keru fueron los ladridos de Mantou, lo que significaba que la perra se había subido a la cama y estaba sentada sobre el pecho de Nate. Su marido parecía somnoliento y ni siquiera se había dado cuenta de que ella había salido de casa. Finalmente le contó las novedades. Nate ya iba para allá.

Las dos mujeres se sentaron en el césped y Keru se sintió agradecida de que Morgan la acompañara. Si hubiera estado sola, se habría sentido aterrorizada. A los pocos coches que aminoraban la marcha y les daban las luces, Morgan les sonreía y los saludaba despreocupadamente. Una camioneta tocó el claxon, bajó la ventanilla y les ofreció un pulgar hacia arriba. Para por pura amabilidad, Keru insistió a Morgan para que siguiera corriendo.

—Ni hablar —dijo Morgan.

Se quedaría hasta que llegara Nate.

Keru observó la hinchazón de la articulación entre su pie y su pierna. Justo después de torcérselo, el tobillo estaba blanquecino y escuálido, pero ahora se había enrojecido, furioso y palpitante. Keru sentía que le latía el tobillo. Como si el corazón se le hubiera salido del torso y de alguna manera se hubiera deslizado hasta el tobillo, bum-bum, bum-bum.

—Solo quería impresionarte —admitió Keru—. No quería que pensaras que no podía seguirte el ritmo.

—¿Impresionarme a mí? —dijo Morgan y soltó una risa breve, que dio lugar a un ceño fruncido.

—Lo que quiero decir es que quería caerte bien. Quería que nos entendiéramos y tuviéramos cosas que hacer juntas —dijo Keru, no del todo segura de que sus palabras mejorarían la situación—. Ethan nunca nos presentó a nadie, así que pensé... Sueno como una idiota.

Keru no solo se sentía idiota, sino también patética y vieja. Eso de confesar la necesidad de agradar. Patético.

Morgan arrancaba trocitos de césped a su alrededor, se llenó el puño de esa propiedad ajena y la arrojó a un lado.

—Mira, Nate y tú parecéis majos. Y me gusta Ethan. Pero no estamos comprometidos ni nada. Así que no me lo tomaría tan en serio.

—Oh —dijo Keru—. ¿No te lo tomas en serio?

—Al menos yo no —dijo Morgan.

—¿Y él?

Morgan pensó la pregunta y luego dijo:

—Estamos pasando el rato. Es algo tranqui.

—¿Así que te trajo para pasar el rato? Algo tranqui. O lo que sea. —
El tono de voz de Keru había cambiado.

—Lo que quiero decir es que no necesito estar aquí —dijo Morgan,
con más frialdad que antes—. No le pedí que viniésemos. Fue su
idea, no mía. Solo soy una espectadora.

¿Espectadora de qué? Keru se había sentido como una idiota, pero
ahora se sentía engañada. ¿Qué sabía Morgan? ¿Qué no sabía?
¿Qué le había contado Ethan?

—¿Él te había contado algo sobre nosotros?

—¿Cómo? —dijo Morgan.

—¿Te había contado algo específicamente sobre mí?

Keru pensaba frecuentemente en el incidente con el hacha, pero era
más bien un espejismo pasajero, una molestia, como un: “Ay, mira,
ahí va una rata”. En cualquier caso, había pasado hacía años, y Keru
no había vuelto a lanzar un hacha. Estaba rehabilitada.

—No, bueno, no mucho —dijo Morgan

—¿Cuál de las dos? —insistió Keru—. ¿No? ¿O no mucho?

Morgan parpadeó.

—Algo tiene que haberte contado —dijo Keru.

—No me ha contado nada —dijo Morgan, terminante.

Una vez más, Keru veía en Morgan a la joven empleada de su
empresa, de la que no sabía nada, y que por lo tanto le parecía
capaz de todo, también de reírse de ella a sus espaldas. Keru no les
daba razón alguna a sus compañeros de trabajo para caerles mal,
pero a lo mejor les caía mal a todos. Todos le tenían lástima. Todos
estaban al tanto de lo del hacha. Se imaginaba a Morgan contándole

a sus amigas: “El tío con el que salgo me llevó a conocer a su cuñada, que insistía en salir a correr conmigo, pero no sabía hacer ejercicio y no parecía tener ni un amigo. Menuda patética”.

—Ya debe de estar a punto de llegar, ¿no? —preguntó Morgan refiriéndose a Nate.

Programó su reloj inteligente para reanudar la carrera y se puso de pie para estirar. El césped se quedó hundido en el lugar donde se había sentado y algunas calvas donde había estado arrancando las hojas. Keru miró hacia la carretera vacía y dijo:

—Sí, en cualquier momento. Perdón por hacerte esperar.

En el coche, Nate miró el tobillo y le dijo que deberían ir a hacerle una radiografía. Keru no quería radiografías, solo quería tumbarse. Cuando volvieron al complejo, él la ayudó a cojear a través del aparcamiento, las pérgolas y las escalinatas del porche hasta entrar al bungaló. El sofá cama seguía abierto, y Ethan seguía ahí, despatarrado, bebiendo café y jugueteando con su teléfono.

—Ey, ¿qué tal? —dijo, sin apartar los ojos de la pantalla.

Ni siquiera levantó la mirada cuando Nate fue a buscar hielo y dos analgésicos o mientras Keru se colocaba el hielo y se tomaba los analgésicos. Ella sí estudió a su cuñado. Estudió su soltura, su absoluta falta de preocupación. Estudió la forma en que su pulgar recorría la pantalla, como si estuviera matando insectos, y la manera tosca en que manipulaba su taza de café, apoyada en la mesa, con gotas marrones chorreando y sin posavasos.

—Ethan —dijo ella.

—Ey —dijo él, mirándola.

—Usa un posavasos.

Él dijo que no había encontrado ninguno.

Ella le señaló una pila.

Una vez que el posavasos ocupó su lugar, una vez que verificó con sus propios ojos que hubiera sido colocado en la posición adecuada, Keru caminó lentamente, con ayuda de Nate, hacia el dormitorio, donde le dijo a Nate que necesitaba oscuridad total. Necesitaba no ver nada. Él cerró las cortinas, la puerta y puso una toalla a los pies de la puerta para bloquear la luz.

Keru pasó horas despierta. Podía escuchar el traqueteo de los demás al otro lado y al mediodía Nate llamó para avisarle que se iban al pueblo a comer, a ese lugar de sándwiches pintoresco al que iba bastante gente blanca, y si quería algo, un sándwich o una de esas bandejas que traen de todo un poco, del local de al lado. Cuando Nate asomó la cabeza para echar un vistazo, Keru simuló estar dormida y dejó la boca abierta a propósito.

—Está dormida —le dijo al resto del grupo y al rato se fueron.

Mantou estuvo ladrando los siguientes veinte minutos, con las dos patas apoyadas en el alféizar de la ventana. Eran o bien ladridos de puro terror —“Me habéis dejado abandonada. Me habéis abandonado. Me habéis dejado sola”—, o bien trataba de decir: “Traedme un poco de carne asada”.

Desde la cama, Keru llamó a su madre, que también estaba en la cama con el tobillo dolorido.

—¿Adivina qué, mamá?

—¿Qué? —preguntó su madre—. ¿No lo estáis pasando bien? Te dije que dos semanas sin hacer nada era demasiado tiempo. Todos

empiezan a hartarse de la compañía del otro si pasan tanto tiempo juntos.

—¿Qué hace papá?

—Está en la huerta.

—Bueno.

—Bueno.

Su madre quería seguir viendo su novela china y Keru tenía la suya propia.

Al final terminó por levantarse, fue cojeando hasta la cocina, se preparó un Manhattan, se sentó en el sillón con apoyabrazos, apoyó su pie con la bolsa de hielo en el reposapiés y se bebió su Manhattan. Mientras bebía podía sentir cómo su tobillo y su cabeza iban hinchándose simultáneamente. Cuando el resto del clan regresó, Nate le pidió echarle un vistazo al tobillo. Cuando quitó el hielo, ya no había tobillo, sino una masa de carne roja del mismo grosor que su pantorrilla.

—De verdad, creo que tendrías que ir al médico —dijo, y Ethan estuvo de acuerdo.

Pero ¿qué sabía su cuñado? Morgan buscó clínicas y la más cercana no estaba abierta, pero había un médico de urgencias que quedaba a unos cuarenta minutos.

—No voy a ir a ver a ningún médico de urgencias —dijo Keru y levantó su Manhattan, que era su médico particular.

Pidió más hielo y otro analgésico. Su marido se los trajo. Esa noche, Keru estuvo bien atendida. Sin abandonar el sillón le entregaron, a la hora de la cena, un plato hondo de chili con carne de pavo acompañado de crema agria.

Charlaron y rieron.

¿El chili? Delicioso.

La crema agria le daba un toque especial.

El pueblito era tan pintoresco.

¡Y ese puestito de sándwiches!

Y qué me decís del negocio que solo vendía pinceles.

El ambiente es lo más importante.

Tan pintoresco.

Pintoresco a más no poder.

Luego Nate le preguntó a Ethan si le gustaba su trabajo como paisajista en el colegio. A Ethan le daba lo mismo, lo mantenía activo y el sueldo era decente.

—¿Te han puesto de entrenador de algo? —preguntó Nate.

—Nah —dijo Ethan. Tampoco es que quisiera.

—¿Entonces te vas a quedar ahí un tiempo? —preguntó Nate.

—Nah —dijo Ethan.

No le interesaba esa gente. Morgan levantó la vista del plato, miró a Ethan y dijo:

—Gracias, qué majo.

Su expresión era adusta, sin alegría, melancólica. Ethan le tocó la pierna con el pie y dijo:

—Tú no, nena.

Cuando había dicho “la gente” se refería a los niños, a los estudiantes, y a la mayoría de los profesores, aunque Morgan ya había separado la pierna.

—Todos se creen especiales —agregó, refiriéndose a los alumnos.

—Por supuesto que se creen especiales —dijo Nate.

Y le explicó que, como docente en una universidad privada, él también contribuía a ese “plan pedagógico” que los hacía sentir especiales.

—¿Pedagógico? —dijo Ethan—. ¿Quién te enseñó a usar palabras tan sofisticadas?

Nate parecía avergonzado de repente. Ethan sonrió de manera chulesca y luego dijo:

—¿Te doy un consejo? No te bebas el Kool-Aid.²

Keru inclinó la cabeza al escuchar esa expresión que hacía tiempo no oía.

Beber el Kool-Aid significaba abrazar la muerte.

Beber el Kool-Aid significaba ser parte del rebaño.

Pero, de niña, lo único que quería era beber Kool-Aid, una marca que su madre jamás compraba por todas las razones correctas — demasiado colorante, llena de azúcar—, y con tan poco dinero para gastar en comida a la semana, ¿por qué gastarlo en basura?

Kool-Aid. SunnyD. CapriSun. Cualquiera que fuera la basura que bebieran sus compañeros, ella la quería.

Emigrar significaba beberse el Kool-Aid. “¿Quién no quiere ser estadounidense?”, dice el inmigrante. “Es el mejor país del mundo”. Pero una vez que estás aquí, hay que conseguir que el viaje valga la pena. Debes convencerte a ti mismo y a los demás de que esa era la decisión correcta. Hay tanto espacio, tanta industria, los aguacates tienen un precio tan razonable. ¿Y nuestra nueva casa? Ahora es mucho mejor. Pero, a decir verdad, la inmigración era un juego de suma cero en el que no había otra alternativa, ni ganadores ni perdedores.

Si sus padres se hubieran quedado en China, a lo mejor ella se sentiría igual. La Keru de China a lo mejor nunca habría hablado inglés ni habría ido a Yale. Jamás se habría casado con un hombre con una aleta de tiburón ni habría criado a una perra o estaría sentada aquí con el idiota de su cuñado. Pero a lo mejor se hubiera sentido menos como una aberración, todos alrededor serían igual que ella, hijos únicos aplicados, vestidos con el mismo uniforme azul y blanco, con pañuelos rojos en el cuello, símbolo de la excelencia, desfilando en perfecto orden hacia el colegio.

Mientras Keru sopesaba cuánto Kool-Aid metafórico habrían bebido las personas como sus padres, los que vinieron a vivir a esta tierra de armas libres, mandatarios enloquecidos y estereotipos, esas personas que vivirían para siempre atrapadas entre dos mundos, Ethan anunció que hacía poco había tenido una epifanía. Su paso por un colegio privado le había dado un baño de realidad sobre la desigualdad, y le molestaba que los ricos sencillamente se volvieran aún más ricos sin tener que hacer absolutamente nada. Se dio cuenta de que los que más dinero tenían eran los que tenían cosas. Eran dueños de empresas, de tierra, de casas, de otras empresas. Tenían edificios enteros en el colegio bautizados en su honor. Así que, ahora, Ethan quería formar parte de aquello, quería construir algo desde los cimientos.

—La industria del ejercicio se ha vuelto tremendamente lucrativa —dijo Ethan—. La gente quiere una atención personalizada.

Un amigo suyo era entrenador privado y llegaba sin dificultad a las seis cifras anuales. A este amigo le iba tan bien que ahora rechazaba clientes. Todo a través de anuncios y el boca a boca. El tipo de gimnasio que él quería abrir era pequeño, exclusivo, pensado para cada necesidad particular. No hacía falta un espacio enorme, solo lo suficiente para meter algo de equipo y para acoger clases individuales. No estaba interesado en tener decenas de máquinas de correr o bicicletas estáticas. Le interesaba crear una comunidad.

Mientras Ethan hablaba, lo único que se escuchaba eran los ruidos de las cucharas chocando contra los platos. Morgan se terminó su chili primero, se acercó las rodillas al pecho y cogió su teléfono. No parecía prestar atención a Ethan ni a nadie más. Una vez que Keru entendió que la presencia de esta pobre mujer funcionaba tan solo como un amortiguador, y que nunca volverían a ver a Morgan, echó su plato a un lado y al poco tiempo la salsa de tomate parecía sangre coagulada.

Ethan planeaba abrir ese gimnasio en su ciudad natal. Ciudades como la de ellos estaban languideciendo. Perdían población rápidamente, y él quería reconstruirla. Además, estaría más cerca de su madre, ¿y no les vendría bien acaso que él estuviera a pocos minutos de distancia?

—Me gustaría que lo hiciéramos juntos —dijo Ethan, dirigiéndose únicamente a Nate—. No tenemos el capital necesario todavía, pero si invertimos, las ganancias están aseguradas.

Nate había preparado una ensalada y ahora se comía los restos, cogiéndolos directamente con las manos. Después, le preguntó a Ethan qué había pasado con el cheque que recibió del seguro de vida de su padre. Ese cheque, dijo Ethan, hacía mucho tiempo que había sido cobrado.

—Quise ofrecértelo primero a ti —continuó—. Porque quiero que tengas prioridad.

—No sabemos nada sobre cómo funciona la industria de los gimnasios —dijo Nate.

—No hace falta —dijo Ethan—. Ahora se puede aprender todo lo esencial en internet.

Además, él ya sabía lo suficiente, tenía muchísimos contactos y podía ocuparse de manejar el dinero. Ethan dijo que lo máximo que necesitarían, aunque estaba seguro de que no haría falta tanto, pero solo para preparar a Nate por si surgía algún imprevisto, para reformar el espacio, comprar los equipos, los primeros meses con pocos clientes, algo de fondos extra por si acaso, licencias y permisos, eran alrededor de noventa y nueve mil.

—Ajá —dijo Nate.

—Es mucho —admitió Ethan—. Pero recuperaremos la inversión en un año o menos, garantizado. Y no tiene que ser todo de una vez.

Podían contribuir con lo que quisieran al principio y, al ver cómo iban las cosas, podrían aportar más después.

—¿Cómo sabes que el retorno está garantizado? —preguntó Nate.

Ethan volvió a mencionar a su amigo, el del parque, que pegaba sus propios carteles e iba y venía colina arriba y abajo, cada mañana, con un carro con pesas. Ahora facturaba seis cifras.

—Pero ¿has comprobado los números? —preguntó Nate—. ¿Has hecho las cuentas tú o las has mirado con un asesor?

—La logística vendrá luego —dijo Ethan—. Una vez que encontremos un local, el resto llegará solo. Lo más importante es que no nos quedaremos con todas las ganancias. La idea es donar la mayor parte para arreglar los parques, la piscina pública, volver a sembrar el campo de fútbol, y ofrecer actividades extracurriculares de verdad, atraer a nuevos negocios y más trabajos.

—¿Vas a hacer todo eso? —dijo Nate.

—Eso y más —dijo Ethan—. Entonces, ¿qué opinas?

Nate dijo que no.

—Cuando dices que no, ¿te refieres a que no haremos todo lo que tengo planeado, o a que no te planteas siquiera ayudarnos?

—No estamos en condiciones de invertir tanto dinero —dijo Nate.

Ethan preguntó si estaba seguro de eso:

—Porque mamá está convencida de lo contrario.

La risa que emitió Nate sonó desquiciada. Keru jamás había oído a su marido reír de esa forma.

—¿Ah, sí? ¿Así que ahora te ha dicho que vengas directamente a pedirme dinero? ¿Qué más te ha dicho?

Ethan también parecía descolocado por aquella risa. Miraba a Nate como a un desconocido.

—No entramos en detalle. Simplemente pensé en preguntarte.

Cuando los hermanos llegaron a este punto muerto, Keru aprovechó para preguntarle si no podía pedir un pequeño préstamo al banco, dado que sus planes tenían tanto interés social. Ethan dijo que eso era muy complicado, y con su historial bancario, tendría que asumir tasas de interés altísimas. Tardaría años en poder saldar la deuda.

—Así es como te engaña el sistema —se lamentó—. Te castigan por no ser lo suficientemente rico. Y luego te quieren estafar cuando intentas devolver algo a la comunidad.

A Keru le resultó irónico que su cuñado se quejara de un sistema que, si hubiera hecho un esfuerzo sincero por insertarse, habría sido

bastante benevolente con él, incluso caritativo y generoso. Ethan tenía problemas, pero como todo el mundo, y Keru habría querido, más que nada, sacudirlo hasta que se le viniera a la cabeza una epifanía menos trágica y un poco más útil.

Unas horas después, en la cama, una Keru desvelada le dijo a un Nate desvelado que podrían poner el dinero en un fideicomiso.

—¿Fideicomiso? ¿Qué fideicomiso? Hablamos de alguien capaz de estafar a su propia madre —dijo Nate.

Su marido tenía los ojos cerrados, pero empezó a agitarse. Keru contó el número de veces que aspiraba y expiraba hasta que se fue calmando. Luego, le dijo que, si bien admitía que todo lo que decía era cierto, a lo mejor al día siguiente podrían tener una conversación algo más detallada sobre la posibilidad de darle a este hermano despilfarrador no noventa mil dólares, pero sí una suma más pequeña, con la posibilidad de ampliar los fondos, bajo la condición de que realmente abriera un gimnasio.

—No habrá ningún gimnasio —dijo Nate—. Ni ahora ni después.

—¿Estamos enfadados por lo que nos ha pedido o porque esa es la única razón de su visita?

—No estoy enfadado —dijo Nate, y no parecía enfadado. Parecía harto, consternado, dolido, decepcionado, resignado, pero no enfadado.

—Ha venido hasta aquí a verte. Ha hecho un esfuerzo —dijo ella.

—Si mañana vuelve a hablar del tema, no pienso ni siquiera responder. Y si mi madre saca el tema, no le volveré a dirigir la palabra.

—Eso es demasiado extremo, ¿no crees?.

—Tu palabra favorita de la semana —Nate se giró, dándole la espalda—. Ni siquiera te cae bien mi familia. Así que no te preocupes por este asunto.

Era cierto, a ella no le gustaba ni le inspiraba confianza su familia, pero Nate solo tenía un progenitor con vida y su hermano seguía siendo su hermano. Ahora Keru entendía que su presencia significaba dinero, que él siempre iba a pedirles algo, y que lo más probable era que cogiera ese dinero y se largase. Pero al igual que con los préstamos estudiantiles de su marido y la manutención de su suegra, ella sentía que esperaban su ayuda, porque si no la denigrarían, le tendrían resentimiento y, a la larga, perdería a Nate.

Cuando Keru les contó a sus padres lo de la manutención, ellos no se sorprendieron.

—Deberías haber intervenido hace mucho tiempo. Ya no eres pobre —dijo su madre—. Y cuanto más ayudes, mejor será la opinión de su madre sobre ti, sobre nosotros y sobre los chinos en general.

¿Cómo pretendían que Keru representase a todos los chinos? Eran mil cuatrocientos millones de personas. ¿Cómo podría Keru abarcarlos a todos? Ella ya sabía que no era pobre, pero ¿por qué todo el mundo sentía esa necesidad de recordárselo en cada momento? “Ya no era pobre” porque había hecho algo al respecto. No es que hubiera ido caminando por una colina y se hubiera encontrado una olla llena de oro. Aun así, ese era su deber: asimilarse, trabajar sin parar, ganar dinero, proveer. Como tal, Keru no tenía forma de distinguir entre su obligación filial con su suegra y su complicidad en alimentar las ideas delirantes de esa mujer. A la madre de Nate le gustaba creer que el dinero venía de Nate, y Keru jamás la contradijo porque la transferencia siempre salía de su cuenta conjunta. La madre de Nate creía que la manutención pagada por un hijo propios no era un donativo; donativo era lo que

recibían otras personas, pero ese no era su problema. ¿Qué era? ¿Privilegio blanco o misoginia o xenofobia? ¿Era posible que fueran las tres al mismo tiempo? Lo más difícil era cuando llegaba el momento de hacer la declaración de la renta. Cada abril, la madre volvía loco a Nate respecto al pago de impuestos porque ella estaba convencida de que el Congreso no hacía su trabajo. ¿Por qué ella tenía que pagar impuestos cuando había un montón de personas que vivían de gratis? Y esos que vivían de gratis incluían, sin pretensión de exhaustividad, a las miles de personas que se colaban por las fronteras, mujeres que venían cada una con once recién nacidos colgados. La madre de Nate detestaba la expresión “privilegio blanco”.

—No se trata del color de la piel, sino de la clase —decía.

Clase, clase, clase, como si estuviera sentando cátedra. Para ella privilegios eran la educación privada, una casa de vacaciones en el norte, veranos en la playa, inviernos en las montañas, montar a caballo, un interminable séquito de personal de limpieza, niñeras, tutores y ayuda en general. Bajo esos estándares, su marido y ella no tenían privilegio alguno. ¿Dónde habían estado las becas para ellos cuando formaban parte de la clase trabajadora? ¿Dónde están esas becas ahora? ¿Dónde está la ayuda para el pobre Ethan?

—Si hay alguien privilegiado aquí, ¿acaso no seríais vosotros? Tú y Keru tenéis buenos salarios. Os vais de vacaciones a sitios estupendos. Tenéis suficiente dinero en el banco como para compartir con todos nosotros. Y lo más importante: no tenéis hijos.

Estos eran tan solo fragmentos que Keru oía en boca de Nate. Su madre era lo suficientemente cuidadosa como para no hacer esos comentarios frente a ella. Cuando se veían, se comportaba decentemente, demasiado decentemente, y dada la cantidad de temas que ambas tenían vedados, lo único de lo que realmente podían hablar era sobre sus mascotas. Pero Keru no era estúpida; sabía cuánto se habían acercado madre e hijo, a lo mejor por

necesidad, como los dos últimos sobrevivientes en un bote salvavidas. La madre de Nate todavía pasaba las fiestas con su hermana, pero Nate había mencionado que quizás el año que viene él iría para el Día de Acción de Gracias, la primera vez en una década, aunque él no esperaba que ella lo acompañara.

—Si vas, tendría que ir contigo —dijo ella.

—Pero mamá lo entenderá si no puedes.

—¿No puedo o no quiero?

Él dijo que no había diferencia. Además, iría solo a pasar el día.

—No te traicionaría de esa manera.

El verbo traicionar hizo temblar a Keru, y por primera vez se decidió a preguntarle:

—¿Qué le cuentas a tu madre sobre nosotros? ¿Qué piensa de mí?

—No le cuento todo.

—No deberías contarle todo.

—Cree que eres muy capaz.

—Nunca me ha dado una oportunidad. Nunca ha tratado de entenderme.

Nate se frotó los ojos, que se le inflamaron un poco.

—Cree que eres muy capaz. Yo creo que eres muy capaz. Cualquier persona que te haya conocido cree que eres extraordinariamente capaz.

Algo que a Keru no le pareció un cumplido.

Aunque claro que era capaz. Y cabezota.

La razón por la que hacía que todo pareciera difícil era porque todo era difícil. “La calma es una ilusión”, como había dicho su madre en reiteradas ocasiones.

La otra razón era que ella jamás dejaría de luchar; no podía. Quizás era la mentalidad de inmigrante. Sobrevivir. Y de esa experiencia había aprendido que sea lo que sea que su mente se propusiera, ella lo conseguiría, sin importar lo que le costase, lo alcanzaría y, contra toda expectativa, ella lograría abrirse paso. Dado que muchos de sus atributos se alimentaban gracias a su furia, seguiría utilizándola para encontrar el equilibrio entre ella y su marido. Ella no siempre entendía la desesperación de Nate o sus constantes preocupaciones ante un desastre inminente. Este temor inespecífico e intangible empeoraba cuando ella no estaba. Su solución entonces fue no pasar tanto tiempo separados, así podría estar presente y enderezar el timón. Irían juntos a festejar el Día de Acción de Gracias.

Cuidarían mejor de la perra y de sí mismos. La unidad debía ser protegida, ella misma se encargaría de protegerla. Nate y ella eran codependientes. Sin ella, él perdía el equilibrio, pero sin él, ella podía acabar perdiéndose en nimiedades. El día anterior le había dado un plátano a la perra y se había dado cuenta de que hacía meses que no le daba un premio, le servía el pienso, le cambiaba el agua o se quedaba a solas con ella. Cortó un plátano en pedazos, los dispuso en la palma de su mano, y mientras mordisqueaba cada pedazo con delicadeza, Mantou le lamía la palma de la mano. En ese momento, Keru se dio cuenta de a qué se refería su marido con aquello de la luna. La luna era un plátano gigante, flotando en el espacio, rotando para mostrar todas sus formas posibles. La luna creciente era el plátano completo, vista de lejos. La luna llena era el plátano visto de frente. Keru sonrió al imaginar lo grande que tendría que ser ese plátano, a Neil Armstrong deslizándose por su cáscara, diciendo: “Houston, un gran resbalón para la humanidad”. Además, ¿no se volverían locos todos los perros si lo supieran? ¿No era por eso que los lobos le aullaban a la luna?

Se despertaron por los ruidos que provenían del salón, una conversación acalorada y el sonido de la puerta delantera abriéndose y luego cerrándose. Cuando la puerta se cerró, lo hizo con un golpe, y la casa entera tembló. Para cuando fueron a mirar qué pasaba, Ethan estaba solo, Morgan se había ido. Desde la ventana, Keru alcanzó a ver a Morgan atravesar el césped hacia la salida, con su bolso a cuestas. Nate le preguntó a su hermano qué había pasado. Ethan dijo que no había pasado nada.

—Pero ¿a dónde se va? —preguntó Keru, mientras miraba a Morgan atravesar la salida con paso firme, arrojar su bolso y sacar su teléfono.

—A donde ella quiera —dijo Ethan.

—Le va a costar una barbaridad encontrar un coche. ¿No te parece que tendrías que salir y hablar con ella?

Cuando Ethan le dijo que no lo haría, Keru le dijo a Nate que saliera.

—Solo pregúntale dónde quiere ir, nosotros la llevaremos.

—No hace falta —le dijo Ethan a Nate—. Si no quiere estar aquí, no tiene por qué estarlo.

El tobillo de Keru todavía estaba resentido y no podía apoyar mucho peso sobre él, pero cuando ni Nate ni Ethan hicieron nada, ella salió al porche y, saltando en un pie, gritó el nombre de Morgan lo más fuerte que pudo. Morgan miró en dirección hacia donde creía que provenían los gritos, pero no hizo ningún esfuerzo en responder. Luego un coche se detuvo en la salida, ella arrojó su bolso dentro y rápidamente se metió. Después el coche se fue.

Cuando Keru volvió, Ethan y Nate estaban sentados en la mesa del salón, frente a frente, con un frutero muy vistoso pero vacío entre

ellos. Keru pudo escuchar:

—¿Ha sido una pelea?

—Nah.

—Pero vas a volver a hablarle.

—Depende.

Cuando Keru se sentó a la mesa, los tres formaron un triángulo. Pero los hermanos seguían hablando y no notaron que Keru se había unido.

—No tendrías que haberla traído —dijo Nate—. No tendrías que haber venido tú tampoco.

Ethan hizo un gesto de dolor y se rascó el lóbulo de la oreja.

—Mi hermano, señoras y señores. Sangre de mi sangre.

—¿Qué te pasa? —preguntó Nate.

—Muchas cosas —dijo Ethan.

—Te voy a decir lo que te pasa.

—No será nada que no haya escuchado antes.

—Eres un oportunista.

—Y tú eres un niño mimado.

—Eres manipulador, irresponsable y mezquino.

—Cierto. No me interesa gustarle a la gente.

—Es imposible tenerte cerca. Es imposible ser parte de tu familia. Nadie debería ayudarte. Nadie debería dar la cara por ti. Te mereces estar solo.

—Me quieres provocar —dijo Ethan.

—Lo digo en serio —dijo Nate.

Ethan hizo un gesto que señalaba que ya había escuchado suficiente, luego se incorporó rápidamente de la silla e intentó darle un golpe en el cuello a Nate por encima de la mesa. Nate vio venir el golpe, lo esquivó y le devolvió el puñetazo. Esto duró varios segundos, mientras Mantou daba vueltas alrededor de la mesa y ladraba. Dado que ninguno de los dos pudo darle un golpe en condiciones al otro, Keru apretó un puño y le dio un golpe seco a la mesa, como si fuese una jueza. Golpeó y golpeó hasta que todos le prestaron atención.

—No nos vamos a comportar así —dijo—. No lo voy a permitir. Sentaos.

Se sentaron.

Keru de verdad pensaba que tenían que salir de esta llevándose mejor. Y si para llevarse mejor hacía falta más esfuerzo de ella, que así fuera. En un futuro no tan distante, quizá solo quedaran ellos tres y algunos perros. Ya sin padres y sin amigos, no les quedaba otra que cuidarse las espaldas y tolerar las mierdas del otro. Parecía un futuro desolador, pero no tenía por qué serlo. Podían hacer su mejor esfuerzo para ser gente funcional y no una panda de desesperados. Podían ser funcionales y no disfuncionales.

—A partir de hoy, las cosas van a ser diferentes —dijo Keru.

—Me gusta como son las cosas —dijo Ethan.

—A mí también —dijo Nate.

—A mí no —dijo Keru—. Así que a partir de hoy las cosas deben y van a cambiar. Tenéis dos opciones: o me escucháis u os vais.

—Parece que ya sabemos quién manda aquí —dijo Ethan—. Parece que todos tenemos que hacer lo que ella diga.

—Te recuerdo que eres libre de irte —le dijo Keru a Ethan.

Ella le lanzó una mirada como desafiándolo a hacerlo, y bajo su mirada constante, como un rayo láser, Ethan se quedó parado donde estaba y no se fue, lo que le permitió a Keru continuar y trazar un futuro posible para todos ellos, uno lleno de mentiras, desconfianza, odio, recelo, fiesta tras fiesta arruinada, más casas de vacaciones por incendiar, años de ausencias, arrepentimientos, resentimientos y culpas hasta que se quedaran sin energía, se destruyeran entre sí o murieran. ¿Esa era la familia que querían? ¿Se quedarían estancados sin hacer nada?

Las preguntas fueron recibidas por dos cabezas gachas, así que se respondió a su propia pregunta diciendo que ese no era el futuro que ella quería. No había hecho todo ese esfuerzo para tener un futuro como ese. Se negaba a quedarse estancada. Una debe saber qué puede cambiar y qué no. No se podía desperdiciar lo que se tenía ni tampoco se podía perder la esperanza. Pero para avanzar hacía falta respeto mutuo.

—¿Conseguiremos respetarnos entre nosotros? —preguntó ella.

Nate levantó la mirada y dijo que sí. Le preguntó a Ethan si les respetaba y Ethan miró hacia el suelo y dijo que podría intentarlo, pero que tampoco le gustaba que lo regañaran, ya no era un niño.

—Si quieres verme como una amenaza, puedo serlo —le dijo a Ethan—. Pero no quiero ser una amenaza.

Una vez que Keru hubo terminado de hablar, llegaron a una especie de acuerdo: debían evitar un futuro desolador. Debatieron sobre

cuándo deberían volver a verse y cuáles eran los límites para que pudieran seguir funcionando como una familia.

Keru dijo que a fin de año cumpliría cuarenta, momento en el cual a lo mejor habría una celebración. A ella la fiesta le daba igual, pero dado que ahora debía llevar el timón durante otros cuarenta años, un encuentro con gente y una tarta, sin velas, era aceptable.

—Puedes venir o no —le dijo a Ethan, que de forma muy amable les dijo que lo consideraría y les avisaría con antelación.

Tras delinear aquel plan provisional, Ethan se levantó de la silla y dio un paso hacia atrás. Recolocó la silla en su lugar y se fue. Nate y Keru se quedaron solos en la mesa. Juntos formaban una línea. Una línea se extiende al infinito en ambas direcciones. Una línea pende de un hilo. Se miraban no con romanticismo sino con seriedad. Su preciosa perra estaba sentada entre los dos. Se turnaron para acariciar su bella cabeza. Él le preguntó por el tobillo, pero ella ya no se acordaba del tobillo. Lo tocó y lo sintió menos sensible. Él le preguntó si debían ir al hospital. Ella le respondió que todavía no.

1 DINK (double income, no kids) en el texto original. [N. del T.]

2 Expresión que se originó con el suicidio colectivo de los miembros de la secta de Jim Jones en 1978, tras beber cianuro de potasio mezclado con Kool-Aid, una bebida muy popular. La frase alude a aceptar ciegamente una idea o liderazgo. [N. del T.]

Agradecimientos

A mi familia y amigos, este libro no existiría sin su incansable apoyo, cuidado y estímulo. A Joy, Sarah y todo el equipo en Riverhead, gracias por las conversaciones, los consejos y la confianza inquebrantable en estas páginas. Michael, estoy de acuerdo contigo. Vivir con una escritora es un desafío, así que gracias (te quiero), gracias por estar cuando tenías que estar y por animarme a seguir adelante.

Este libro se terminó de imprimir en octubre de 2025
en Imprenta Kadmos. C. Río Ubierna, 12, 14, 37003 Salamanca,
España